



Rogelio Aguilera

Marta Elena Castellino

Silvia Marcela Hurtado

Lucía Inés Castellino

Francisco Castellino

# UN “BESTIARIO” DEL DESIERTO

**Informe final**

# UN “BESTIARIO” DEL DESIERTO

Informe de Investigación



Rogelio Aguilera  
Marta Elena Castellino  
Silvia Marcela Hurtado  
Lucía Inés Castellino  
Francisco Castellino



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

**VINCULACIÓN**  
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN  
Y VINCULACIÓN

PROYECTOS  
MAURICIO LÓPEZ



Lagunas del Rosario

Un bestiario del desierto : informe de investigación / Rogelio Aguilera ... [et al.]. -  
1a ed. - Mendoza : Universidad Nacional de Cuyo, 2022.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-575-234-4

1. Tradiciones . 2. Cultura Popular. 3. Memoria Oral. I. Aguilera, Rogelio.  
CDD 306.09

Capilla Nuestra Señora delRosario de las Lagunas



*A la memoria de Fernando Bravo, que de algún modo nos acompañó en esta experiencia de descubrimiento.*

*A la memoria de Jorge Cuartara, quien en algún momento me abrió las puertas de este mundo mágico.*

*A Juan Draghi Lucero, guardián de la memoria cuyana, amauta del desierto.*

*A todos los habitantes del secano lavallino, que compartieron con nosotros algo de su infinita sabiduría.*

*A Marcelo Gallini, alma mater de este proyecto*

*A la Universidad Nacional de Cuyo que, a través de sus proyectos "Mauricio López", nos dio los medios para llevar a cabo esta aventura*

## PÓRTICO

Hemos cumplido con todas las peregrinaciones rituales, propiciatorias de la escritura.

Hemos recorrido Huanacache, el antiguo paraíso huarpano, en el corazón del desierto lavallino.

Geografía de tierra reseca (verdadero *Cuyum* de la sed y las arenas); de fauna huidiza, casi únicamente visible a través de esas catas bullangueras cuyos nidos decoran en profusión los árboles lugareños; de flora achaparrada, que florece en amarillos y espinas, con el chañar, con el retortuño...

Un sistema hidrográfico modificado tanto por la mano del hombre (desvío del curso del río hacia tierras labrantías), como por causas telúricas (movimientos que afectaron la topografía de la zona).

Una economía pastoril, arcaica, que nos retrotrae cientos de años en alucinado retorno a los orígenes, a la mítica Pachamama –Señora de los multiplicos– diosa indígena de la fecundidad: Madre Tierra...

Y hemos conocido las Lagunas del Rosario y su Capilla, Catedral del desierto.

Y lo hemos hecho en sus días bulliciosos, cuando la celebración de Nuestra Señora congrega una multitud de fervorosos y de curiosos: días mágicos, propicios a todos los rituales... los de la fe pero también los del amor y el vino... Días en los que se asiste a una suspensión del tiempo ordinario para ingresar en un círculo sagrado donde se exalta a la Madre de Dios.

Noches del Bordo Negro, donde afloran antiguas supervivencias paganas, agazapadas entre la bebida y los bailes... Noches estrelladas del desierto, profundamente oscuras en su abismante sugestión de misterio, poco antes iluminadas por los fuegos artificiales y las Vivas a la Virgen del Rosario.

Sí, hemos ido a las Lagunas en los breves días de su alegría anual, allá por octubre, fiesta de la Santa Patrona...; pero hemos viajado también cuando la soledad y el frío hacían todavía más

## Un “Bestiario” del desierto

hondos el desamparo y el silencio: paredes de adobe marcadas por los surcos del tiempo, que aún no habían recibido su bautismo de cal, para disponerse —ellas también— a la fiesta... Puertas cerradas, campanas silenciosas... Vísperas de todo: de la fe, de la alegría, de la vida misma...

Sólo un sitio paradójicamente alegre: el cementerio vecino a la Capilla (justo enfrente del Reprofundo donde lloran las velas los lunes, días de ánimas), con sus humildes coronas de flores de papel, brillantes y coloridos testimonios de piedad en ese humilde camposanto lagunero.

Hemos viajado también a La Asunción, a San José, al Forzudo... para visitar algunas de las comunidades huarpes (once en total) que florecen en el desierto lavallino, para nutrirnos de esa savia humilde que brota de las tradiciones...

Hemos hablado con los lugareños y hemos sabido de la profunda sabiduría ancestral que dispone que aquellos que han nacido y muerto en la tierra reposen en un lugar diferente de los que no son nativos de la zona; he aprendido también que las almas, en las profundas noches del desierto, requieren de nosotros el regalo de botellas de agua, ofrendas votivas que sellan la continuidad de nuestros mundos, que desdibujan la frontera de lo sobrenatural.

Hemos escuchado el viento en Los Altos Limpios (¿será acaso el legendario Hachador, el espíritu solo de una tierra en sufrimiento?). Y ante la estricta desnudez de arena, hemos comprendido que existe también la belleza del vacío, de lo inexistente... el encanto casi abstracto de un paisaje que, sin ofrecer nada a los ojos, eleva insensiblemente el alma a la meditación del misterio...

Sí, hemos cumplido con todas las peregrinaciones rituales. Recién ahora podemos pretender asomarnos al misterio de la tierra.



## INTRODUCCIÓN

*"Mendoza la llamaron los paisanos  
corazón del país de las arenas..."*

**Jorge Sosa.** "Era una niña apenas".

"*Caminante: esta es mi tierra, / nada más que incendio verde*". Tales los versos iniciales de la copla con que Américo Calí, el sensible "capitán de ruiseñores" mendocino, saluda emocionado a su comarca "*cruzada por banderas de esplendores*". El dístico parece -y de hecho lo hace- alabar la faz agrícola, el oasis mendocino: esa pródiga paleta de verdes que la primavera y el verano despliegan en viñas y huertas y a la orilla de los canales y acequias regadoras. Todo un idílico cuadro de paz y progreso, emblema de eso que se ha dado en llamar "la civilización del riego" y que, durante mucho tiempo, fue "postal" obligada de nuestra provincia.

Pero Mendoza es una realidad bifronte: junto al verdor del oasis, las "tierras de la sed", enormes desiertos salitrosos que configuran, en proporción mucho mayor, la fisonomía comarcana, en una complementariedad que no desdice sino que confirma la unidad regional. Y en la misma formulación de Calí, algo de esta idea despunta a través del sustantivo-metáfora que -convocado para connotar lo lujurante de la vegetación contemplada- evoca en la significación real del término un campo semántico muy diverso, pero aplicable por igual (maravillosa intuición del poeta) a la realidad descripta.

En efecto: "incendio" remite, en un primer despliegue de su carga significativa habitual, a la idea de calor y sequedad y, por una no difícil traslación de sentido, sugiere aridez y ardimiento; términos ambos contenidos en la definición primigenia de estas tierras del *Cuyum* o "país de las arenas". Si bien la etimología y consiguiente significación del topónimo indígena ha sido discutida, opto por la versión que Juan Draghi Lucero propone: *Cuyum*: "tierra arenosa", o, en otras palabras más representativas: "tierra sedienta", y que habla del ardimiento de la tierra salitrosa, desprovista de vegetación, quemada por soles y Zondas, pero también por ese ardor de las pasiones que -según el mismo Draghi- constituye el clima emocional de esta tierra: tierra y hombre unidos en una misma configuración...

Dentro de la discontinuidad geográfica de nuestro territorio provincial, entonces, vastas extensiones corresponden a lo que se podría denominar "el desierto". En la pluralidad significativa de la palabra (que puede denotar tanto el vacío como la aridez) se esconden también múltiples "miradas", posibilidades de visión en las que lo geográfico se une con lo histórico: cronistas, viajeros argentinos y extranjeros de los siglos XVIII y XIX, conquistadores del desierto, narradores, poetas... La textualización del referente geográfico obedece en cada caso a intenciones diversas, que van desde el simple relevamiento del dato topográfico curioso, hasta la postulación de secretas esencias, una suerte de "alma" del paisaje, pasando por el intento de configurar, a través de lo geográfico, una identidad regional determinada.



Los Altos Limpios, Lavalle

Desierto... Espacio a la vez clausurado e inmenso; clausurado en sus coordenadas concretas: latitud y longitud que nos hablan de una inevitabilidad geográfica y un determinismo climático. Pero inmenso en su capacidad de simbolizar, de evocar múltiples asociaciones significativas.

En efecto, el desierto ha sido siempre, desde la más remota antigüedad, una entidad ambivalente, cargada tanto de valores positivos como negativos. Así por ejemplo, para el Islam es lugar de extravío, asumiendo connotaciones laberínticas (como las que explaya Jorge Luis Borges en "Los dos reyes y los dos laberintos", *Obras Completas*, 1974: 607); en las *Upanishads* representa ocasionalmente "un símbolo de la unidad primitiva indiferenciada más allá del mundo apariencial" (*Diccionario de Símbolos Rioduero*, 1983: 80). En cuanto paisaje, en cierto modo negativo por su privación de matices, es el "dominio de la abstracción", que está situado fuera del campo vital y existencial; por ello se encuentra abierto a la trascendencia y es propicio a la revelación divina, pero también a la aterradora sugestión del vacío, tal como lo experimentaba Pascal: el espacio amenazante y destructor (Ricardo Gullón. *Espacio y novela*, 1990: 9).

La Biblia menciona el desierto en relación, por un lado, con el exilio, con el abandono y la lejanía de Dios, como sitio donde moran los demonios (Cf. Xavier Leon-Dufour. *Vocabulario de teología bíblica*, 1967: 189-192); pero a la vez es el lugar donde Dios se manifiesta con mayor claridad. Nuevamente reencontramos aquí un sentido dual: espacio de tentación (Cristo mismo fue al desierto para ser tentado) y también como lugar de meditación y aproximación a Dios, en relación con eremitas y anacoretas (como San Juan Bautista: "la voz que clama en el desierto"), porque "La sequedad ardiente es el clima por excelencia de la espiritualidad pura y ascética, de la consunción del cuerpo para la salvación del alma" (Juan Eduardo Cirlot. *Diccionario de símbolos*, 1984: 168).

Además, el desierto es el dominio por excelencia del sol, no tanto en su aspecto de dispensador de energías a la tierra, "sino como puro fulgor celeste, cegador en sus manifestaciones" (idem: 167). Es, por tanto, un ámbito ilusorio, propicio a los fenómenos ópticos o espejismos

durante el día y las profundas sugerencias durante la noche, cuando el cielo y la tierra se pueblan de luces.



Capilla del desierto, Lavalle

Es, finalmente, un espacio dual en cuanto a sus sugerencias sobre el ánimo humano: hostil a cualquier forma de instalación, imprime sin embargo en el imaginario común un sentido de libertad. Ya lo percibe y lo expresa Rolando Concatti, a propósito de nuestro desierto mendocino y sus habitantes en última instancia, aunque esté hablando de una etapa en el desarrollo de la cultura humana, cuando los hombres abandonaron el nomadismo: “Aunque cambiaron muchas cosas, les quedó en la conciencia más recóndita la memoria del desierto y sus penurias, pero también de su libertad: la idea del hombre como un ser errante hacia un destino que es poco más que un espejismo” (“Memorias del oasis”. *Los Andes*. Mendoza, 4 de noviembre 2001: 1).

Por todo ello, el desierto -como espacio abierto a todas las sugerencias- es capaz de generar de su propio vacío una serie de “presencias” que corporizan en la mente del “desertícola” y conviven en ella con su propia experiencia del medio. ¿Presencias ilusorias o indicios de un mundo que va más allá de lo apariencial, que busca para ocultar y revelar sus secretos, los campos vacíos?

En todo caso, el desierto aparece como el reino del misterio y en él se pueden recoger una serie de leyendas. Es que en estas zonas apartadas de los centros de población, junto con la religión católica, perviven una serie de creencias en seres sobrenaturales, en un curioso sincretismo que amalgama elementos de diversa procedencia (Félix Coluccio, por ejemplo, habla acerca de “el santoral sospechoso” en relación con ciertos personajes reverenciados tradicionalmente): reminiscencias de las antiguas religiones indígenas, supersticiones europeas, españolas o de otros países... Así, surgen “aparecidos”, “luces malas”, “ánimas en pena” o “encantamientos de la Salamanca”. Se trata de personajes o fantasías en los que “se han combinado antiguas creencias surgidas del pasado [...] que responden también a la honda relación de los lugareños con el desierto

que los rodea" ("En busca de un pueblo olvidado". Revista *La Nación*. Buenos Aires, 15 de marzo 1981).

También, en su aparente desnudez, alberga una serie de actividades productivas que guardan estrecha relación con el medio circundante. Y junto con ellas se entreteje todo un mundo de creencias que se relacionan con la soledad y la aridez circundante, otorgándole un nuevo sentido.

Desde los orígenes de la literatura argentina, el "desierto" ha sido tanto una realidad vivencialmente experimentada (y en este sentido deberíamos remontarnos a los testimonios de los primeros cronistas del territorio americano y también a los primeros escritores), como un tema literario (recordemos, por ejemplo, el poema *La cautiva*, de Esteban Echeverría, quien declaraba que "el desierto es nuestro más pingüe patrimonio"). Diversas épocas y diversos autores han atribuido al dato geográfico innegable distintas valencias significativas, configurándolo asimismo de modo diverso. También la literatura mendocina registra un nutrido corpus de obras en las que pueden leerse imágenes del desierto, que complementan la tradicional "postal" del oasis y proponen múltiples significaciones.

El desierto aparece así como un constituyente insoslayable del relevamiento imaginario que el mendocino hace de su tierra, y en la variedad de aspectos que engloba (geográfico, antropológico, cultural, mítico-legendario...) se encuentra un interesante campo de estudio.



Lavalle, Mendoza

## Un “desierto” habitado

*No, maestro. Un desierto es un lugar donde no vive nadie, y aquí todavía vivimos nosotros. Aunque nadie lo sepa, todavía estamos acá.*

**Soledad Esquivel.** Lagunas del Rosario, Lavalle.

Quizás con mayor propiedad deberíamos hablar de “secano” para referirnos a esa porción del territorio mendocino, ubicada en el nordeste departamento de Lavalle, porque —a despecho de la aridez del medio— allí desarrollan su vida múltiples comunidades, que continúan aferradas tanto a un terruño como a prácticas ancestrales.

Uno de los principales vectores de la vida en el desierto tiene que ver con el aprovechamiento de los escasos elementos que ofrece la tierra, en particular la flora. Así, el chañar, el árbol indio por antonomasia en palabras de Juan Draghi Lucero, se utiliza desde tiempo inmemoriales en la alimentación y también para teñir prendas; la zampa, para salar la comida... la zampa blanca, para lavar el cabello, el jume para hacer lejía, y así sucesivamente...



Flora autóctona

El otro rasgo llamativo es el peculiar sentido de propiedad, que no es individual sino de todos y de nadie: a partir de ello, todos luchan juntos, todos deciden juntos... La tierra pertenece a la comunidad que debe dar su autorización, a través del consejo, a quien quiera construir allí su vivienda. Y si le llega el tiempo de marcharse, esa propiedad transitoria no puede ser enajenada por él, sino que vuelve a la comunidad.

Esa peculiar forma de vivir el vínculo comunitario se pone de manifiesto en el hecho de que en La Asunción haya dos cementerios: uno para los "nacidos y criados" allí y otro para los foráneos (luego volveremos sobre ello). La vida comunitaria se mantiene más allá de la muerte, y a pesar de la desaparición física, hay una continuidad que religa a los asunceños con sus familiares y amigos y, sobre todo, con su tierra. Como nos dijo Deolinda, de La Asunción, a los habitantes de estas comunidades les cuesta mucho el desarraigo, acostumbrarse a la ciudad... Así, aunque algunos se vayan a estudiar lejos, la mayoría vuelve a su lugar de origen

Otra idea directriz importante en esta particular organización comunitaria que rige en el desierto, es que las decisiones importantes se toman en un Consejo Comunitario, integrado por representantes de las diferentes comunidades y, en la actualidad, con predominio de mujeres.

Nos referimos a las once comunidades huarpes del territorio lavallino, que reúnen a unas 4500 personas: la comunidad "Lagunas del Rosario", del paraje homónimo; la de San José, llamada "Juan Manuel Villegas", en recuerdo del primer poblador; la "Secundino Talquenca" de El Retiro; "Juan Bautista Villegas" de El Cavadito; la "Guentota" de El Puerto; la "Andrés Díaz", de San Miguel, la "Santos Guayama", de Lagunita, la "Elías Guaquinchay" de El Retamo; la "Juan Ramón Guaquinchay", de El Forzudo; la "Josefa Pérez" de La Josefa; y la "Paula Guaquinchay" de La Asunción.

Precisamente esta última es interesante testimonio del mestizaje, porque lleva el nombre de la bisnieta de un cacique huarpe desposada con un español, Juan de Dios.



La Asunción, Lavalle

En realidad, los nombres de muchas de ellas dan cuenta de una identidad que costó mucho reasumir, identidad soterrada, perseguida y ocultada. Armando Tejada Gómez lo manifiesta bellamente en su “Telar de los nombres”, de su poemario *Los telares del sol* (1994):

¿Y cómo nos llamábamos cuando llegó el olvido?  
¿Sayanca, Guaymaré, Guaquinchay, Capac Inca,  
Atahualpa, Talquenca, Condorcanqui, Cuahtémoc?  
¿Angaco, Calingasta, Pismanta, Ansilta, Amaru,  
Talacasto, Panquehua, Guanacache, Caucete,  
Ischigualasto, Runa, Yupanqui, Chapanay?  
¿Quién puede hilar ahora el telar del sonido  
que apagó para siempre el agua del bautismo?

¿Dónde quedó mi nombre tapado por los nombres  
de los Encomenderos?



La Asunción, Lavalle

Hubo además otras circunstancias históricas, como la persecución contra los partidarios del caudillo lagunero Santos Guayama, que influyeron en la sustitución de los musicales nombres originarios por otros castizos.

Esta reasunción identitaria se pone de manifiesto, por ejemplo, en la celebración de la memoria que tiene lugar el 11 de octubre, vísperas de conmemoración del arribo del europeo a estas tierras. Conmemoran, de este modo, el último día de autonomía de las etnias autóctonas. Y se congregan en Lagunita; algunos llegan a caballo, en estos últimos años llevando el “Cristo de la Pandemia”, nueva devoción surgida a raíz del flagelo del Covid Sars 2. Esta celebración está abierta

a los visitantes, porque se busca un “Turismo con Identidad” y se suma a las múltiples celebraciones que tienen lugar en distintos momentos del año, cada una con un sabor peculiar.

También las escuelas albergue de la zona llevan inscripciones que nos hablan de ese origen huarpe; por ejemplo la Escuela N° 1736, cuyo lema reza: “*Palac eyena tamarí*” (“Esforzarse con amor”). Esta modalidad educativa de la escuela albergue constituye un punto importante para el conocimiento de la organización de la vida en la zona.

Esta organización social del desierto tiene además otras dos características que se hicieron notorias a medida que nos asomábamos –siempre precariamente- al modo de vida del desierto y que atraviesan tangencialmente todo lo que expondremos a lo largo de estas páginas: el creciente empoderamiento de las mujeres, que tienen un lugar relevante en la organización de la vida social, integran el Consejo Comunitario en una proporción mayor que los varones y asumen emprendimientos tan valiosos como la creación de una radio llamada “Mujeres huarpes al mundo”, en cuya organización es visible también una perspectiva de género: mujeres que se unen para hablarles a otras mujeres y compartir sus experiencias, sus anhelos, sus proyectos. El funcionamiento de este medio de comunicación supone un gran esfuerzo que se suma los diversos roles que estas mujeres desempeñan en su vida diaria: a menudo son sostén de hogar, con la venta de las artesanías que producen (principalmente tejidos al telar); son madres, cocineras, enfermeras... y sobre todo, guardianas de la tradición ancestral.

### Los “tiempos” del desierto

“Algunos jóvenes seguían conservando vivas las raíces de su pueblo, de sus antepasados. Así, podía deleitarme viendo cómo los hermanos González trabajaban sus tientos o correones [...] También estaban los que se dedicaban a domar y amansar a los bravos potros y, por supuesto, la mayoría a pastorear sus animales”.

**Rogelio Aguilera.** “A mi pueblo de Asunción” (en *Poemas de arena; Vivencias del desierto lavallino*, 2008: 27).

Pasado y presente y un pasado que se hace presente en la continuidad de las tradiciones, en el pervivir de prácticas ancestrales, que hacen a los distintos órdenes de la vida y de la muerte.

Tal es la idea rectora que guiará nuestro acercamiento a la zona y a sus habitantes. Por ese motivo, recurriremos a distintas fuentes para su conocimiento. Si bien hemos privilegiado la experiencia directa, la visita al lugar y el diálogo con sus moradores, tampoco desdeñamos las representaciones que el arte (literario, pictórico...) ha elaborado sobre la vida en el desierto lavallino.

En este sentido, nos han resultado especialmente ilustrativos los trabajos de Fidel Roig Matons (1885-1977), artista catalán que a partir de 1931 se dedicó a pintar la cultura huarpe de la zona de las Lagunas de Huanancache, y las obras de Juan Draghi Lucero (1895-1994), escritor y estudioso del folclore mendocino, en particular la novela *La cabra de plata* (1978) y la colección de cuentos *El hachador de Altos limpios* (1966). Acerca de la novela, no podemos menos de mencionar las palabras de Graciela Maturo, quien destaca los distintos niveles de sentido del texto, resaltando lo documental: “Estructurada como un tejido de alegorías y símbolos, con un ligero hilván argumental, *La cabra de plata*, de Juan Draghi Lucero es una moderna novela [...] Es una relación novelesca cuya enjundia documental la transforma en una suma antropológica, pero es a la vez un

vasto poema, y una tesis en defensa de la mentalidad y la cultura popular” (*Los Andes*, 1979). En cuanto a la colección de cuentos, hay en ella algunos relatos que resultan especialmente significativos, porque recrean leyendas o sucesos de la zona, como “El grito de la noche” o el que da título a la colección.



Pasado y presente en el desierto lavallino

Al confrontar los testimonios artísticos con lo directamente observado podemos corroborar la tesis enunciada al comienzo de este apartado: la pervivencia de antiguas prácticas tradicionales, más allá de cualquier modernización que solo viene a aportar, la mayoría de las veces sin transformar radicalmente lo heredado. Y eso es así porque la sabiduría que brota de la realidad de la tierra termina siempre imponiéndose por sobre lo foráneo. Así lo testimonia Rogelio Aguilera, animador de este proyecto, desde su experiencia de maestro rural, que le permitió ponerse en contacto con la realidad y con las historias de los pobladores del secano. Este relato muestra también la metodología que subyace a la elaboración del presente texto, la forma de trabajo implementada para este nuestro acercamiento al desierto, que tuvo sus variantes a lo largo del tiempo y los sucesivos viajes:

Llegué al alejado pueblo una mañana plena de sol, con la ayuda de un celador de la escuela en la que me encontraba trabajando. Salimos muy temprano. Una camioneta destartada era nuestro transporte; abrigados como para el cruce de los Andes, soportando los restos de una helada descomunal y la terrible desidia de un camino intransitable, emprendimos viaje. Después de recorrer más de setenta kilómetros polvorientos, en los que la maravillosa naturaleza del desierto empezaba a desperezarse con el canto de los pájaros, dejamos atrás las infinitas pampas de El Forzudo, pintadas de un naranja suave por el tímido sol que despuntaba en Las Quijadas. Así atravesamos como un río en pleno caudal, el maravilloso paisaje de El Retamo y la apacible quietud de Lagunita. El poncho de los pobres se elevaba entre los viejos Algarrobos, el

frío comenzaba a hacerse amigo y San Miguel llegaba como una oleada de aire fresco golpeando nuestras entalcadas figuras, regalándonos miles de años de historia

Sabía que no contaba con mucho tiempo para realizar mi entrevista, así que apenas me bajé de la camioneta, salí corriendo al encuentro de uno de los nietos de don José: el joven Américo Díaz. A escasos metros de la escuela se encontraba su casa. Llena de progreso, se levantaba como una muestra concreta de que se puede ser pobre, pero también pujante y luchador. Me esperaba junto a su esposa, Margarita, con esa humildad que solo tienen las personas simples [...]

Con los primeros mates nos presentamos y pactamos casi sin darnos, que aquello no sería una entrevista formal y mucho menos de fechas y nombres, sino más bien una historia, en la que el personaje principal era el hombre común y corriente [...] ("Un simple maestro de campo", en *Poemas de arena; Vivencias del desierto lavallino*, 2008: 44).



Flora autóctona

## LA VIDA EN EL SECANO LAVALLINO: USOS Y COSTUMBRES

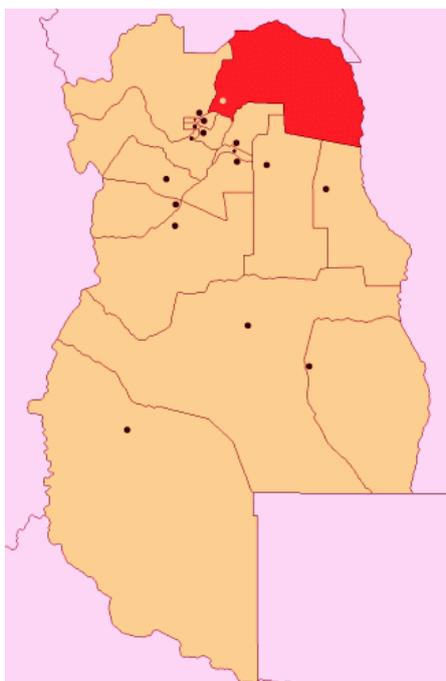
### AYER Y HOY

*La primera pregunta que me hice cuando llegué al desierto fue: “qué hace esta gente viviendo acá, en medio de la nada?”. Después de cuatro años de convivir con ellos y de conocer un poco su historia, su cultura, sus vidas... Llego a la conclusión de que realmente las comunidades del desierto no viven solo el presente, sino además el pasado que durante tanto tiempo los mantuvo desconocidos, invisibles, remotos...*

**Rogelio Aguilera.** “A mi pueblo de Asunción”.

#### Breve descripción del Departamento de Lavalle

El noroeste de la provincia de Mendoza está ocupado por el Departamento de Lavalle que limita al norte con la Provincia de San Juan; al este con la Provincia de San Luis; al sur con los Departamentos de Santa Rosa, La Paz, San Martín, Maipú y Guaymallén; y al oeste con el Departamento de Las Heras.



Provincia de Mendoza

Su topografía es predominantemente llana, y sólo una pequeña parte presenta un suelo favorable a la agricultura, mientras que el resto está cubierto de médanos y terrenos salinos notables por su extrema aridez. Las condiciones climáticas se ven agravadas por las características de los suelos: en verano las temperaturas son altas y es la época de mayor precipitación de tipo torrencial. Las escasas lluvias permiten la acumulación de agua en pequeñas depresiones: aguadas y ramblones. Pero se debe recurrir a la extracción de aguas profundas mediante el pozo-balde, que se caracteriza por ser salobre.

La desnudez de los terrenos en vastas extensiones, acentúa los efectos del viento Zonda y a este panorama se añade la escasez de agua superficial. Los ríos Mendoza, San Juan y Desaguadero convergen en la zona, aunque aportan escasos o nulos caudales ya que han sufrido derivaciones. Estos desembocaban antiguamente en un gran espejo de agua denominado "Huanacache" que permitía la formación de pastizales y otros forrajes.

El medio ha sufrido, con el correr de los años, un proceso de degradación por su propia evolución y por la acción humana. En el primer caso, el río Desaguadero captó aguas de las lagunas por erosión retrocedente. En cuanto a lo segundo, se produjo la tala exagerada de bosques naturales, lo que dejó avanzar al desierto al igual que el sobre pastoreo de rebaños en el medio de por sí árido.

En estas condiciones ambientales se desarrolla una flora xerófila donde alternan arbustos, pastos y relictos de antiguos bosques de algarrobo, caldén, chañar y otras especies arbóreas. Pero esta vegetación sólo es posible en lagunas zonas, por lo que se pueden distinguir dos paisajes: el monte con la vegetación señalada y los médanos, elevados, sin vegetación como "Los Altos Limpios".



Secano lavallino

En algunos lugares el salitre imposibilita la actividad agrícola y en otros subsiste la vegetación natural: jume, tuscas, chañares, jarilla, chilca. A pesar de estos inconvenientes el hombre de la zona cultiva viñedos, chacra y frutales, entre los que se destacan las sandías y

melones. La ganadería vacuna es ínfima, y las que cobran mayor importancia son la caballar, la caprina, ovina y mular. Otra actividad económica importante del departamento es la apicultura, que ha ganado un lugar destacado en el mercado por su calidad tanto de la miel como de la cera.

Esta zona fue habitada en el periodo prehispánico por los aborígenes huarpes Allentiac quienes llamaban a su lugar Tulumaya o “Tulú-Mayú”. Estos cultivaban maíz, porotos, zapallos y papas. Por vivir en las márgenes de la laguna de Huanacache eran hábiles en el trabajo de la cestería y alfarería. Construían canoas, cestas, canastillas con totoras y juncos y completaban su dieta con la pesca existente en la laguna.

Hacia 1610 se fundó la primera capilla en Huanacache bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario (patrona religiosa del Departamento). Y esto dio origen a que en la ribera de una de las importantes lagunas se levantara el poblado en torno a la capilla, lo que incentivó la fe de los nativos. En 1749 los pueblos que se formaron alrededor de la laguna dieron origen a las primeras comunidades: Asunción, San Miguel y Rosario.



Capilla Nuestra Señora del Rosario – Lagunas de Huanacache o del Rosario

El Virrey Pedro de Ceballos, después del triunfo en una batalla contra Brasil, envió prisioneros que se radicaron en las llamadas Lagunas del Rosario y se dedicaron a la pesca y a la venta de dicho producto a los pobladores de Mendoza. Esto dio lugar a la actual calle "Los pescadores" que une el departamento de Lavalle, pasa por el departamento de Las Heras y llega a la Capital.

Las primeras poblaciones constituían núcleos dispersos con pocos habitantes que vivían gracias a su propio esfuerzo en un espacio geográfico hostil, con sus particularidades: algarrobales, salitrales y lagunas, entre el desierto y los oasis, sin servicios básicos para la población.



Puesto en Lagunas del Rosario

El 18 de enero de 1859, por Decreto de Juan Cornelio Moyano, se creó el Departamento de Tulumaya. En 1889 se le cambió el nombre por el de Juan Galo Lavalle en homenaje a este prócer de la independencia argentina, patrono civil que se conmemora el día 20 de octubre.

Los distritos que comprende Lavalle son los siguientes: San Miguel; Lagunas del Rosario; ; La Asunción; San José; San Francisco; Jocolí; Tres de Mayo; Jocolí Viejo; Tulumaya; La Palmera; Gustavo André; El Chilcal; El Vergel; Paramillo; Costa de Araujo; La Pega; Las Violetas; El Carmen; La Holanda y El Plumero.



Distritos del Departamento de Lavalle

Los principales lugares de interés son:

- Capilla del Rosario (típico ejemplo de construcción colonial).



Capilla del Rosario

- Altos Limpios (formaciones medanosas).



Altos Limpios

- Bosque Telteca (reserva faunística rodeada de médanos que preserva la flora autóctona).



Reserva Telteca

- Circuito Gustavo André-Costa de Araujo (con ciudades pequeñas y pequeñas villas a su alrededor).
- La Asunción, un pueblo histórico denominado "la perla del desierto", en la actualidad el más próspero de la zona del secano.



Las características del medio natural ponen de manifiesto un ámbito limitante para la instalación humana: por un lado la reducida presencia de agua, suelos pobres en materia

orgánica y afectados por la erosión eólica; y por otro, las pasturas escasas y los bosques leñosos de lento crecimiento. La población, también escasa, se halla dispersa por todo el desierto lavallino; localizada en “puestos” distantes unos de otros, que a veces se agrupan en villorios que no llegan a constituirse en poblados.



El Cavadito

La vida económica del Departamento gira en torno a la cría de ganado caprino, ovinos y algo de vacunos alimentados por pasturas naturales; la obtención de leña y el desarrollo de artesanías de telar y junquillo.

El desierto frente a mis ojos daba muestra, una vez más, de que los hombres no somos dueños de nada. Prepotente y decidido, se extendía a ambos lados del camino, como una inmensa llanura en la que la vegetación, salvo algún algarrobo o chañar, no superaba el metro de altura.

Al poco tiempo de andar por aquel mundo de arenas tranquilas que jugueteaban a la orilla de la ruta, encontramos los primeros animales del lugar. [...] vi cómo un puñado de cabras flacas y multicolores cruzaban delante del camión con su andar despreocupado y uniforme. Por último, atravesamos el puente del río Mendoza, que se presentaba como un tajo desprolijo, seco e inerte, en medio de tanta armonía y tranquilidad (Rogelio Aguilera. “A mi pueblo de Asunción”, en *Poemas de arena...*, 2008: 21).

El “puesto” típico está constituido por la vivienda familiar; algún galpón aledaño; los corrales para el ganado protegidos por una enramada para aminorar las inclemencias del clima; uno o dos “pozos-balde” (el *jagüel*: excavación profunda para extraer agua de la napa freática para los habitantes y sus animales) y eventualmente una “aguada” para retener el agua de lluvia.

*Un "Bestiario" del desierto*



Cría de ganado caprino en la zona de Lagunas del Rosario



El Cavadito

Draghi Lucero, en su novela *La cabra de plata*, nos ofrece una pintura de muchas de estas pobres viviendas rústicas, pintura nada idealizada, por cierto: “[...] casucha pobre y mal tenida. Dos piecitas, cocina ahumada y corredor de techumbre pandeada, todo con piso de tierra. Una pobre ramada adosada a un corral con tres mulas flacas” (1978: 15).

Debido a distintos factores, muchas de estas viviendas quedan abandonadas, por temporadas, o definitivamente, lo que da a estas poblaciones, muchas veces, el aspecto de auténticos “pueblos fantasmas”, casi escapados de las páginas de algún relato propio del realismo mágico.



El Cavadito



Puesto

La estructura social gira en torno de:

- la vida del "puestero" cuya majada sea la más numerosa y que posea título de propiedad de la tierra que habita;
- "puesteros" con menor rebaño y con tenencia irregular de la tierra;
- el almacenero, punto de apoyo de los intercambios ciudad-campo.



Almacén

La vida social es limitada y signada por el aislamiento, dadas las distancias entre sus habitantes. Pero hay ocasiones de encuentro: fiestas y ceremonias religiosas cuyo centro son las capillas; las fiestas patrias en las escuelas, las celebraciones familiares en los mismos puestos. Rogelio Aguilera, desde su experiencia de maestro rural, nos ofrece una colorida narración de uno de estos festejos:

Cuando Elsa me pidió que escribiera algo referido a los habitantes del desierto sentí que por fin se me presentaba la oportunidad que había deseado durante tanto tiempo. Seguramente la mayoría de mis compañeros anhelaba encontrarse con algo más alegre, o bien no tan duro, tan real. Pero no podía desaprovechar aquella ocasión tan precisa, tan justa, que me brindaba el destino para mostrarles a los miles de turistas que asistirían a la fiesta la situación de estas personas, sus sentimientos, sus necesidades, sus sueños, su vida... [...]

Necesitaba un personaje para mi relato, alguien que le contara a la gente en su mismo idioma, todo aquello que no imaginaban [...] No fue muy difícil elegir ese personaje, Juan Salazar era el ser indicado para recitar los pesares de un pueblo totalmente desconocido. Ponerme en la piel de ese hombre era la posibilidad de mostrarle al mundo la tristeza de sus ojos, el silencio que encerraba su alma, el llanto invisible de sus hijos, la soledad indescriptible [...]

Las imágenes fueron cayendo lentamente como la lluvia de aquella noche [...]

Aquella noche, sentado en una vieja silla de madera, esperando que se encendieran las luces para comenzar la obra, oí el susurro ansioso del público. Seguramente esperaban

encontrarse con niños “disfrazados de gauchos” (así suelen decir) bailando danzas tradicionales o quizás algún cantor lugareño interpretando una tonada; o tal vez pequeños indiecitos vestidos con plumas y telas de colores. Eso venían a buscar, eso querían ver.

Al encenderse las luces y toparse con un hombre sentado bajo la rama de su rancho, expresando en silencio los pálidos colores de una pintura ignorada, pude ver en sus rostros la curiosidad, la intriga de saber qué tenía para contarles aquella figura vestid con una camisa, un pañuelo al cuello, un cuchillo atravesado en su cintura y un sombrero de ala ancha con una cinta roja [...]

El acto fue una excusa, un pretexto que utilizamos para gritarles a esas personas que nosotros también “somos argentinos y que por más que nos olviden, nos aísen, nos abandonen, jamás podrán robarlos el color de nuestra sangre, el amor por nuestra tierra, el respeto por nuestras raíces, por nuestra historia y mucho menos nuestra libertad (“Dicen que soy argentino”, en *Poemas de arena...*, 2008: 162-165).



El Cavadito

En estas celebraciones se pone de manifiesto el “sentimiento de identidad” con fuerte pertenencia al ambiente natural y a un grupo social determinado generalmente vinculado al territorio donde habitan. A la precariedad del hábitat se suma la insuficiencia de equipamiento y servicios. Existen algunos caseríos con escuelas, primarias principalmente; sala de primeros auxilios con puestos médicos móviles de frecuencia semanal que sirven a la zona; iglesia; almacén de ramos generales con servicios de luz eléctrica y agua. Las huellas o picadas son el nexo para comunicar los puestos entre sí y con los centros habitados. Algunos de ellos tienen un tramo pavimentado que facilita el acceso a los poblados, pero no es lo habitual:

Una de las escuelas más difíciles de llegar es, sin duda, la de Lagunas del Rosario. Se puede ingresar por dos caminos muy diferentes. Uno, una *picada* de tierra suelta en la que los guadales y los pozos se transforman en los mejores obstáculos a sortear en esa travesía. Este camino es transitado solo cuando no llueve o está seco, ya que de otra manera es una trampa natural para cualquier vehículo que se anime a desafiarlo. El otro sendero, alternativo por cierto, es totalmente distinto, lo llamamos el “camino de los médanos”, así que se pueden imaginar de qué hablo. Un sinuoso y serpenteado camino abierto a fuerza

de necesidad por los lugareños, en el cual el junquillo y las dunas se mezclan en una pintura naturaleza del capricho de la naturaleza y el hombre.

En una de las jornadas de invierno tuvimos la suerte de que lloviera, ya que cada vez que esto ocurría era una bendición para esa pobre gente del secano, y la mala suerte de que nos encontráramos en la escuela a tan solo un día para salir de franco. Digo mala suerte pues era casi seguro que iba a ser toda una aventura poder escaparnos del lugar sin algún inconveniente

No solo la lluvia era el obstáculo ese día, sino también la nieve [...] (Rogelio Aguilera, "Algo más que vocación...", 2008: 47).

### El hombre y el espacio natural

Para comprender cualquier grupo social es necesario conocer su terruño: las características geográficas de su suelo, de su clima, sus especies arbóreas, sus animales autóctonos, porque es, en ese contexto, donde el hombre realiza su vida. El medio ambiente influye en el individuo dándole características singulares y, a su vez, este modifica su entorno natural para satisfacer sus necesidades básicas y lograr mejores condiciones de habitabilidad. Se puede sostener que el hombre enraizado en su espacio natural forma una unidad de sentido.



Reserva Telteca

Los grupos sociales del medio rural tienen rasgos distintivos que permiten establecer diferencias con el medio urbano. En la siguiente caracterización se intenta hacer una comparación entre ambos según ciertos elementos de análisis:

a.- *Ambientales*: el hombre de campo está en contacto directo con la tierra y el cielo. Es el ambiente natural el que le imprime su forma "en el alma" que vibra al compás del medio telúrico, como si fuera parte del paisaje. En cambio, el hombre urbano se enfrenta al paisaje rural como mero contemplador, como algo externo a su ser.

b.- *Demográficas*: el campo presenta una baja densidad poblacional, por eso es menor la contaminación ambiental, sonora, de agitación y desequilibrio nervioso que se encuentra en las

ciudades. Este aislamiento geográfico, por otra parte, dificulta el establecimiento de vinculaciones estrechas y cotidianas, de comunicación constante.

c.- *Sociales*: en la zona rural hay una similitud de trabajo: fruticultura, horticultura, cría de ganado, etc., opuestos al hombre urbano. El hombre rural es un ser individualizado: se le conocen sus antecedentes familiares, sus dotes personales, posee una historia enraizada en su comunidad; en cambio el ciudadano es un ser anónimo sin historia que se le conoce por sus obras.

d.- *Laborales*: Las tareas agrícolas se realizan en medio de los campos, al aire y cielo abiertos, los trabajos de la ciudad se realizan en espacios cerrados y en condiciones artificiales. En el campo se acomodan a los ritmos naturales; en la ciudad, en cambio, es igual durante toda la jornada y el año. El labrador es un naturalista que posee una sabiduría de observación de su flora y fauna, de los factores climáticos que son adquiridos por medio del contacto y la experiencia de vida en su contexto rural y son los principios que guían sus prácticas agrícolas.

e.- *Institucionales*: la principal diferencia es que en las zonas rurales son escasas las instituciones de servicios. Los controles sociales en el medio rural están más bien basados en las costumbres cuya sanción social es más importante que la sanción legal. El tipo de liderazgo que se ejerce es el tradicional, según Weber, dictado por los hábitos y las costumbres. En la ciudad se recurre más a la norma establecida impersonal que apela al razonamiento más que a prácticas tradicionales.

f.- *Psicológicas*: el niño de las zonas rurales está en contacto con la naturaleza y temple su carácter con las fuerzas rituales de la tierra, del sol y del viento. Todas sus experiencias son directas y originales, se adapta a su vegetación, al sonido de los animales, a su entorno. Aprende a estar solo, a callar, a “rumiar” un mismo pensamiento, a tener paciencia, a respetar el ritmo natural del universo. Su conocimiento de la vida se basa en su experiencia y en el contacto con su entorno, de donde brotan las fábulas, los dichos, las “mentas” que enriquecen el folclore local. El hombre de ciudad construye su vida de manera intelectual.

g.- *Culturales*: la sociedad rural está aislada de tres modos: *vecinal* que conduce a la fijación de hábitos motores inculcados desde la infancia; una cierta resistencia al cambio social que establece actitudes hacia el grupo propio (*in group*) y hacia el grupo extraño; prevalece la imitación de la costumbre donde las consideraciones racionales pierden fuerza y predominan las formas espontáneas.

Es importante hacer referencia, para el estudio de la población de Lavalle, a la noción de *comunidad* de Ferdinand Tönnies que se ajusta a lo que se da en la zona. Este autor caracteriza a la *comunidad* por lo siguiente:

- las relaciones humanas son íntimas, duraderas y basadas en la comprensión del papel que ocupa y desempeña cada uno en la comunidad;
- la estima y la valoración de cada persona está en los que es y no en lo que haya logrado solamente;
- los roles de cada persona son específicos;
- los miembros de la comunidad tienen poca movilidad física y social (su ámbito territorial se reduce al pueblo muy poco a los pueblos vecinos);
- la custodia de la moral social tiene códigos claves y sus mandatos están bien internalizados;
- los sentimientos de la comunidad implican una lealtad estrecha con el lugar y la gente;
- la comunidad favorece las formas tradicionales propias del lugar;

- se da una estrecha relación con el *lugar* en el que las personas tienen las relaciones de *solidaridad*.

Sin duda los aspectos esenciales de la *comunidad* son el parentesco, la vecindad y la amistad y, por lo tanto, constituye la sede de la "virtud y la moralidad" en estrecha relación con el factor territorial. Las historias compartidas, las actividades comunes y las frecuentes relaciones cara a cara contribuyen a la creación de fuertes lazos sociales y emocionales.



Vivienda en la zona del secano (Lavalle)

En otros términos, es lo que Durkheim llamó *sociedades tradicionales* que se caracterizan por ser pequeñas, cerradas, sin contactos importantes con el exterior, en las cuales las relaciones sociales son tan fuertes que todos viven en unidad. Como tienen una conciencia colectiva muy vigorosa están unidos por lazos de *solidaridad mecánica*; es decir, una visión común del mundo con una moral compartida por todos, garantizada –generalmente– por la religión.

A veces el *vecindario rural* afirma su unidad a través de la fundación o sostenimiento de una capilla, que no sólo sirve para la actividad religiosa, sino como punto de reunión e interacción social. Generalmente alrededor de ella se van construyendo casas y con el correr del tiempo aparece el pueblo.



Capilla de San Judas Tadeo – El Cavadito



Imagen de san Judas Tadeo – El Cavadito

El *vecindario* tiene especial importancia en el medio rural porque es el centro de todas las relaciones sociales en el sentido que la mayoría son muy profundas. Aparece determinado por la necesidad de ayuda mutua en las tareas agrícolas o para enfrentar peligros comunes.



El Cavadito

Esta forma de sociabilidad es detallada por Rogelio Aguilera, desde su experiencia de maestro rural:

Lentamente, Asunción se abría ante mí como una posibilidad de reencontrarme con un montón de sentimientos que muchas veces están oprimidos o tal vez dormidos en la vida de las ciudades. De a poco fui descubriendo de nuevo la importancia de dar la “palabra”, de saber escuchar, de volver a reírme por las cosas simples; y después de tantos años, también de volver a llorar (“A mi pueblo de Asunción”, en *Poemas de arena...*, 2008: 24).

La familia es un grupo social que se caracteriza por la residencia común, la colaboración económica y la reproducción. En el contexto rural presenta los siguientes rasgos: monogamia, preeminencia del hombre, mayor homogeneidad (la mujer realiza actividades similares a las de su marido colaborando por ejemplo en las tareas agrícolas), mayor solidaridad, unión más sólida y estable, preocupaciones comunes y rupturas menos probables. Cabe aclarar que por influencia de los medios masivos han ido cambiando lentamente estas pautas.



Puesto

En la interacción social prevalece un “consenso” verbal, incluso tácito en vez del contrato formal y escrito pues la palabra dada en presencia de su grupo de pertenencia establece una “obligación” más fuerte que un “papel”.

En el ámbito familiar los hábitos motores adquieren un carácter de “sagrado” y todo cambio va acompañado de una resistencia emotiva. El instinto conservador lleva a los individuos a ver las innovaciones con escepticismo y a no dejarse “tentar” si no está seguro. Es el caso del uso de nuevas técnicas para mejorar sus prácticas agrícolas.

El *agricultor* es un naturalista que posee una sabiduría básica de meteorología elemental, botánica práctica, zoología, hidrología, química de suelos; en fin, de su medio ambiente circundante. Estos saberes no son adquiridos en forma académica tradicional como lo hace el trabajador urbano: se basan en el sentido común, en la observación paciente y en el

conocimiento del terreno. El personaje de Peletay, en la novela de Juan Daghi Lucero, es claro ejemplo de todo esto.

Por ello, cada persona se encuentra inmersa en una red de relaciones estrechamente tejida por parientes y amigos; y, como resultado de ello, concibe su identidad en términos de su lugar en la comunidad.

Rogelio Aguilera nos ofrece el retrato de uno de estos "puesteros":

Resurrección es el nombre de la estación de trenes de Lagunas del Rosario. Está aproximadamente a cuatro kilómetros de la escuela. Una vía cansada de ausencias y ahogada por la prepotencia del monte conduce hasta esta humilde muestra de lo que alguna vez fue aquel próspero pueblo [...]

Tuve la suerte de conocer aquella pequeña isla de cemento una mañana de primavera, en la que los algarrobos comenzaban a cuajar sus dulces vainas y las perezosas iguanas disfrutaban del tibio sol que emprendía su habitual camino hacia el verano. Me dirigía a la casa de Juan Salazar, presidente de la cooperadora escolar y padre de tres alumnos ejemplares [...] Hombre de pocas palabras, pero precisas. Moreno, no muy alto, de manos grandes y curtidas, de esas que raspan cuando se estrechan, de esperanza cansada de esperar; sonrisa blanquísima como su alma y ojos negros [...] Siempre vestía camisa, pañuelo al cuello, cuchillo a la cintura y un sombrero negro de ala ancha con una cinta roja [...] Pulsaba la guitarra desde muy joven y su voz era tan triste como las letras de sus tonadas. Gaucho, enteramente un gaucho...

Vivía desde que tenía memoria en el puesto "San Lorenzo", al que con el tiempo él rebautizó como "el Sesenta y Ocho" (debido al kilometraje establecido por el ferrocarril. Lo había heredado de su padre cuando este, cansado de pelearle al desierto, se marchó lentamente hacia la travesía de la muerte. Él lo trasladó hacia el otro lado de la vía, escapándole al imprevisto de las crecientes del caprichoso río Mendoza, y se aquerenció en ese pequeño bañado de robustos algarrobos y una pintoresca invasión de junquillos que salpicaban de un verde descolorido aquel árido terreno ("Dicen que soy argentino", en *Poemas de arena...*, 2008: 159-160).

Estas son las experiencias en contacto con el medio que pudimos recoger en nuestras salidas al territorio en el marco del Proyecto "Mauricio López".



## Conociendo el desierto



Sendero "Conociendo Telteca" - Puesto de Guardaparques "El Pichón"

En la Estación de Guarda parques de "El Pichón, en las proximidades de Los Altos Limpios, podemos asomarnos al corazón del secano lavallino a través de senderos interpretativos y un centro de orientación, en el que se exhiben restos arqueológicos pertenecientes a las antiguas etnias indígenas, encontrados en la zona. Los senderos se denominan "Conociendo Telteca"; "Hombre y naturaleza" y "Jardín nativo". Hay además una serie de senderos pedestres: "La Tenca", que lleva a los Altos Limpios; sendero "El Cuyum", que conduce también a los Altos Limpios pero transitando por un bosquecillo de chañares y médanos; sendero "Las Hormigas", por el que se arriba al médano Alto Grande, desde el que se puede apreciar la geografía de la reserva y, en días despejados, hasta el Aconcagua, San Juan y Sierras de las Quijadas.

En el sendero "Conociendo Telteca", a través de ingeniosos carteles que contienen preguntas y respuestas, podemos ir conociendo algunos aspectos relevantes del ecosistema del desierto.

Por su parte, el sendero "Hombre y naturaleza" ofrece una mirada a la antigua forma de vida en la zona a través de la reconstrucción de un puesto, realizado con los materiales autóctonos, por medio de técnicas ancestrales (quincha, jarilla...).

Podemos apreciar así los corrales de palo a pique, destinados a la guarda de las majadas rústicas, principalmente de cabras, base de la subsistencia en la zona, la verdadera "vaca del pobre", tal como la denomina Juan Draghi Lucero: "Es tan curtida que vive, como el burro, de los verdores más miserables y negados. Le basta un poco de agua salobre y las basuritas del campo más amargo" (1978: 27).



Corral

En lo que se refiere a la vivienda humana, podemos observar que las diversas dependencias se encuentran separadas: por un lado el espacio destinado a la cocción de los alimentos, en el que se simula un fogón con sus enseres típicos.



Cocina

Se puede ver también un antiguo mortero para majar, principalmente el fruto de la algarroba, con el que elabora el patay, y diversos tipos de frutos: Este enser resulta fundamental para la sencilla gastronomía de la zona, tal como leemos en las páginas de la novela *La cabra de plata* de Juan Draghi Lucero

Y aquí tiene, amito, el mortero de algarrobo que supo ser de mi agüelita –y le mostró un grueso tronco vertical, con una profunda excavación al centro-. En este hoy se echa el maíz, o trigo, o vainas de algarroba, y con esta pulida mano de la misma madera, se maja todo a golpes dados con habilidad majadora [...] (1978: 152)

Similar función cumple el mortero de piedra:

[...] esta es la piedra de majar trigo y maíz [...] una piedra algo grande, achatada, con una pulida excavación longitudinal al centro. –Aquí echo el grano a majar y con esta otra piedra –que encajaba en el hueco de la primera- la manejo a mano para delante y para atrás y quedan casi harina el trigo, el maíz y las vainas de algarrobas. Ya verá, amito qué rica harina tostada de maíz le prepararé, bien molidita en esta piedra (1978: 152).



Mortero

También se destaca otro enser criollo muy característico: el filtro de agua o “destiladera”, tan común en los hogares mendocinos de antaño.

Podemos leer su descripción, junto con una explicación de su funcionamiento, en la novela de Draghi Lucero, *La cabra de plata*, realizada a través de los ojos del protagonista, hombre de ciudad recién llegado al medio rural, quien la ve como

[...] un armatoste de madera de forma piramidal. Cuatro altas patas de álamo mantenían en lo alto a una gran piedra por sus salientes superiores, cuyo interior, excavado, estaba lleno de agua. Este recipiente pétreo, de hechura nativa, escurría lentamente el agua contenida, que goteaba por el extremo semipuntudo interior. Las gotas caían a una tinaja de barro cocido, vidriado por dentro, que atesoraba el agua cristalina y fría (1978: 151).



Destiladera

El horno de barro es otro elemento clave en la gastronomía de la zona.



Horno de barro

Luego nos ocuparemos de algunos detalles de la gastronomía de la zona, elaborada a partir de los escasos recursos que brinda el medio y por medio de estos rústicos enseres.



Se conserva también un antiguo carro leñatero, destinado a la recolección de los insumos necesarios para la calefacción y la cocción de los alimentos.

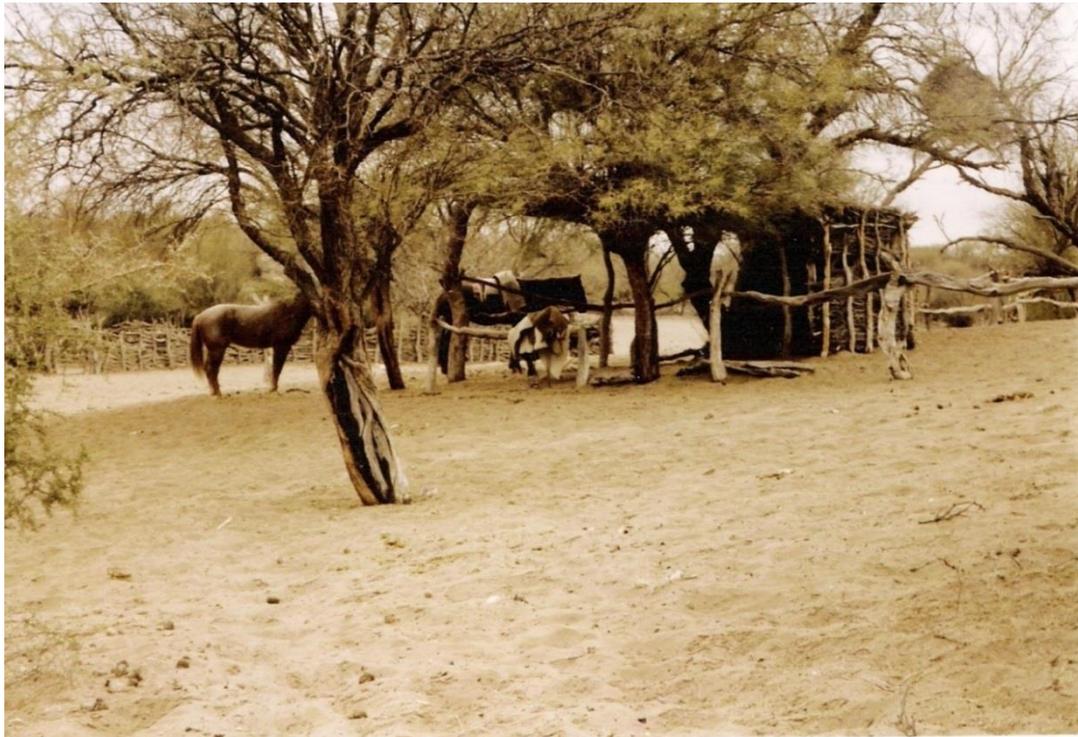
La leña se acumula en el leñero colindante.



Leñero

Caballos y mulas desempeñan un importante papel para el transporte y el acarreo.

*Un "Bestiario" del desierto*



Corral



Aperos Criollos

Tampoco falta un troje destinado a la guarda de los alimentos en esta reconstrucción de un puesto tradicional.



Troje o depósito

Acerca del interior de las rústicas viviendas, Draghi Lucero en *La cabra de plata* nos ofrece una vívida y completa descripción, cuando el protagonista es invitado a dormir en un puesto; en ella destaca sobre todo la imagería religiosa:

Lo llevaron a una pieza con una cuja adornada con vistosa frazada tejida a mano, de gusto mestizo en sus adornos de colores resaltantes. Estampas de santos en los muros. Velas en candelabros antiguos. En una urna, imitando a una ermita, de madera, la Virgen y el Niño, todo hecho a mano. Un Jesús crucificado, tallado en madera, sobre una mesita adornada con randas y. cosa curiosa, varios animalitos de barro cocido, todo hecho por manos inexpertas (1978: 22).



Imaginería religiosa

Esta religiosidad popular será tema que trataremos más adelante, al igual que las artesanías de la zona, entre las que el tejido al telar ocupa un puesto destacado.

Urdimbre de los siglos,  
unas terrosas manos tejen  
hilo por hilo  
la vida permanente,  
las guardas, los colores  
de totales crepúsculos  
y el milagro rocío  
del día adolescente

Armando Tejada Gómez. "El telar del sol"  
(*Los telares del sol*, 1994.



Pozo balde en el interior de los Bosques Telteca

El puesto como unidad habitacional se completa con un pozo o jagüel del que se extrae el agua para consumo humano y para los animales. Mientras no llegó el agua potable al desierto (y muchos puestos aún hoy carecen de ella), el rústico bebedero fue el único recurso para proveerse del agua salitrosa que brota de las entrañas de la tierra lavallina.

Vemos cómo muchas de las características de esta vida se mantienen en la actualidad, hace relativamente poco tiempo han llegado (como dijimos) el agua corriente y la electricidad a muchas localidades del secano. La construcción de las viviendas también ha avanzado hacia una solidez mayor. Sin embargo, como decíamos también, continúan algunas prácticas ancestrales de edificación.

En general, se busca la cercanía de algún árbol elevado, como vigía y protección (en el apartado dedicado a las creencias veremos la importancia simbólica que reviste el denominado “Árbol Familiar”. Generalmente se trata de un algarrobo. Y la vivienda se construye “en un alto dominante, emplazada allí no para la contemplación del paisaje, de poco valor para el campesino, sino para no ser alcanzadas por las aguas” (Draghi Lucero, 1978: 23-24) en épocas de inundaciones.



Puesto en Las Lagunas del Rosario

### Actividades

Si el hábitat no se ha modificado sustancialmente, ni las viviendas, tampoco las formas de vida, que siguen girando alrededor de actividades de ganadería menor, en particular la cría de ganado caprino, apreciado por los pobladores del desierto porque “La cabra es la verdadera vaca del pobre, señor [...] es la verdadera bendición del cielo. ¡Hasta su guano es maravilloso para dar vida a los plantíos y huertos desmejorados. Su leche, su carne y su cuero son los tesoros de estos secadales salitrosos”, dirá un personaje de Draghi Lucero, a pesar de las objeciones que se formulan a este tipo de explotación:

-Por ahí he leído que la cabra degrada los campos y los convierte en desierto.

-Toda recargazón de animales termina con los pastos de la tierra, por fértil que sea. Es el puestero de buena medida el que debe manejar con tino sus haciendas, cambiándolas por turno de lugar en lugar para que el pastoreo sea temporero [...] Buen pastor piden los malos campos y buen sembrador las pobres tierras labrantías (1978: 27)

Esta actividad sigue siendo el recurso privilegiado para los habitantes del secano.

En tal sentido, vale el testimonio de un productor de cabras del desierto lavallino. Esta "historia de vida" apareció publicada el 8 de noviembre de 2020 en un matutino local. En ella se lee lo siguiente:

Hace diez años los hermanos Flavio y Florencio Báez compraron un puesto en la zona de Asunción con 130 cabras [...]

La jornada comienza a las 6 de la mañana. Flavio va hasta los corrales para hacer mamar a los chivitos, los entrega por madre, junto a su hermano Florencio separan a las cabras que van a parir y después se van a trabajar. A media mañana [...] la esposa de Flavio suelta a los animales al campo (*Los Andes*, 8/11/20).

El rédito económico es alentador en principio, ya que a partir del núcleo inicial incrementaron la población a trescientas cabras, pero "entre los pumas, perros y la picada, sufrieron una importante merma" (*Los Andes*, 8/10/20). Los desafíos que plantea esta actividad son importantes: "para lograr un buen rinde, necesitamos un matucho de raza y estacionar las pariciones, pensar en la leche como nuestro principal producto", declara Flavio Báez (ídem). De todos modos, constituye una interesante propuesta de desarrollo para la zona, que continúa la tradición pero trata de renovarla y optimizarla.



Réplica de un puesto en la Reserva Telteca

Del mismo modo, se continúa con el desarrollo de otras actividades tradicionales, como el tejido al telar o el trabajo con cuero (sobre ello volveremos en el capítulo titulado "Artesanías"). Esto, en lo que se refiere al mundo del trabajo de los adultos. Pero también las diversiones infantiles continúan, a su modo, repitiendo antiguas prácticas. A su presentación

dedica Juan Draghi Lucero varias páginas de su novela; por ejemplo, la caza de loros (con boleadoras!

Llegaron a los primeros algarrobos y sacaron cuatro remedos de boleadoras que allí escondían. Explicaron atropelladamente al profesor: -¿No ve? Son boliadoras de alambre con bolitas de plomo en las tres puntas. Las hacemos con dos alambres: uno largo y otro corto; doblamos el largo por la mitad y allí lo unimos con el corto. Cavamos tres hoyitos en el suelo, donde terminan las tres puntas con gancho y le vaciamos un chorrito de plomo derretido, ¡y ya están hechas las boleadoras! ¿Ve? Con estas ¿pa qué queremos las escopetas? ¡Y cazamos liebres, perdices, zorros, hurones y loros en pleno vuelo! (1978: 52).

La costumbre infantil de cazar con arco y flecha y con boleadoras se mantiene aún hoy en las deslumbrantes siestas del desierto, a pesar de las admoniciones que prohíben deambular fuera de las casas a esa hora, como veremos al hablar de las creencias.

Otras técnicas de cacería ancestral practicadas por jóvenes y adultos son narradas por Draghi en *El hachador de Altos Limpios* (1966), en el cuento "El ladrón de sandías", que hace referencia a un ingenioso modo de apresar patos, sumergiéndose en las lagunas de Huanacache bajo las cáscaras de sandía que disimulan la presencia humana.

También en las páginas de Draghi Lucero encontramos otros juegos infantiles tradicionales, más generalizados, como la pallana, "un encantador juego primitivo, verdadero muestrario de habilidad manual. En una de las variantes, colocaron diez piedritas negras y solo una blanca entre ellas, todas sobre la parte superior de la diestra" (1978: 56).



El juego consiste en arrojar con un hábil movimiento de la mano las once piedritas hacia arriba y luego, dando vuelta la mano con la palma hacia arriba, darse maña para atrapar, mientras caen las once piedritas, solo la de color blanco. Existen otras variantes, por ejemplo la de mezclar piedritas blancas y negras en cantidades iguales, y otras más... En todos los casos, se

requiere un verdadero alarde de habilidad para salir airoso. Como comenta el narrador de *La cabra de plata*:

El juego infantil que ejecutan es de raíz primeriza y aporta a manos y a ojos la vivacidad que requerían las herramientas de la civilización. Las piedritas de colores contrastadas, aparte de posibles contenidos simbólicos, ejercitan la visión rápida y ponen en juego la habilidad de la diestra con riguroso sincronismo (1978: 57-58).

Otro juego descrito en *La cabra de plata* es el de "las narias" o "prisioneros":

Como es de rigor se dividieron en dos bandos de igual número; ya habían trazado en el suelo dos rayas paralelas, distanciadas a unos 25 metros. La mitad de los jugadores se apoderó de una raya y la otra mitad de la otra. Desde allí salían como espía atacantes contralas guardias de la raya contraria, y cuando habían avanzado bastante, desprendíanse varios atacantes del bando amenazado con facultades para hacer "prisioneros" al tocar a los contrarios. Los aprisionados, ya como entes pasivos, eran puestos de plantón, inmóviles y vigilados, muy cerca de la raya de los aprisionadores. Si uno del bando de los cautivos lograba, agazapado y artero, salir de su apartada raya y con sorpresiva rapidez conseguir tocar a uno de los vigilados "prisioneros", este quedaba libre; se guarecía en su propia raya y desde ahí recomenzaba el juego, ya como aprisionador o como "espía" liberador de otros compañeros que caían cautivos.

El juego, siempre ágil y movido y con todos los recursos de las sorpresas guerreras, terminaba cuando todos los de una raya habían sido hechos "prisioneros" (Draghi Lucero, 1978: 83).



Reserva Telteca

## Flora y fauna

Muchos de los aspectos de esta vida "montaraz" (el calificativo es de Draghi) merecen un desarrollo más amplio, que realizaremos en apartados subsiguientes, por ejemplo todo lo que tiene que ver con el mundo de las creencias, las fiestas y celebraciones, las prácticas mortuorias, etc.. En este capítulo solo estamos diseñando el marco necesario para el desarrollo de la vida humana. En este marco es necesaria también una breve referencia a la flora y la fauna que, a

primera vista escasa o monótona, ofrece sin embargo los recursos necesarios para la subsistencia.



Reserva Telteca

En cuanto a esta última, incluye distintos tipos de animales: pumas, zorros, quirquinchos... y muchas aves, entre las que figuran las rapaces: jotes, buitres, aguiluchos, caranchos y chimangos, todas aves rapaces o carroñeras:

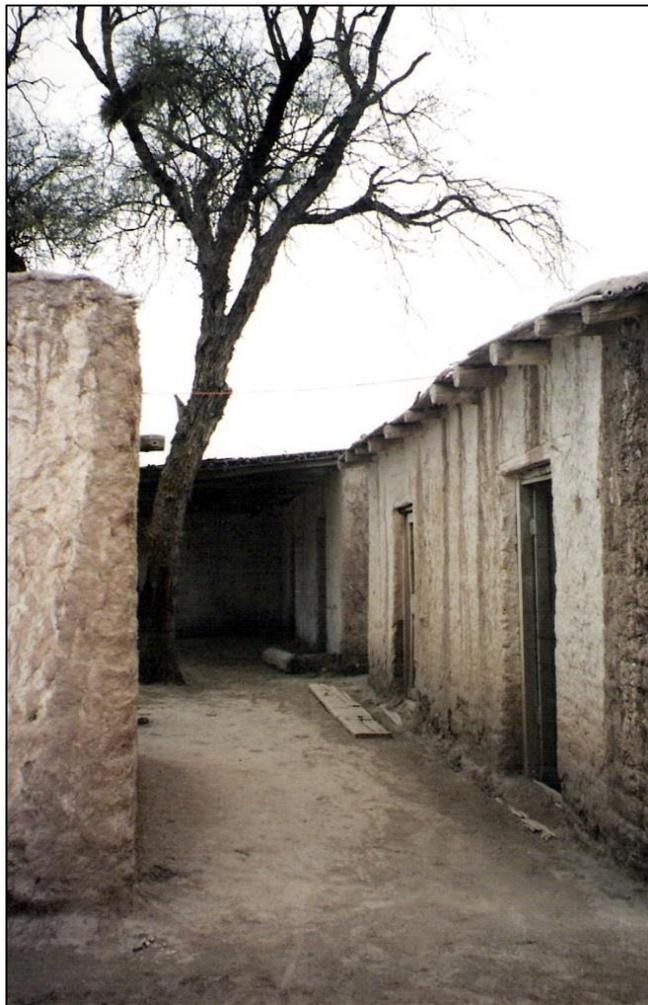
Son los buitres que acuden a una res muerta. Luego se va a tupir de pajarones el cielo, y bajarán al devoro del animal muerto que se descompone. Caerán cóndores, aguiluchos, buitres, jotes, caranchos y chimangos al festín de la muerte. Es la ley de los descampados: morir para que otros vivan (Draghi Lucero, 1978: 28).

El texto de Draghi hacer referencia también al peculiar modo de cazar de estas aves:

De repente, uno de los pájaros más grande hizo aprestos de maniobras. Al momento se convoyaron otros y, [...] se descolgaron de las ramas, y entraron rápidamente al agua hasta donde les permitían sus cortas patas; ya en mayor hondura se empinaron al máximo, dieron vuelta rápidamente con las alas extendidas y arrastrando sus plumas caudales por el fondo, como si fueran rastrillos, al tiempo que alzaban la cola cómicamente. Procedieron con tal habilidad y rapidez en un baquianísimo impulso de sus plumas-rastrillos, que echaron fuera a varios peces brillantes y saltarines (1978: 80).

Hay también multitud de catas, lo más notable de la fauna del lugar, que construyen sus llamativos nidos en la copa de los algarrobos:

- Ese montonazo de espinas aposenta a unos seis nidos de catitas.
- Es un nido conventillo por lo que veo.
- Y bastante conventilleras que son las tales catitas: se lo pasan a los cotorreos. Mire-. En tal nido colectivo enredaban sus algaradas no menos de seis catitas parlanchineras [...] Las catitas y urracas manejan el chismerío de los campos (Draghi Lucero, 1978: 27-28)



Nidos de catas

También albergan estos campos un morador muy especial al que Draghi dedica una extensa descripción:

¿Alcanzó a ver ese pajarito que se asentó en la rama de aquel chañar?

-Sí. Lo vi bien.

-Es el tirano de los secadales. Lo nombran y apellidan el rey de los pajaritos.

-No le veo traza para merecer tan alto apodo.

-Chiquito como es, sabe ser el azote de la pajarería de corto vuelo ¿Sabe de qué se alimenta? ¡De los sesos de los pajarillos! Los domina con su aullido de caudillo y el relampaguear de sus ojos de fuego adormilados. Al caer la tarde se asienta de golpe en las ramas donde canturrean montones de pajarillos y ¡al momento! Todos se quedan como en encantamiento. Si alguno ensaya escapar, él lanza su entumecedor: “Chu, chuy... Chu, chuy...” y le clava su mirar, en el que arden fuegos llameantes, y los pobrecillos se encogen y olvidan su vida. Y cuando al tirano se le antoja, se arrima a uno de ellos, lo abarca con su pata garriente y de un solo picotón le destapa los sesos, que va sorbiendo de poco a poco... (1978:28-29).



Las aves del desierto

Al resto de las aves de la zona (chingolos, monteritas, pepiteros chicos, carpinteros del cardón, distintos tipos de palomas, horneros, calandrias, tijeretas, benteveos, zorzales y diucas, cuclillos y varias especies de lechuzas, además del atajacaminos o dormilón, al que nos referiremos luego al hablar de las leyendas) las conocemos más bien por omisión, porque con buen tino no se las ha condenado a cautiverio para conocimiento del turista.



Puesto de Guarda parques "El Pichón"

Viene en nuestro auxilio, empero, la inventiva popular conservada en los cancioneros, que contienen abundantes referencias a la fauna lugareña, en particular las aves. Enumeraciones de especies animales que, si bien no son exclusivas de la zona desértica, sí figuran dentro de la fauna del "dominio del monte".



Así, encontramos, por ejemplo, en la tonada que comienza "Señores, voy a contarles": "[...] tencas y zorzales / chingolitos / [...] / tordos y tortolitas / [...] / teuques y piuquenes / [...] / catitas y loros / [...] / diucas y palomas / [...] / taguas aguaderas / [...] / loicas muy ligeras" (CPC, 1938: 148). En cambio, otras composiciones se refieren en particular a los más destacados pájaros de la zona, principalmente los que se distinguen por la belleza de su canto: "Canta la calandria hermosa" (CPC, 1938: 202); "Soy un triste silguerillo" (CPC, 1938: 247), o por algún otro rasgo que dé pie a realizar una asociación con el ser humano en una situación particular, como ocurre con las aves de rapiña en esta intencionada composición: "Me dicen que soy chimango / porque me asiento en tu rancho; / en llevándome la prenda / ¡ni aunque me llamen carancho!" (CPC, 1938: 302). O "El jote": "A nadie le habrá pasado / lo que le ha pasado al jote, / que estando para casarse / se le peló el cogote" (CPC, 1938: 578).

Existe también un conjunto de composiciones tituladas "Los pájaros" o "El chingol y la Chingola" o "Los pájaros en la chingana" (CPC, 1938: 227 ss.) que -aun en sus variantes textuales- exhiben semejanzas, tanto en la situación inicial (dos pájaros que se asocian para poner una chingana), cuanto en el recurso de hacer un recuento de distintas especies de aves, en general autóctonas. Transcribiremos un fragmento de la versión más breve, titulada "Los pájaros", y que -según anota Draghi Lucero- era conocida por los cantores cuyanos:

El Jote con el Carancho  
pusieron una chingana  
y ai remolían con ganas  
la Diuca con la Perdiz. [...]
   
El pato, que anda curao,  
al Lechuzo desafea  
y el Chingol, como una breva  
ai les cae de matón...  
-Aquí naidas va a peliar  
y que toque el Lechuzón  
que la Perdiz va a bailar [...] (CPC, 1938: 227).

Otros pájaros mencionados en las versiones conocidas son el Jilguero, la Calandria, el Tordo, el Chajá, el Loro, el Zorzal, el Chimango, el "Güitre", el Porotero, el Cernícalo, el Siete Cuchillos, el Pitojuán, la Loica... Las mayúsculas tipificadoras, en todos los casos, sirven para hacer transparente la referencia a tipos humanos y sucesos seguramente habituales en las chinganas: lugar de encuentro y desfogue de pasiones

El último de los senderos, por su parte, exhibe distintas especies autóctonas entre las que se destaca la retama silvestre, con su explosión de flores amarillas que dan la nota de color a la aridez del paisajes, los diversos tipos de jarilla, el algarrobo blanco o negro, el retortuño, el atamisque, el chañar, el alpataco, el jume, el junquillo, la pichana, el piquillín...

En general predomina una vegetación achaparrada, de monte bajo: "Curioseó los alrededores y distinguió médanos, los extendidos arenales con vegetación xerófila; adorno precario de la estepa llanista. A lo lejos divisó algo así como bosque de árboles coposos (Draghi Lucero, 1978: 23).

Esos "árboles coposos" mencionado son un relicto de los extensos bosques de algarrobos que poblaron la zona y que fueron abatidos por el hacha para obtener madera destinada la fabricación de a durmientes para el tendido de la red ferroviaria, a la construcción, etc.

El algarrobo es una especie que se encuentra perfectamente adaptada al terreno de la travesía, ya que ha desarrollado un sistema de doble raíz: uno superficial y muy extendido, y el otro muy profundo, que alcanza la napa de agua subterránea. Por este motivo se lo conoce como "el bosque de raíces largas".



Cartel ilustrativo en la Reserva Telteca

Cabe aclarar que a pesar de la aridez del terreno, a partir de los 6 metros se encuentra agua, lo que permite que el bosque se desarrolle.

Esta especie vegetal tiene una faz benéfica, pero también –en la imaginación popular- una fama maléfica. “No te duermas debajo de un algarrobo, porque te puede robar la sombra”, sigue repitiendo aún hoy la voz de los abuelos...

Solo queda un resto de estos bosques nativos: la Reserva Telteca, área protegida por Ley N° 5061 de 1985 en la que todavía pueden observarse árboles de hasta 15 m. de altura y troncos de un metro de diámetro. La palabra “telteca” significa “fruto maduro del algarrobo”, que es una importante fuente de alimento para hombres y animales.

El Bosque Telteca corresponde a la comunidad del algarrobal, una de las cuatro comunidades vegetales de la zona. Las otras tres son: el bosque de chañar, el arbustal de jume, vidriera y zampa y el arbustal de jarilla y retama. Según el tipo de suelo, será la comunidad vegetal que se encuentre.

Cada una de estas especies vegetales mencionadas tiene un uso particular. El conocimiento de sus propiedades forma parte de ese saber ancestral que posee el habitante del secano y se vale de él para satisfacer sus necesidades en los distintos órdenes de la vida: la alimentación, la fabricación de artesanías... incluso la orientación a través de la hoja de la jarilla. También se aprovechan sus propiedades curativas, como veremos luego.

Al paso de su caballo advertía la pobreza florística del campo. Miserable pastura ofrecía la estepa soleada. Sí, pero esos pobres verdoros los aprovechaban los rústicos animales del lugar. Burros, mulas, cabras y aun caballos, más la huidiza fauna autóctona que alentaba en la estepa. Para todos alcanzaba apenas, en muy dura y persistente lucha (Draghi Lucero, 1978: 62).



Flora autóctona

Fidel Roig, en su *Herbario digital del secano de Lavalle*, enumera 64 especies vegetales de la zona y describe sus propiedades. Pero también podemos recurrir a la vívida presentación que realiza Juan Draghi Lucero en su novela *La cabra de plata*, recogiendo toda la sabiduría popular que rige la vida del hombre en el desierto lavallino:

Este es el chañar, árbol indio. Da un fruto amarillito, muy harinoso y dulce, del que comen los niños. De él se hace un arrope muy apreciado. La madera sirve para rodrigones de viña por ser resistente y durable, y no pudrirse en terrenos húmedos. Arde muy bien y sus raíces se emplean para tintura. Aquel es el árbol del algarrobo; da vainas con fruto como el poroto del que se hace el rico pan indio: el patay que alimenta y da fuerzas al hombre. Ese fruto cuando madura es el mejor recurso invernal para la hacienda mayor y menor. Las mujeres y niños lo cosechan y muelen para preparar el sustancioso patay y lo que resta del cernido de las vainas machacadas sirve para preparar la añapa, bebida refrescante, y si se hace fermentar, se consigue la aloja, licor muy apreciado. Finalmente, los restos que quedan los destinan a cebar mate que, por ser fuerte y caloroso, le llaman el mate cojudo. La madera de este árbol maravilloso sirve para horcones de ranchos y ramadas. Se lo aprecia para rodrigones y cabeceras de contraespaldas de viñas [...] Este árbol es la bendición de Dios en los campos despoblados: con justicia en la palabra lo llaman “el árbol del pan”. Esos montecitos que ve por allí es el retortuño. Lo comen las cabras y es muy solicitado por abejas y abejorros. Da una flor amarilla y enrosca sus semillas. De sus raíces, al hervirlas, se consigue un hermoso color para teñir lanas. Aquel monte cespado es la zampa, comida por burros y cabras. Más allicito vea unos figues de flor amarilla que da un tinte muy apreciado en hirviéndolas. La verdad es que estos verdes, aunque tengan espinas y hojas duras, son solicitados por la hacienda caprina, asnal, vacuna y caballo. Allí tiene al lámamo espinoso, que da fruto como el algarrobo [...] (1978: 26-27).

## Medicina empírica

"Para la tos, té de chañar brea, arroje de chañar criollo, entre cáscara de chilca, con corazón de coronta".

Narrado por Cecilia de Ortiz, de 79 años (en Laura Besio. "Chañarales: espacios simbólicos de cura y peligro". *Revista del Museo de Antropología* 10 (1): 195-116)

Uno de los principales usos de las plantas de la zona tiene que ver con la cura de diversas dolencias. Así por ejemplo, la jarilla es una planta con interesantes cualidades medicinales, que puede ser usada en forma interna o externa para tratar diferentes afecciones.

Existen cinco variedades, tres se emplean en medicina con propiedades similares: Jarilla crespa (*Larrea nítida*), Jarilla macho (*Larrea cuneifolia*) y Jarilla hembra (*Larrea divaricata*). Otros nombres que recibe: Jarilla de la sierra. Jarilla del monte. Jarilla oficial...

La jarilla es un arbusto que crece en la Argentina. Las hojas tienen propiedades astringentes, por lo que se las usa contra las diarreas e inflamaciones del intestino, y para uso externo, contra las hemorroides. Acelera la cicatrización de las heridas y ayuda a cortar hemorragias nasales. También se usa el cocimiento para quitar el mal olor que produce el sudor de los pies. Favorece asimismo la eliminación de toxinas del cuerpo y es eficaz para tratar inflamaciones en la boca.

Esta planta contiene notable cantidad de yodo y potasio. Por este motivo, su tisana tiene buenos efectos en caso de tuberculosis, reumatismo, gota, sabañones, ciática, inflamaciones de la boca, cólicos con diarrea, hemorroides, flujo blanco, etc.

Para aprovechar los beneficios de la jarilla se puede elaborar una infusión con raíces de jarilla cortadas en trocitos y secadas al aire. A fin de que se conserve para poder usarla, una vez desecada se la guardará en un frasco de boca ancha, cubiertos los trozos con un buen vino blanco. También es posible conservarla en un tarro lleno de arena, la que antes debe calentarse bien para eliminar humedad, caso contrario la raíz se descompone. Dicho tarro se conservará bien cerrado y en ambiente tibio.

En el momento de usarla, se retirará la cantidad necesaria, se lavará bien a fin de eliminar restos de vino, y se hará un cocimiento con dos puñados grandes (20 gramos de raíces para un litro de agua) de trocitos de raíces durante diez minutos. Se deja decantar tapado, se cuela y se bebe hasta cuatro tazas por día

Para uso externo, contra hemorroides inflamadas, la jarilla es muy buen desinflamante. Para ello se harán baños de asientos fríos, con un litro del cocimiento. También puede emplearse para baños de pies, cuando estos tienen olor debido a alimentación ácida o fermentativa. En este caso, se emplean 30 gramos en un litro de agua.

Los frutos del chañar, por su parte, proveen un arroje que se presenta como el mejor remedio para la tos bronquial y el asma: "El empleo del decoctado de corteza y hojas como emoliente y antiasmático (Ruiz Leal, 1972) y de la infusión de flores de chañar junto con flores de 'vira vira' y 'atamisque' [sirven] para calmar los síntomas de gripes y resfríos" (Montani 2012).

Para curar las hernias de ombligo en niños recién nacidos "se marca con un cuchillo el rastro del pie o de la mano de la persona sobre la corteza del chañar [...] A medida que la herida del árbol vaya cicatrizando la hernia del niño se irá sanando" (Montani, 2012: 263).

Otros tratamientos curativos a base de planas que rescata Laura Besio son los siguientes:

"[...] para la tos, té de flores de chañar y flores de atamisqui (dulces) con azúcar quemada. Usted junta cuando hay y las seca en una bolsa de harina al sol, así las guarda para cuando necesite. Para la tos bronquial, para cuando a uno de mis nietos se le cierra el pecho y debe vérselas sin el paff, le preparo una infusión de entrecáscara (me explica que

debe extraerse de la madera externa del palo y con un cuchillo se va raspando el palo y eso es lo que se cuece. Por ejemplo, del chañar no se usan ni la cáscara que se desprende ni la madera verde, sino la entrecáscara que es lo que hay adentro que hay que raspar con el cuchillo. Se llama té de siete palos: ramas de retamo, atamisqui, jarilla, lámamo (aclara, no es algarrobo dulce), chilca, chañar y palo azul, a lo que se le agrega azúcar quemada y deja reposar; al día siguiente se calientan tres cucharadas de arena al fuego de la hornalla y en una tela se la pone en el pecho del niño acostado y se le da el té de siete palos y ahí se lo tapa para que descanse” (Extraído de mi cuaderno de campo setiembre 2014)

La investigadora citada continúa exponiendo los testimonios recogidos:

La huáchara es remedio para la anemia, el retortuño es otro remedio para la anemia y además la agüita de sus frutos da energía; la pichangua, que son los arbustitos espinosos de frutitos anaranjados, rojizos, amarillos y negros; la zampa blanca, zampa crespa y zampa verde son buenas para los animales; la verde no la comen mucho porque es más amarga y la mejor es la crespa. [...] la penca una planta misteriosa que usaban los indios [...] (2017: 105-116)



Flora autóctona – Reserva Telteca

En cuanto a otras hierbas empleadas para tratar enfermedades digestivas, Draghi Lucero nos ofrece un colorido relato:

Quedó un rato “pensándola” el curandero. Luego mostró un aire de suficiencia y procedió: -¡Ya mismo me hace hervir una teterada de agua y luego me la enfría [...] deshágase esta torta de patay en un plato limpio [...] Peletay revolvía la harina rubiomorena del patay en una taza llena de agua enfiada. Cuando estuvo a punto el beberaje, sentó en la cama al profesor, como quien sienta a un muñeco y lo hizo tragar, quieras que no, el patay aguado [...] Entró de pronto el cabrero con yerbajes y otros mistos. Pidió agua que hubiera hervido y preparó tisanas y tés con la yerba del platero, la de la pildorilla, y otras de nombres indios [...] (1978: 106-108).

El personaje mencionado se erige así en una especie de chamán que conoce las distintas plantas medicinales y resulta especialmente respetado por la comunidad por sus saberes empíricos:

El conocimiento sobre la preparación de remedios caseros a partir del uso de plantas, incluye aspectos importantes como el reconocimiento de los diferentes ambientes en donde estas se desarrollan, las técnicas de recolección, cosecha, almacenamiento, la preparación y aplicación de los remedios, Las diferentes culturas van transmitiendo de forma oral, de una generación a la siguiente estos saberes y los enriquecen a partir de nuevas experiencias que se entrelazan con sus creencias, su religión y cultura" (María Cecilia Montani y Cecilia Vega Riveros [eds.] 2010).



Sendero Telteca

Al respecto, Laura Besio hace una interesante referencia a propósito de Juan, un puestero de Altos del Retamo:

Juan reafirma su ausencia de conocimiento sobre plantas medicinales. Y sí menciona el saber que sus ancestros tenían sobre plantas: "en tiempos pasados... mi papá, mi mamá mi tío"... o directamente generaliza "los viejos de antes" o "los huarpes". Entrelíneas de un relato en tiempo pasado que entremezcla el presente; menciona un hongo que sale de la tierra como si fuera una flor, dice: "el del polvito naranja es el mejor, con el que se hace una pasta y se la usa para cicatrizar, si uno se lo pone al animal, en la herida". Luego cuenta que "los viejos que sabían de usar las plantas deben de haber sabido de probar no más, y así se iban rescatando usos y formas de curar". Cuando narra sobre las plantas y los usos que él conoce se lamenta de no haber aprendido más sobre los conocimientos que tenía su madre sobre plantas, porque ella sabía mucho de plantas (2017: 105-116)

Saber que brota e la experiencia, pero que tiene también algo de extraño, de ritual esotérico, como señala la misma Laura Besio:

Formas de cura que colmaban el aire de cierta magia, y que se volvían aire en movimiento cuando la luz del sol agotaba su llegada y daba comienzo el atardecer. Vivencias y percepciones que daban lugar y sentido a la emergencia de un sin razón de contundencia simbólica que apuraba nuestra retirada de aquel espacio del chañaral (ídem).

Sea conocimiento empírico o una cuestión de fe, en el cementerio de La Asunción se venera la tumba de don Tiójiilo Lucero (luego nos referiremos a él) y todavía hoy, Rubén Díaz, reúne en las Lagunas a mucha gente para su curación.



Cementerio de Asunción –Tumba de Tiójiilo Lucero

## El sistema alimentario

*“En contacto con los elementos primordiales, los alimentos obtiene su valor supra terrenal pues son bienes otorgados al hombre cuyano por una entidad sagrada femenina. [...] Es la Virgen, sincretizada con la deidad Inca de la Pachamama, pero también es el Aconcagua, montaña sagrada de los huarpes”.*

**Rosa Mónica Cantoni.** *El sistema alimentario cuyano en los cuentos de Juan Draghi Lucero, 2000: 65).*

Rosa Mónica Cantoni en su Tesis de Maestría titulada *El sistema alimentario cuyano en los cuentos de Juan Draghi Lucero: El modelo cultural de fines del siglo XIX y principios del XX*, distingue –en lo que se refiere a los alimentos comunes en la zona- dos épocas o tiempos históricos: el del indio (inca o huarpe) y el del criollo. Señala asimismo que “El indio liga el mundo

natural con el sobrenatural mediante su alimentación. El sistema de recolección de los frutos que la tierra le proporciona constituye la primera forma de diálogo con las entidades sobrenaturales" (2000: 101).

Entonces, las conductas relacionadas con los alimentos tienen un significado que va más allá de lo nutricional. Así, "El gesto de ofrecerlos al viajero para que reponga fuerzas, manifiesta la importancia de la hospitalidad como conducta organizadora de las relaciones sociales en el piso cósmico terrenal" (ídem).

En cuanto a las actividades que se relacionan con el pasado huarpe, figura en primer lugar la recolección de vainas de algarrobo, cuya harinilla será la masa del patay o "pan indio".

El algarrobo, árbol silvestre, le proporciona el alimento necesario para el sustento familiar. La mujer maja sus vainas en las "callanas" (cananas) de piedra y de ellas obtiene harina para el pan de patay. Con el resto de la molienda elabora añapa (bebida dulce y refrescante) o hace mate (Cantoni, 2000: 144-145).

También de origen indio es el método de cacería de animales con boleadoras, al que ya nos hemos referido en otro capítulo.

El sistema productivo de alimentos por parte de los huarpes contempla también el cultivo del maíz y la recolección de las hierbas silvestres. En relación con el maíz, Juan Draghi Lucero, a través de la Baltasara, personaje de *La cara de plata*, nos ofrece la siguiente receta rústica:

Y aquí tiene la callana, que tuesta tanto el maíz como el trigo. Con arena fina yo sé hacer las ricas flores del maíz para tomar mate o leche, ¡y salen tan tiernitas las del maíz pisingallo! Y le mostraba una tiznada olla de hierro, de hechura antigua, con tres patas desgastadas, pero una rota. Sí –seguía entusiasmada la pobrecilla mujer-. Se echa el grano revuelto con arena limpiecita y se lo revuelve con baquía ¡y enseguidita comienza la reventadera! Si hay arroje de uva ¡qué ricos son el trigo y el maíz rebozados!... [...] (1978: 132).

El maíz es también materia prima para la elaboración de otra comida típica, la mazamorra: "Con ese grano se hace la rica mazamorra, endulzada con miel silvestre y semillas de hinojo, si no se prefiere la mazamorra de harinilla y azúcar, o el espesado con leche de cabra (ídem).

Otra especie vegetal de la zona, el chañar, ofrece sus brotes como medicina. A ello se agrega "la protección de su copa espesa para conocer en la noche los secretos o novedades de las brujas curanderas, metamorfoseadas en pajarones" (Cantoni, 2000: 193). Pero también recogimos en La Asunción la indicación para preparar la mazamorra con leche de cabra y harina obtenida del fruto del chañar, con lo que se obtiene un nutritivo desayuno.

Además, se puede preparar arroje de chañar, según la siguiente receta, suministrada por Humberto, de La Asunción: para obtener 8 litros de arroje se requiere una bolsa de frutos (unos 40 kg) y 50 litros de agua. Se ponen juntos a hervir y así se obtiene la bebida deseada.

El mate y el asado, tan difundidos en la actualidad son en cambio alimentos criollos. La yerba mate fue introducida por los jesuitas en el período hispánico: "Luego se estimuló su importación a partir de la existencia de un mercado interregional cuyano con el litoral" (ídem: 113). Pero como resabio indígena se consume también el denominado "mate cojudo", al que se agrega yerba molida con chañar y se ceba amargo.

En cuanto al asado, intensifica su valor por el significado simbólico del fuego, ya que "En principio del fogón está en la leña. En el campo, la entidad sagrada da al hombre la leña para que haga el fuego. Este la transforma en brasa para calentar el mate, hervir un puchero o dorar el asado pero también en carbón para alimentar su cocina" (Cantoni, 2000: 114).



Interior de una vivienda – Lagunas del Rosario

Además, alrededor del fogón se confraterniza, se relatan historias... de algún modo, como destaca Rosa Cantoni, “El simbolismo del fogón [...] es el de reafirmar el triunfo de la vida humana en un ámbito geográfico adverso” (2000: 119). Además

El fogón como microsistema cultural, y en su interior la unidad alimentaria mate/asado adquieren un valor simbólico regional pues fundan el sentido de las conductas sociales cuyanas de hospitalidad y solidaridad. Al mismo tiempo tiene un valor temporal sagrado pues sociabilidad y alimento, son ayudas otorgadas por Dios [...] (Cantoni, 2000: 122).

El ritual de la amistad se basa también en el compartir “los vicios”: el tabaco, el mate y el relato (cf. Cantoni, 2000; 137).



Enseres domésticos

En cuanto a la carne que se asa, en la zona predomina la de cabra, que de algún modo se condice con la pobreza del medio circundante, por oposición a la de vaca, propia de regiones con pasturas más ricas. La cabra, en cambio no necesita de grandes cuidados, se adapta a las zonas áridas, bebe poca agua, come la vegetación xerófila y provee al criollo carne, cuero y leche.

Vemos, por ejemplo, que en los cuentos de Draghi Lucero el criollo pobre tiene majadas de cabras, burros, recolecta los frutos de los árboles del campo y dispone de hierbas para uso medicinal y para hacer infusiones. Como señala también Cantoni: "La recolección de vainas de algarroba, la caza y la pesca como fuentes de alimentación, simbolizan la herencia huarpe del criollo mestizo" (2000: 144).

No podemos dejar de mencionar como alimentos típicos las ricas sopaipillas (tortas fritas) y las tortitas al rescoldo, típicas de los desayunos de la zona, que se complementan con leche recién ordeñada: "Bien de mañanita lo despertaron sus pésimos alumnos. Antes de salir el sol se llegó al corral. Bebió un tazón de tibia leche de cabra, comió un pedazo de tortilla al rescoldo [...]" (Draghi Lucero, 1978: 51).

Hace referencia igualmente a una "cacería de loros" que da como resultado una cazuela elaborada con estas aves, pero ignoramos si esta "receta" continúa vigente en la actualidad.

Del mismo modo refiere el narrador a un modo curioso de efectuar la pesca en las lagunas de la zona, que llevan a cabo los niños:

[...] cortaron ramas espinosas y ásperas y remedaron la pesca de los pajarones [ya detallada al hablar de la fauna de la zona]. Se metieron al agua hasta la cintura y arrastrando las ramas por el fondo, con rápidos movimientos de escoba, lograron sacar algunos peces que luego destriparon. Encendieron fuego y muy pronto comenzó la comilona [...] El profesor participó del banquete y halló sabrosísima la pesca. Usaron salitre como sal (1978: 80-81).

También en *Las mil y una noches argentinas*, más precisamente en el cuento “El santo del naranjo”, nos ofrece el autor mendocino un extenso inventario de las comidas criollas, si bien todas pertenecen a la zona del secano.

Estas prácticas perviven –limitadas por los cambios experimentados por el ecosistema- en la actualidad.





## ARTESANÍAS

(LAS QUE SE PERDIERON Y LAS QUE SE CONSERVAN)



Artesanías – La Asunción

### Los “cestitos de Huanacache”

Hubo un tiempo (casi mítico) en que las Lagunas de Huanacache hicieron realmente honor a su nombre. Juan Draghi Lucero evoca esta imagen primordial en el “Pórtico” a su novela *La cabra de plata* con reminiscencias casi bíblicas, al referirse a ese “Egipto cuyano” y a sus antiguos pobladores:

¡Laguneros! El agua remansada les ofrendaba la pesca con sus originales balsas de totora y de junquillo. En las vegas orilleras criaban vacas, caballos, mulas, asnos, ovejas, cabras y otros animales ayudadores del hombre. Grandes sembradíos de maíz y trigo orlaban las tierras humedecidas (1978: 10).

Un "Bestiario" del desierto



(Fidel Roig Matons. "Bogando. Al fondo la cordillera nevada")



Aspecto de las "lagunas" con agua ocasional

En función de esa honda religión del hombre con el medio, de la que ya hemos hablado, las artesanías de la zona se relacionaban con el entorno lacustre: la confección de balsas de totora que permitían a los huarpes deslizarse por los espejos de agua y dedicarse a la pesca, y el trenzado de esos famosos “cestitos de Huanacache” de los que también nos habla el novelista.

El tejido era tan tupido que permitía hasta transportar agua sin que se perdiera ni una gota, y así llegaban los laguneros por la calle de Los pescadores a surtir de pescado fresco a la ciudad de Mendoza, transportando el fruto de sus esfuerzos (los peces aún vivos) en las canastas de junco.

Finalmente, cabe destacar que estas cestas se adornaban con coloridas borlas de lama teñida de vivos colores por los mismos lugareños, y se los rodeaba de otros cestos más pequeños.

Draghi Lucero habla asimismo del valor simbólico que cree advertir en ello, además del utilitario: “andando por esos ranchos de Huanacache y encargándoles canastillos, sus autoras, las mujeres, me preguntaban con cuántos hijitos los quería. Deduje entonces que esos canastillos eran la representación del vientre de Pachamama, la ‘madre de los multiplicos’” (Entrevista personal).

Cabe aclarar que el culto a la “madre Tierra”, mantiene algunos rasgos de vigencia en la zona, tal como veremos al hablar de las creencias:

-¿Qué es para vos la Madre Tierra, Rubén?- (Su cara se iluminó). En realidad, no es algo, sino más bien lo es todo. Cuando camino por mi tierra siento la libertad en mis venas, en mi espíritu [...] En ella puedo renacer una y otra vez cuando el magnífico sol se oculta detrás de la cordillera, cuando sus poderosas lágrimas riegan mis montes haciendo que mi junquillo verdee, que viva mi algarrobo, que mis lagunas se colmen [...] (Rogelio Aguilera. “Madre Tierra”, en *Poemas de arena...*, 2008: 127-128).



Mercado artesanal mendocino

Un conjunto de causas (movimientos telúricos que alteraron las condiciones del terreno, construcción de diques y aprovechamiento de los caudales para regadío de otras zonas, tala de los bosques nativos...) determinó la desertificación de la zona hasta llegar al aspecto actual: el desvío de los cursos de los ríos que alimentaban el complejo de lagunas



Vista actual

El viejo paraíso indio y mestizo fue reduciéndose a impresionante secadal, que bate y quema un sol implacable por haberle abatido el hacha sus defensas arbóreas. El arrastrado viento Zonda aventa el humus que dio vida a los sembradíos de antaño. Traslada médanos cual Simoun africano [...] la tierra, despojada de su defensa arbórea milenaria, es castigada por los aguaceros y los vientos que le abren heridas que claman en el yermo (Draghi Lucero, 1978: 10).

Solo en contadas ocasiones puede verse algo de agua en las enormes hoyas que antaño fueron lagunas aunque se trata de un fenómeno esporádico y que dura pocos días. De ningún modo alcanza a restablecer un ecosistema ya definitivamente afectado por la mano del hombre.

Rogelio Aguilera describe en estos términos la magia del secano aun en su despojamiento actual, y destaca el sentido de la existencia que allí se vive:

Este fantástico sitio cobija en sus arenas a miles de personas, generalmente invisibles para el común de la gente. Ellas luchan incansablemente para forjarse un futuro, o simplemente sobrellevar de un modo digno su pacífica y lenta vida. Existen sin tiempo, sin prisa, como si la misma vida corriera a través de su cuerpo sin siquiera inquietarlos ("Poética del desierto", en *Poemas de arena...* 2008: 10).



Lagunas del Rosario 1983

Perviven en el repetir de arquetipos ancestrales, manteniendo vivas algunas tradiciones y lamentando la pérdida irreparable de otras, que –como la antigua cultura del junquillo trenzado- se ha perdido en gran medida.



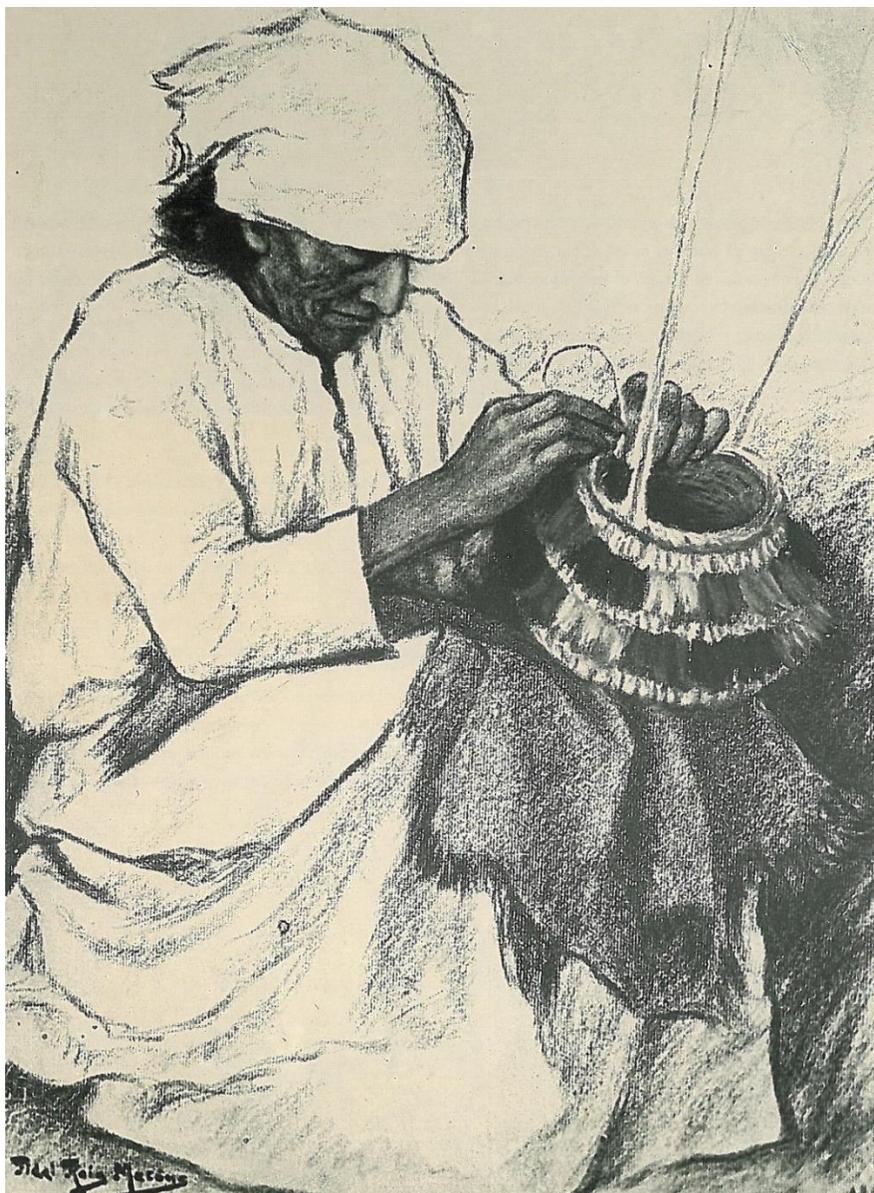
Cestería de Huanacache

Solo podemos conocerla a través del arte, como por ejemplo, las magníficas representaciones que de la zona y sus costumbres y artesanías hiciera Fidel Roig Mattóns.



Fidel Roig Matons. "Armando la balsa"

Del arte de las canasteras solo quedan algunas reliquias que aún se venden en ocasiones en zona o en el Mercado Artesanal Mendocino, pero ya no tiene la antigua importancia como reflejo de toda una forma de vida.



Fidel Roig Matons. "Canastera terminando su obra"

Luis Triviño, en un texto titulado "Artesanos del desierto", lamenta la pérdida paulatina de este repertorio ancestral de habilidades productivas:

Los descendientes de aquellos hombres altos, de piel cobriza, que adoraban al sol y a la luna, hoy son humildes puesteros que cuidan sus cabras. Pero en ese desierto, las 25 familias que habitan el poblado de Lagunas del Rosario y las 150 de los parajes más alejados de la capilla -considerada centro del lugar- decidieron no dejar morir la tradición aborígen. Así lo explica Lorenza Videla, orgullosa descendiente de aquellos hombres y su cultura, encargada de su representación en congresos que tratan la problemática de los pueblos originarios. Lorenza dice que todo recomenzó con la decisión de su tía, doña Francisca Godoy de Molina -que murió hace poco, después de haber pasado largamente los 100 años-, última cestera de Lagunas del Rosario que, al presentir un futuro difícil para sus descendientes, decidió enseñar su arte a los jóvenes, allá por la década del 70 (fuente: [www.cardon.com.ar](http://www.cardon.com.ar)).

También se utilizaba la lana de oveja para la confección de coloridas prendas. Y esta artesanía sí ha sobrevivido, readaptándose, es verdad, pero aún viva y cumpliendo una importante función económica para la subsistencia de las familias de la zona. En esta actividad, lo ancestral se combina con lo nuevo, para dar un producto diferente quizás, pero igual de genuino, y que habla de la laboriosidad de las mujeres de las comunidades del secano.

### Las tejedoras de hoy

El arte del tejido perdura y florece en la zona de secano. Como se señala en una nota aparecida en *Diario Uno* (31 de julio de 2020), “Hay una herencia cultural en nuestra provincia, y que no vino en barco desde Europa, y que por el contrario, mucho tiene que ver con los pueblos originarios. Tejer las raíces de nuestra memoria genética es el desafío de las mujeres del secano de Lavalle que integran una comunidad huarpe” (“Tejedoras del desierto: en defensa de su cultura y economía social”).



Telar rústico

Esta artesanía es llevada a cabo por las mujeres en las distintas comunidades del desierto lavallino, en particular la denominada “Paula Guaquinchay”, de La Asunción, que reúne a más de 400 personas..

Según nos cuenta Deolinda, nacida en El Cavadito, pero afincada en La Asunción, las técnicas que utilizan se transmiten de madres a hijas, de generación en generación. Tanto el instrumento usado (el “telar huarpe”), como los materiales empleados (lana de oveja), como las técnicas propias empleadas (se comienza por arriba o por abajo; luego se da vuelta el bastidor y se trabaja en el otro sentido y la terminación se hace con aguja en el medio), los diseños (abstractos, a base de rayas) o los puntos comunes (“bastoncillos” o “peinencillos” o el denominado “culebra”, en forma de zigzag), provienen de un saber ancestral que debe ser conservado como parte de nuestro patrimonio cultural.

Nos refiere que sus hijas ya están aprendiendo los secretos de este arte, y con justificado orgullo nos muestra la primera pieza tejida por ella, una abrigadísima manta de lana de oveja que revela un exquisito gusto en la combinación de los colores.



Tejido al telar, obra de Deolinda Jofré

Mientras, va explicando cómo se logran las tinturas a partir de la flora autóctona, sabiamente graduadas para lograr las distintas tonalidades: el fruto del chañar para el amarillo, el olivo para los tonos grises, la cebolla para el naranja...

Cabe agregar que en los diseños tradicionales predominan los tonos ocres, marrones y amarillos en consonancia con los colores del paisaje, con apenas alguna aislada nota de color, casi como contrapunto a la monotonía de la aridez circundante.

A manera de regla, los tintes naturales se extraen de plantas al pulverizarlas, desmenuzarlas o cortarlas. Las partes de la planta luego son colocadas en agua calentada a una temperatura justo por debajo del punto de ebullición hasta que el color se haya transferido al agua. Se utilizan frutos, raíces y cortezas. En La Asunción no hay ovejas por el monte espinoso que rodea el pueblo, pero se hace trueque con las distintas comunidades para obtenerlas, y en su preparación para el tejido se conservan saberes ancestrales. También se trabaja con lanas industrializadas, pero igualmente se conserva el valor artesanal por el trabajo de producción que encierra cada pieza terminada.



Así, "Cada ovillo cuenta una historia de mujeres del desierto "trenzadas" por necesidades e inquietudes particulares, que sellan el compromiso con sus raíces huarpes. Son artesanas folclóricas, crean piezas únicas" ("Tejedoras del desierto...", op. cit.).



El relato de Deolinda se corresponde con lo que las mujeres de San José cuentan en la nota periodística mencionada: “La tarea comienza con el aireado y asoleado de las lanas, sigue con el escarmenado -limpieza manual de extracción de restos de vegetales, palitos o piedritas-, el armado de la soguilla para lograr los copos, el hilado con rueca manual, el lavado de la madeja y torcido”.



Salón de la Comunidad “Paula Guaquinchay” – Asunción, Lavalle

Ella nos muestra asimismo el modo de hilar la lana de oveja en una antigua rueca.

Ese es primer paso de una labor que puede llevar un mes para la confección de una prenda, comenzando por la elaboración de la fibra, siguiendo por el teñido según ese conocimiento ancestral que ya hemos referido: “Hay lanas hiladas simples y torcidas, en colores naturales y con tintes. Las más codiciadas son las teñidas con vegetales de la zona. También producen vellones, fieltros y rellenos para almohadas o almohadones” (“Tejedoras...”).

En la actualidad no se desdeña recurrir a lanas industrializadas, para abreviar el tiempo de confección de las prendas, que no por ello pierden su valor artesanal.

La confección de cada prenda lleva horas de trabajo, que se inicia –como se dijo- preparando el material y concluyendo por la elaboración en alguno de los telares de distinto tipo que existen en la sala comunitaria donde las tejedoras se reúnen semanalmente.

Esta dimensión comunitaria de la labor del tejido es muy importante: el salón cultural se erige así en un espacio para reunirse, dialogar y compartir, ya que, como destaca Laura Guardia, “en el tejido tejemos nuestras vidas juntas”:

Está en juego la motivación de integrar la experiencia, de aprender y compartir saberes, con una salida laboral para mejorar los ingresos familiares. También es un momento de encuentro, esparcimiento y expresión creativa (“Tejedoras...”).



Rueca

Bettina Ballarini recrea poéticamente esta ocupación ancestral, casi análoga a la creación de un mundo, en uno de los poemas de su libro *Sin fundación mítica*, escrito a raíz de una experiencia de alfabetización en la zona del secano lavallino, para puesteros jóvenes y adultos de la Reserva de Telteca. "Durante los casi tres años que duró, -dice- conocí muchas expertas tejedoras. Una, la del poema, Josefa, bordaba flores sobre su tejido ayudándose como molde con una cáscara de naranja que dividía en cuatro pétalos" (*El Desaguadero*, 24 de febrero de 2010).

Esta mujer  
no comerá en la mesa de los dioses  
ni lucirá el collar de algún rito.  
Bajo su diaria ramada de chañar  
decidirá  
luces, sombras, tatuajes  
para la lana áspera que da el desierto.

Sus dedos van a repetir  
la danza sigilosa  
de siglos de colores  
saltando al sol.

Urdimbre. Vertiente.

El telar crece por los ojos.

Hace lo necesario  
su esperanza. (Bettina Ballarini. *Sin fundación mítica*. Mendoza, Libros de Piedra Infinita,  
2003: 43).



Deolinda hilando – La Asunción, 26 de setiembre 2021

Es una más de las múltiples actividades que llevan a cabo las mujeres de las comunidades del desierto de Lavalle: tejenderas, pastoras, amas de casa, y también dirigentes comunales, activas defensoras de sus tradiciones, luchadoras...:

Además de atender a sus familias y a sus casas, trabajan en los puestos criando ganado. La tarea comienza temprano con la alimentación de los chivitos mamonos extrayendo la leche de las cabras y el arreo a los animales adultos, para que busquen alimento en el campo. Durante las tardes, el trabajo se enfoca en ingresar a los animales al corral, para proveerles maíz molido y algo de forraje (“Tejedoras...”).



Urdimbre de los siglos,  
unas terrosas manos tejen  
hilo por hilo  
la vida permanente,  
las guardas, los colores  
de totales crepúsculos  
y el milagro rocío  
del día adolescente.

Armando Tejada Gómez. "Telar dela Cultura"  
(*Los telares del sol*, 1994).

Este telar, tejido de mil sangres,  
sumido y asumido, es la remota urdimbre de nosotros  
sin retorno posible,  
sin otra raza que vida misma y sin otro destino.

Armando Tejada Gómez. "Telar dela Cultura"  
(*Los telares del sol*, 1994).

En la sala de la comunidad se observan distintos tipos de telares: telares a peine, horizontales o verticales, incluso los de pedal, que no pertenecen a la órbita de los saberes heredados.



Salón comunitario de la comunidad "Paula Guaquinchay" – La Asunción, Lavalle



Salón de la comunidad "Paula Guaquinchay"

Pero el objeto más interesante es sin duda, el telar denominado "huarpe" o "criollo":



Telar huarpe

Como explica Laura Guardia a las tejedoras interesadas en conocer los secretos de la artesanía huarpe, el bastidor empleado tiene el tamaño del pelero, es decir, la manta que se coloca bajo la montura (90 x 60 cm). En él se realiza primero la urdimbre, sobre la que luego se entrecruzarán los hilos de la trama, con variados diseños, según la inspiración de la tejedora, dando origen a prendas únicas, originales, que se venden para ayudar a la subsistencia familiar:

Quienes conocen el desierto saben que allí las alternativas laborales y de ingresos son muy escasas o casi nulas. Las familias sostienen una economía básica y primaria de autoconsumo vinculada a la cría y venta de animales caprinos mayoritariamente, algunos pocos bovinos y equinos que acompañan el trabajo de traslado del ganado ("Tejedoras...").

El poeta de ascendencia huarpe, Armando Tejada Gómez, en su libro *Los telares del sol* (1994), erige al telar en símbolo axial que atañe a la identidad: sobre la urdimbre indígena se entrecruzan los hilos de las distintas culturas venidas de lejos para urdir una trama compleja, problemática a veces, pero infinitamente rica: "[...] el telar urdía / la vida que no cesa"

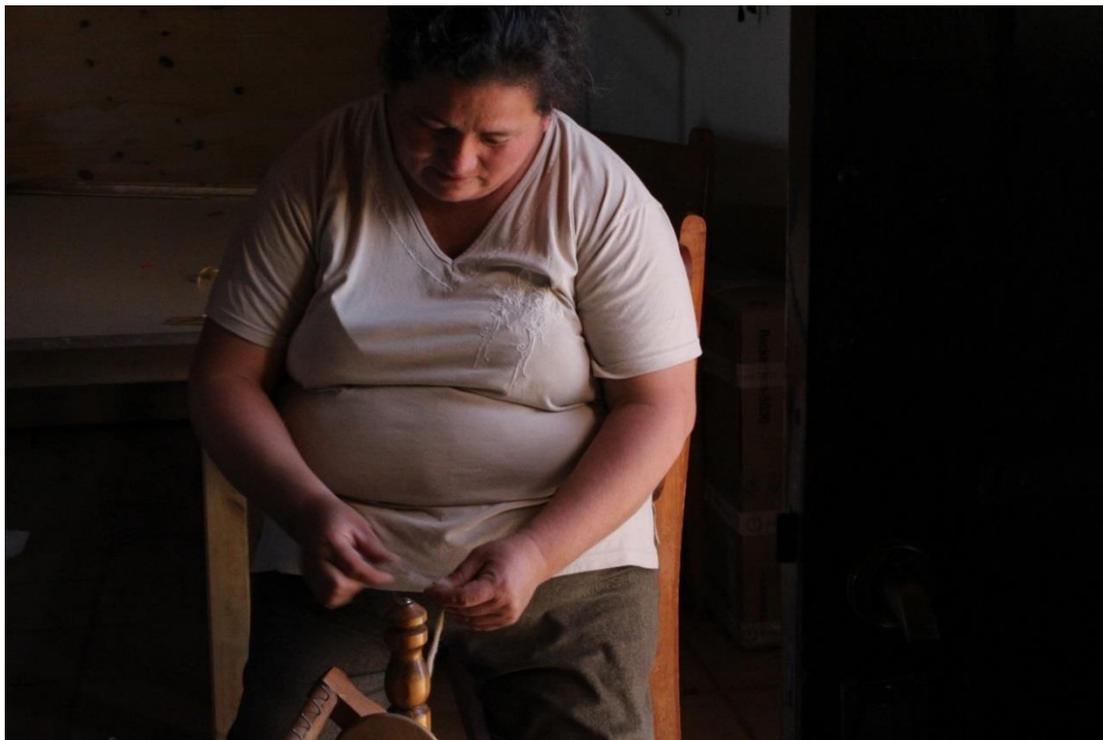
Queda el hombre, quedaron  
los andenes del riego,  
los ríos sin olvido  
y estas manos terrestres  
que baten el telar.

El sol ha vuelto siempre  
y siempre volverá.

Armando Tejada Gómez. "El telar"  
(*Los telares del sol*, 1994).



Pervivencias ancestrales que aún nos hablan a través de los mensajes entretejidos por las mujeres del desierto mendocino.



Deolinda de Jofré hilando – La Asunción

### Otras artesanías

Los hombres, por su parte, se dedican a la alfarería, como Rubén, de la Asunción, a quien Rogelio Aguilera evoca así:

Siempre lo encontrábamos entretenido con sus artesanías. Trabajaba la arcilla como pocos, sus obras tenían toda la magia de un pueblo milenario, sus rústicas terminaciones denotaban la historia y virginidad de su espíritu. Nos explicaba con puntillosa paciencia el significado de cada uno de los signos que realizaba en sus magníficos cacharros y, con el orgullo de un niño, mostraba las piezas arqueológicas encontradas en su terruño como un signo vivo de sus antepasados y de su historia (“Madre Tierra”, en *Poemas de arena...*, 2008: 124).

También continúan trenzando hábilmente el cuero para confeccionar distintos aperos y también cinturones, llaveros, pulseras, pasa pañuelos...

Algunos jóvenes seguían conservando vivas las raíces de su pueblo, de sus antepasados. Así podía deleitarme viendo cómo los hermanos González trabajaban sus tientos o correones, para crear las maravillosas artesanías que luego vendían en alguna plaza céntrica o en algún festival [...] (Rogelio Aguilera, “A mi pueblo de Asunción”, en *Poemas de arena...*, 2008: 29).



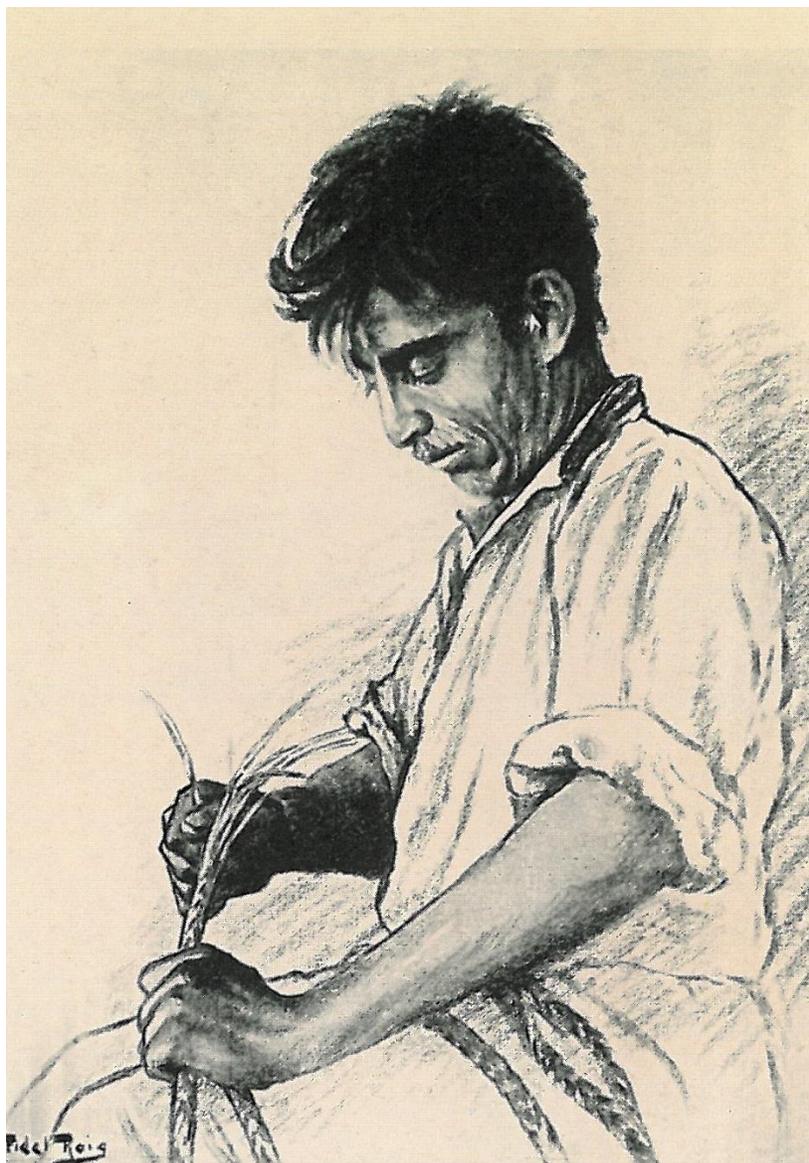
Artesanías típicas – La Asunción

Los materiales usados son cuero crudo de vaca y tiento de cuero de cabra, que se soban a mano. El trenzado con tientos de cabra es una técnica ancestral y típica del Desierto de Lavalle.



Uno de estos trenzadores es Juan Pelaytay, artesano folclórico vinculado al Mercado Artesanal mendocino. Realiza esta actividad como una salida laboral para proveer a las necesidades de su familia, y en ella participan también su esposa e hijos. Advertimos así, una vez más, el significado histórico cultural de un legado, de una artesanía tradicional, aprendida en la comunidad huarpe, de su suegro Fausto Morales y que ha legado a sus descendientes en un pervivir de técnicas ancestrales, que se caracterizan por no utilizar químico alguno.

Así retrató a estos artesanos, a comienzos del siglo XX, Fidel Roig Matons en sus magníficas estampas de la zona lavallina, así perviven hoy...

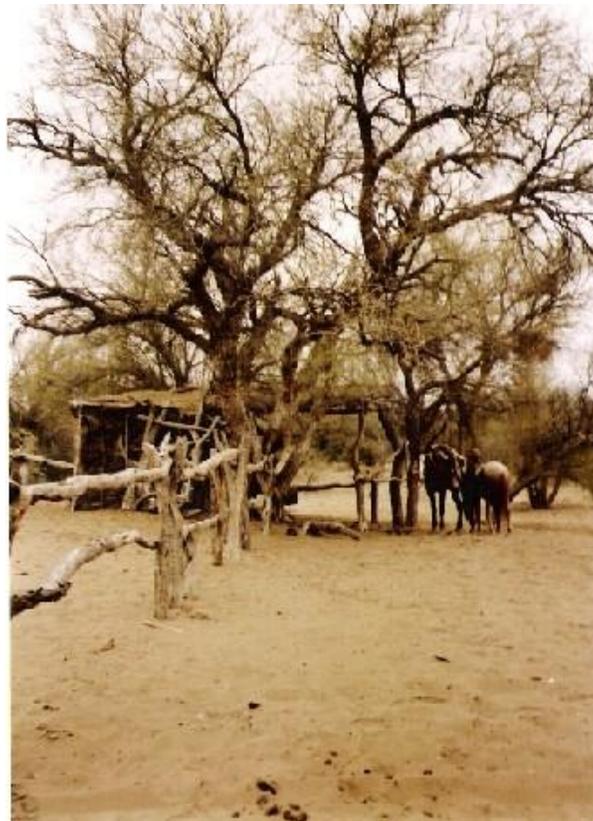


Fidel Roig Matons - Joven trenzador

*Un "Bestiario" del desierto*



Aperos criollos



## VOCES DESDE LA ESCUELA

*Llega a la escuela un maestro  
que hace rato se esperaba;  
pues la señorita que estaba  
se marchó ya muy cansada  
de tantos años de tizas,  
de cuadernos y esperanzas  
que le fue quitando el tiempo  
en esas tierras lejanas.*

**Rogelio Aguilera.** *Poemas de arena;  
Vivencias del desierto lavallino*

### La escuela rural

Cuando se habla de lo “rural” se presenta frecuentemente el término como antónimo de lo urbano. Según la definición del diccionario, rural viene del latín “ruris”, “ruralis” perteneciente o relativo al campo y a sus labores. Lo urbano aparece como relativo a la ciudad: asentamiento relativamente grande, denso y permanente con viviendas, calles y un centro administrativo que implica gran movimiento poblacional generalmente heterogéneo.

Las principales diferencias entre lo rural y lo urbano están en la ocupación, en el ambiente, en el tamaño de las comunidades, en las densidades poblacionales, en la homogeneidad o heterogeneidad de los integrantes, en la movilidad social y en los procesos de interacción y solidaridad social. En general, si se comparan ambas sociedades, se puede señalar que las zonas rurales tienen:

- ✓ Más baja densidad de población.
- ✓ Menor diferenciación social.
- ✓ Menor movilidad social, ocupacional y espacial.
- ✓ Tasas más lentas de cambio social.
- ✓ Mayor aislamiento (viviendas alejadas unas de otras).
- ✓ Mayores interacciones personales (predominio de relaciones primarias).
- ✓ Sistema económico centrado en la tierra, y caracterizado por la explotación familiar de sus tierras, con métodos rutinarios y pocos consumos de productos industrializados. Lo artesanal prevalece más que nada por el valor que le da a lo tradicional y propio.

El hombre rural y el habitante de la ciudad forman una sola sociedad, aunque la vida presente caracteres diferentes. Pues se puede decir que la vida rural es una subcultura dentro de la cultura general de la sociedad a la cual pertenecen.

La escuela rural es la única institución social que, siendo ajena a la comunidad, es el enlace entre ambos mundos: rural y urbano. Cumple con una función social que, aunque limitada por el medio en que se encuentra, pone en contacto estos dos mundos dando origen a vinculaciones

entre la cultura urbana y la cultura rural. Ubicada, muchas veces, en lugares inhóspitos y de difícil acceso, es la institución comunitaria que promueve la igualdad de oportunidades. Representa para el individuo la transición entre su grupo familiar primario y la sociedad mayor impersonal en la cual desarrollara su vida adulta.

El régimen de albergue consiste en un período de internado de diez días, en los cuales maestros, alumnos y directivos conviven como una gran familia. En muchos de los casos los maestros comparten su habitación con los alumnos, es decir que duermen junto a ellos; lo mismo sucede con el comedor y los baños: no hay espacios privados ni privilegios. (Rogelio Aguilera, "Un simple maestro de campo", en *Poemas de arena...*, 2008: 40).



Escuela rural – Lavalle, Mendoza

En el marco de las renovaciones educativas, las escuelas rurales se organizaron en relación con las comunidades establecidas a lo largo del territorio provincial. Las condiciones de aislamiento de algunas localidades – debido a las grandes distancias que las separan de las ciudades –, a la baja densidad de la población, a los caminos poco transitables, hacen que las escuelas sean reconocidas por las comunidades como una avanzada civilizatoria, a pesar de todas las dificultades que enfrentan los maestros:

No poseen gabinete psicopedagógico ni para sus alumnos ni para ellos; la salud es tan precaria como sus centros de atención y en casi todos los establecimientos los recursos económicos con los que cuentan son insuficientes. Esto no es un descargo, es solo una pequeña parte del mundo que rodea a un maestro en una escuela albergue; también está ligado a sus afectos, a su forma de adaptarse, de convivir, de sobrevivir... (Rogelio Aguilera, "Un simple maestro de campo", en *Poemas de arena...*, 2008: 40).

Con el convencimiento de que la escuela rural implica "la promoción de la auténtica participación social", la integración y organización de las familias que habitan en las zonas

rurales y que contribuirá al desarrollo sostenido de las mismas; son un verdadero “motor de cambio” que produce capacitación continua de las familias y pequeñas comunidades.

Viajábamos en una camioneta de uno de los maestros que, debido a lo vieja que estaba, siempre se le ocurría averiarse en el momento menos pensado. Amontonados y llenos de bolsos, parecíamos una caravana que atravesaba el desierto en busca de un oasis milagroso. Así transitábamos la mayoría y al igual que nosotros, algunos tenían que hacer innumerables peripecias para poder entrar o salir de las impenetrables comunidades del desierto lavallino (Rogelio Aguilera, “Algo más que vocación”, en *Poemas de arena...*, 2008: 47).

En los ámbitos rurales la educación está asociada a la producción, al mejoramiento de la vida de sus habitantes y, es por eso, que la oferta curricular debe estar contextualizada histórica, geográfica y culturalmente en la comunidad en la que desarrollan su vida las jóvenes generaciones.

El presente texto elaborado en el marco de la “XII Convocatoria de Proyectos Mauricio López” de la Secretaría e Extensión y Vinculación (UNCuyo) se propone visibilizar las características del Departamento de Lavalle y su impacto en el ámbito educativo a través de las distintas expresiones de sus habitantes y la interrelación de la escuela con la comunidad.

### **La educación rural**

La función de educar a los niños en la zona del secano y, en general, en las zonas rurales, está basada en las prácticas tradicionales pues la preservación de sus pautas culturales adquiere gran importancia para la comunidad rural. El ingreso a la escolarización formal tiende a neutralizar las prácticas tradicionales y, si bien aprecian la institución educativa, también sienten “orgullo” por lo propio, por lo tanto, las jóvenes generaciones tienen la doble tarea de valorar su origen e incorporar lo nuevo para mejorar su modo de vida.

En este marco, es importante destacar la función de la escuela como una de las instituciones sociales más importantes en la transmisión cultural. Complementa la acción familiar y brinda elementos para el desarrollo de las capacidades, habilidades y destrezas a las jóvenes generaciones. Es por ello que estas escuelas tienen una labor central no sólo en la trasmisión de saberes universales, sino también en la difusión de las innovaciones que mejoren la vida de los lugareños:

Las escuelas albergue el secano lavallino acunan a cientos de niños ansiosos, no solo de educación, sino también de alimentación, abrigo y mucho afecto. En ellas, estos pequeños duendes de las arenas construyen sus sueños y arremeten con toda su fuerza contra la ignorancia, el engaño y el atropello que les ha causado una sociedad racista e indiferente durante tanto tiempo. (Rogelio Aguilera. “Poética del desierto”, en *Poemas de arena...*, 2008: 11).

La escuela se transforma, entonces, en un centro del cambio social, reconocida por la comunidad y valorada como tal. Los servicios educativos que brinda requieren gran esfuerzo humano pues deben suplir las carencias y limitaciones con el fin de brindar al niño rural igualdad de posibilidades educativas y el logro de una personalidad armónica, integral y efectivamente conformada:

Edificios insuficientes, albergues hacinados, carencia de servicios, falta de apoyo psicológico entre otras cosas, hacen de la tarea educativa una verdadera aventura que solo pueden llevar a cabo personas llenas de valentía y coraje, dispuestas a enfrentar la adversidad en cualquier circunstancia. Los docentes desarrollan, no solo la tarea

pedagógica, sino también la de padre, hermano, médico, celador y sobre todo, nexo con la inalcanzable ciudad, entre otras cosas. (Rogelio Aguilera, "Poética del desierto", en *Poemas de arena...*, 2008: 10).

La escuela es un espacio artificial que favorece no sólo la incorporación del legado cultural a través de los contenidos curriculares; sino que, además, contribuye a la formación de ciudadanos plenos que pongan en práctica los valores políticos, sociales y económicos de la sociedad que integran.

Dicen que soy argentino,  
porque piso esta tierra sagrada,  
y camino libre por ella  
aunque intenten alambrarla.  
Aunque me quiten el agua  
que bañaba mis lagunas;  
aunque me crean muy pobre,  
soy un pobre con fortuna.

Rogelio Aguilera. "Dicen que soy argentino"  
(*Poemas de arena...*, 2008: 154).

La institución educativa responde a la necesidad social de transmitir el acervo cultural de la humanidad a las jóvenes generaciones y de socializarlas, incorporándolas a la comunidad y preparándolos para desempeñar un papel activo en ella. Es una unidad social dentro de una sociedad global por lo que es importante la relación que se establece con ella. Hay una relación estrecha entre la escuela y la comunidad:

- La comunidad debe ofrecer el ambiente y los medios requeridos para que la escuela pueda funcionar.
- La escuela debe poner al servicio de la comunidad los medios de la cultura para su mejoramiento.

La una y la otra deben cooperar para contribuir al mejoramiento de los individuos que la componen. El estrechar vínculos y esfuerzos favorece la preparación de los estudiantes que no verán la migración como una salida de la ruralidad, sino que serán verdaderos agentes de cambio de sus propias comunidades:

Otra de las cosas que pude descubrir fue qué importante era para ellos pertenecer a un territorio y a una gran familia como era la comunidad [...] Eran dueños de ese lugar, de su cielo inimaginablemente infinito, de sus arenas, del silencio ensordecedor de sus noches, del viento, del canto de los pájaro. Quién podría arrebatarlo alguna vez, quién podría vivir en aquella zona hostil, quién podría amar ese pedazo de tierra como lo hacían ellos. Sabían de dónde venían, quiénes eran sus antepasados y quiénes serían en el futuro. (Rogelio Aguilera, "A mi pueblo de Asunción", en *Poemas de arena...*, 2008: 30).



Festejo escolar - Reserva Telteca, 26 de setiembre 2021

El sistema educativo prepara, en general, para la incorporación de los jóvenes al mundo del trabajo, entendido en un sentido amplio. Pero también a través de las distintas asignaturas, capacita para diversas ocupaciones y profesiones. La enseñanza básica tiene esta misión de brindar las bases para una profundización de contenidos específicos que le servirán al joven en su futura inserción laboral.

La idea extendida de que el acceso generalizado a los bienes educativos trae aparejada una igualdad social, fue la promotora de la movilidad social ascendente de la sociedad. Ahora se ha sumado la custodia de la infancia y la juventud por la transformación paulatina de las familias que han ido relegando su función primaria educativa a las organizaciones formales de carácter estatal.

La educación es una actividad social básica necesaria para que las sociedades pervivan en el tiempo y se produzca su desarrollo. El extender la educación a todos los sujetos de derechos es la forma más eficaz, aunque sea silenciosa, de revolucionar las sociedades para hacerlas más justas e igualitarias. La escuela se transforma, entonces, en un centro del cambio social, reconocida por la comunidad y valorada como tal.

La escuela rural ha trabajado casi siempre encerrada dentro de las paredes de su edificio, aislada de la comunidad. Esto tiene que cambiar y ofrecer un programa que, sin dejar de lado los contenidos básicos y genéricos, promueva el mejoramiento de la comunidad en la cual está inserta. Es por ello, que se debe tener en cuenta lo siguiente:

- Adaptación del contenido de la enseñanza y sus unidades de aprendizaje al mundo concreto del estudiante, su entorno y su familia, evitando la transferencia a la escuela rural de contenidos previstos para el medio urbano;

- Ubicación, en una misma línea de objetivos, de contenidos y actividades pedagógicas que combinen elementos de la educación general con otros vinculados a las tareas laborales locales desde los primeros años de la enseñanza primaria;
- Vinculación de los contenidos programáticos con las experiencias de contexto del niño que los orienten a solucionar sus problemas cotidianos;
- Priorización de las temáticas relacionadas con los recursos de que dispone la comunidad y la escuela para ejercitar las habilidades intelectuales y manuales de los niños y jóvenes;
- Adaptación de la carga horaria y del calendario escolar a los ciclos de producción agrícola-ganadera a fin de atender a los imperativos del uso de la fuerza familiar;
- Utilización de estrategias metodológicas que aceleren la adquisición de conocimientos, habilidades y destrezas a fin de asegurar logros de aprendizaje dentro de los años que los niños y jóvenes permanecen en la escuela;
- Complementación de la educación física con actividades de tiempo libre relacionadas con programas de educación no-formal a fin de completar su educación.

Un elemento renovado es la incorporación de actividades expresivas y recreativas en los programas regulares, a fin de modificar la actitud reconcentrada propia de la ruralidad por una actitud colaboracionista con sus compañeros y con las personas de su contexto:

Eva, la maestra jardinera, recibió a la pequeña Lourdes de los brazos de su madre. Ni bien entendió que debía quedarse en ese mundo desconocido, lleno de límites y reglas por cumplir, un relámpago de impotencia se encendió en su corazón y ya no dejó de llorar en todo el año. Como un animalito enjaulado corría por el perímetro de la escuela, viendo cómo su madre subía a su caballo para dejarla diez días en ese lugar donde no tenía ni siquiera un primo que la acompañara. Su corazón no entendía que el amor y la paciencia que brotaban de esa maestra serían su única compañía. Eva fue llegando al triste mundo de su alumna. En el pequeño módulo de madera que improvisaba el jardín de infantes le fue enseñando los primeros pasos en el universo imaginario de los cuentos y las aventuras. De a poco surgieron las primeras sonrisas, las primeras caricias y palabras de afecto [...]. (Rogelio Aguilera. “Un simple maestro de campo”, en *Poemas de arena...*, 2008: 44).

### Las escuelas del secano

La escuela en el medio rural tiene características propias que la distinguen del resto, desde su problemática específica educativa hasta la organización particular, como es la atención simultánea de grados en nivel primario – denominado “secciones múltiples” – hasta los recursos con que cuenta. Es una institución de servicio permanente al elevarse como un bastión del mundo urbano y con lo que ello representa, en una zona rural.

Existen rasgos que son específicos de las escuelas rurales:

- ✓ La ubicación geográfica: el entorno influye sobremanera porque el lugar conlleva un “modus vivendi” que sirve de argumento e incluso de soporte para la comunidad donde se encuentra la escuela. Es allí donde convergen alumnos del poblado y de zonas aledañas, donde se intercambian experiencias, donde se cuentan secretos, donde se hacen amigos y donde, a veces, se sueña. La escuela se convierte así en el “axis mundi”; o sea el centro referencial de una parte de la vida de los niños y de los jóvenes del lugar. Es en el pueblo y en el medio donde están ubicadas, donde “viven y respiran” un entorno que las condiciona e incluso determina (en muchos casos) su existencia.



Capilla de San Judas Tadeo y escuela – El Cavadito, Lavalle

- ✓ El estilo docente: quienes han vivido la escuela rural “desde adentro” saben que, a partir de elementos inherentes a todo establecimiento educativo, tiene características propias que la distinguen del resto: desde su problemática específica educativa regional hasta su organización particular para la atención de sus estudiantes, como dijimos. A pesar de que los mandatos educativos tienden a uniformizar la escuela rural con la escuela urbana, los maestros en un medio rural detectan otra filosofía, otra forma de ser, otra escuela. El comportamiento tiende a ser más “humanizado”: esto implica una mayor comprensión del medio natural y humano, un mayor respeto por el entorno, un mayor interés por conocer los problemas domésticos y cotidianos, más apoyo y ayuda a los alumnos y sus familias. El medio rural supone una mayor implicación, otra sensibilidad hacia el entorno y sus habitantes que se refleja en las actitudes de los docentes que trabajan en ella. Rogelio Aguilera, por ejemplo, que fue maestro rural en la zona del seco, habla del

[...] ineludible compromiso social y emocional que viven los docentes, cuando en busca de experiencia o una rápida salida laboral, se encuentran de pronto involucrados en una difícil tarea: brindar educación en un contexto socio cultural muy particular, como es el de las comunidades aborígenes.

A la hora de fusionarse con los pobladores, con los increíbles lugares, con las costumbres e historias de este maravilloso pueblo, los maestros se hacen parte de él, y comienza en su interior una metamorfosis hacia la verdadera esencia de la vida, el amor y la entrega al prójimo (“Poética del desierto”, en *Poemas de arena...*, 2008: 9).

- ✓ La metodología utilizada: la diversidad manifiesta en las escuelas impone un desarrollo diferente de los programas educativos. El medio rural, al posibilitar medios y recursos naturales, exige una metodología distinta: palos, cañas, piedras, insectos, arroyos, plantas que están ahí, prontas a brindar una experiencia táctil y directa a sus estudiosos. La relación con el medio es directa y, por lo tanto, es un recurso disponible para proporcionar conocimientos, habilidades y destrezas requeridos para su manejo del

lugar. Es deseable que el aprendizaje de la lectura, la escritura y el cálculo se integre a procesos más amplios de mejoramiento de la calidad de vida, manejo de tecnologías, fortalecimiento de organizaciones que faciliten el desarrollo de la población rural. La innovación educativa presta un especial auxilio a las poblaciones rurales al brindar a los niños y jóvenes el manejo de nuevas tecnologías, cuyas herramientas ampliarán su futuro. La escuela al articular con otros sectores e instituciones del medio, propiciará iniciativas de progreso y organización local.



Escuela en la zona del seco lavallino

- ✓ Las características de tipo material: los edificios y recursos didácticos provistos por la Dirección General de Escuelas implican una estructura urbana insertada en un medio rural. Textos repletos de estereotipos urbanos y medidas de tiempo poco relacionadas con las tareas agrícolas y ganaderas del lugar, denuncian un trasplante de un ritmo propio de "otro lugar". Las temáticas, muchas veces, tienen poco que ver con el entorno. Por ejemplo, la educación vial dirigida a los niños de seis o siete años, con indicaciones sobre qué hacer ante un semáforo, son verdaderamente acontextuadas. Pero, por suerte, la televisión ayuda a imaginar cómo es un edificio de propiedad horizontal, un ascensor y tantos otros objetos de la vida urbana cotidiana.
- ✓ Las variables a tener en cuenta en el medio rural son la escolarización en cuanto proceso de cualificación; la calidad de la enseñanza que dependerá de las condiciones materiales de los centros y de los medios humanos con que cuente; y la organización social de la escuela que combina dos elementos: por un lado, el carácter estatal o privado y, por otro, la mecánica de designación de directivos y docentes de la institución. Estas tres juegan un papel preponderante para lograr el éxito de la escuela en el medio rural.

Las escuelas normales formaron tantos educadores como lo reclamaba la necesidad de extender la educación rural hasta los más apartados rincones del territorio argentino. Es así como todas las poblaciones cuentan con una escuela que, en muchos casos, es un agente dinamizador de la comunidad local.

Por lo general, predominan las aulas de años múltiples agrupados por edades y niveles educativos próximos y, un docente a cargo, que inicia las actividades del día según su planificación. El contacto es casi personalizado: pocos niños para un docente que le brinda su comprensión y gusto por el saber. Los alumnos son identificados uno a uno, hay un conocimiento de sus vidas familiares y también de sus talentos a desarrollar:

Todo es más difícil en los niños pequeños, con sus manos poco adiestradas para las tareas de motricidad fina.

Sus conocimientos del mundo escolar son muy reducidos. En la casa no hay libros ni computadoras, no hay lápices de colores, pinturas, ni compás ni *stickers* para pegar en la carátula. Todo es terriblemente simple y, ¡por sobre todo escaso! El lápiz, la goma, la birrome y el cuaderno a rayas o a cuadros... Despertar la creatividad, el pensamiento reflexivo y profundo arrancando de la escasez no es tarea sencilla.

Se parte de lo más simple, de lo que tiene: la capacidad de observación en el campo, donde siempre hay qué mirar. Desde allí se remontan las tareas para llevarlas al cuaderno o a la carpeta. Pero esas manos, no muy limpias y que todavía dudan al tomar los útiles, no siempre pueden responder.

Tampoco cuentan con familias que puedan ayudarlos, ni siquiera a veces les brindan un espacio propio donde realizar sus tareas. Son familias numerosas y en la misma mesa se come, se estudia, se reza o se amasa el pan.

Conocer el trabajo intelectual lleva mucho tiempo...Son habilidades que requieren un tiempo que, en las zonas rurales, se acorta en forma trágica; porque hay que ayudar en la casa levando agua potable, lavando a la intemperie, caldeando el horno, ayudar en la chacra: plantando, sacando yuyos o curando plantas.

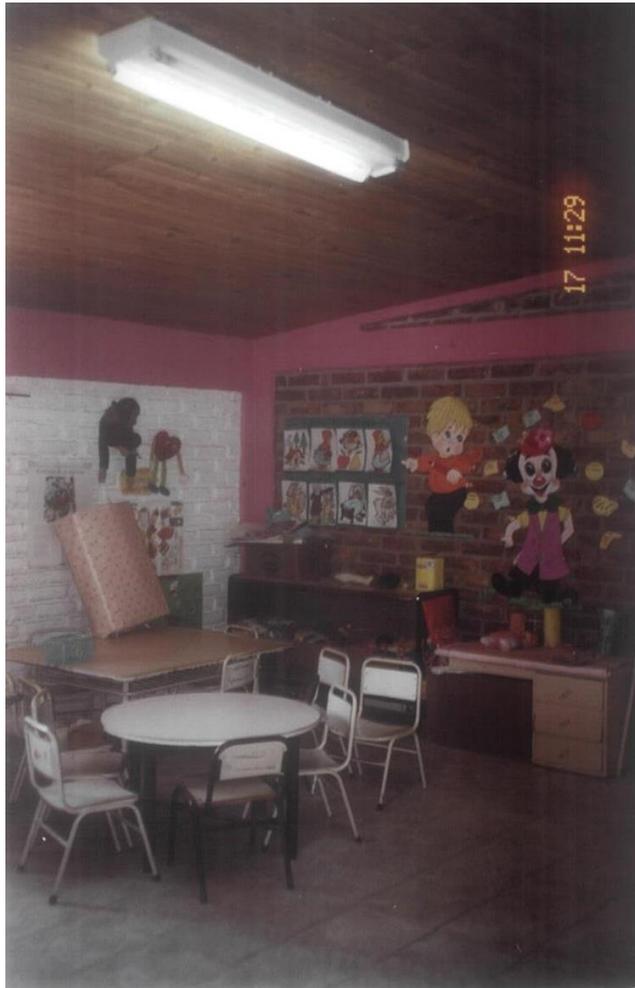
El tiempo de la cosecha "es para hacer unos pesos", a la escuela se irá después cuando se termina el trabajo y viene el invierno, cuando la tierra descansa. (Relato de la Licenciada y Profesora Blanca Rodríguez).

Sin duda no cualquiera puede ser docente en este ambiente tan especial, porque una actitud maternal o paternal, y comprensiva, hace falta para escuchar o hacer hablar a los niños taciturnos y reconcentrados, característicos de estos ambientes naturales. Un espíritu generoso y comprometido hace falta en el docente que se encuentra en estas escuelas:

El docente que trabaja en zonas rurales debe ser un observador muy agudo de la realidad que le rodea. Medir las palabras con los padres para que no consideren que "su hijo es un burro nomás" y lo saquen del sistema educativo.

Bajar las expresiones hasta aniveles muy sencillos, para no hacer sentir a los chicos que viene de otro planeta.

Ese instrumento tan rico y vivo que nos permite progresar en todos los niveles, también escasea en el campo: el lenguaje. Las palabras, los sinónimos, los matices de la lengua, no los manejan los alumnos. Total "en el surco" no hay con quien hablar y no hay mucho para decir. La tierra exige siempre lo mismo: que el hombre doble la espalda a la intemperie y la trabaje. Transformar el currículo escrito por un grupo reducido de intelectuales de las grandes urbes, en realidad significativa para los alumnos es como subir la ladera del cerro, cada paso hacia arriba es un sacrificio y se baja rápido y rodando. Todos los docentes que nos quedamos en el campo estamos convencidos que allí ha de germinar la semilla, que podemos mejorar las condiciones de vida de un puñado de niños y jóvenes, creemos firmemente en el poder del ser humano para transformar su entorno". (Relato de la Licenciada y Profesora Blanca Rodríguez).



Salita de niños en una escuela rural

### Un logro anhelado

Toda práctica social supone la inserción de un proceso de transformación en una realidad concreta. La educación es un fenómeno social por las funciones que tiene, los contenidos que imparte, el medio donde se realiza y los fines que persigue. Como señala Beatriz Fainholc:

Las potencialidades de la educación básica como variable interviniente en el proceso de desarrollo rural, presenta la necesidad de discutir no sólo acerca de **cómo** articular elementos sino, además, determinar en base **qué** criterios, **fines y valores** proponer estas intervenciones para que no sólo sean eficaces y eficientes en términos de lograr mayor productividad agropecuaria y mejorar los niveles de vida de las poblaciones rurales, sino que, también, puedan superar situaciones de marginación sociocultural y postergación en la toma de decisiones políticas acerca de su existencia y construcción de su vida". (Fainholc, Beatriz, *Educación rural: temas claves*, Buenos Aires, Aique Grupo Editor, 1991: 9).

Sin duda la acción socioeducativa de la escuela en el medio rural tiende a asegurar el acceso al conocimiento, la formación de actitudes y valores y la capacitación para el mundo del trabajo. Pero, en la actualidad las propuestas pedagógicas no son pertinentes socioculturalmente porque no se corresponden con las necesidades de los educandos y sus familias, factores que explican el abandono de los lugares de origen a otros centros.

Los contenidos que se imparten corresponden a las escuelas comunes de la provincia y en perspectiva al país, que no toman en consideración el medio físico y social de cada zona donde

se encuentran. Solo depende del criterio del buen docente el desarrollar las capacidades que lo identifiquen con su medio y que le permitan comprender las posibilidades que tiene en su ambiente y cómo aprovechar cooperativamente o en modo individual esos recursos.

El sistema educativo debe insertarse y propulsar esa dinámica social, garantizando una educación de calidad y una educación pertinente a las áreas rurales, a sus culturas locales, lenguas y al aprovechamiento y conservación de su medio. El Programa Estratégico de Educación en Áreas Rurales propone una flexibilización del sistema para poder responder a las necesidades específicas del ámbito rural. Esto implica metodologías adecuadas que atiendan la diversidad del alumnado, respetar los ritmos productivos, realizar una adecuación curricular para incorporar los saberes locales, respetar las culturas del lugar y compatibilizar con la educación común.

En síntesis, la educación en el medio rural debería tender a arraigar el conocimiento a la realidad social: sus demandas, sus exigencias para resolver los problemas cotidianos y encontrar ejes de significación de los saberes generales que aseguren relevancia y vigencia en el contexto particular.

La historia lavallina se fue tejiendo en torno a la forma de encarar la relación con la tierra y adaptarse a ella. Esta característica de población de zona árida o semi árida le da una consustanciación con su geografía y el predominio de sus tradiciones ancestrales. La escuela en este medio puede ser vista como una variable exógena que interviene en el proceso cognoscitivo de los habitantes del lugar. Y, en cierta medida, opera como un mecanismo de diferenciación social: lo urbano y lo rural.

Sin embargo, la escuela rural es necesaria, porque debe ser una puerta al mundo:

[...] el compromiso en el ámbito rural, permite trabajar *con y para la gente*: familias cuyas características son la dignidad, la honestidad, la gratitud, la confianza, la sencillez..., virtudes que motivan al docente a luchar por la movilidad social. Tal fue nuestro trabajo profesional, colaborar para cambiar en contexto, gestionando pavimentación de calles, electricidad, agua potable, sala de primeros auxilios, medios de comunicación, vacunación y cuidado de la salud, entre otros; pero, ante todo, ofreciendo el afecto y protección que esas personas necesitan para elevar su autoestima y revalorizar el lugar donde viven. (Relato de la Licenciada Angélica Carrión).

La dispersión de la población rural, las posibilidades de las escuelas para llegar a todos los rincones, los contenidos en relación con la cultura local son desafíos a lograr. La integración sociocultural que trascienda los límites de los espacios temporales de la institución educativa es una meta a cumplir.

Mientras tanto, la danza de los tiempos envuelve los misterios del desierto de Lavalle, acunando los mensajes de las arenas, bañadas por las estrellas que comunican con el infinito...cielo y tierra resguardan las leyendas y mitos ancestrales de los que caminaron por ese suelo, pueblos originarios que nos transmiten sus sueños.

Entra la luz del día desde el Norte  
 Donde la arena arrasa  
 En el latido de los Altos Limpios.  
 Territorio cambiante.  
 Dinámica porción que se levanta en actitud ardida.  
 ¡Los Altos Limpios! Asombro del paisaje...  
 No guarda su perfil ninguna forma.  
 Teje y desteje lomas  
 El empeño del viento, noche y día.  
 [...] Guanacache. Laguna del Rosario.

*Un "Bestiario" del desierto*

Primitivo solar del pueblo huarpe.  
Agua y arena bajo sol quemante...  
Allí estuvo un espejo de Laguna,  
Junto a la arena, en la frontera con el desamparo.  
Allí retuvo el agua y dio la vida.

**María Banura Badui de Zogbi, "El Norte"**



Reserva Telteca

## Las escuelas albergues

Las escuelas albergues se encuentran en lugares muy alejados, donde la población tiene baja densidad y sus casas están muy distantes unas de otras. Allí se vive un ambiente diferente de otros contextos escolares. Surgen como instrumento del principio de igualdad de oportunidades a fin de brindar esa educación “pública, laica y obligatoria” propuesta por la ley 1420 (1884), la Ley 4874 (1905) y todas las reglamentaciones posteriores. Las escuelas rurales son una expresión de la presencia del Estado en la comunidad.



Escuela albergue – La Asunción, Lavalle

Los niños recorren varios kilómetros a pie o a caballo para asistir a la escuela. En medio del desierto, entre algarrobos y chañares, se levantan las escuelas albergues que surgen con instrumento de equidad educativa. Estas tienen albergados a los niños que viven más allá de los 50 km aproximadamente. Hay establecimientos de educación primaria que comparten en algunos casos con escuelas secundarias. Predominan en ellas los plurigrados, con matrimonios a cargo, en el que alguno es el director-maestro:

Las partes se pusieron de acuerdo en cuanto a la hora de la madrugada que pasaría el micro y se solicitó que fueran puntuales por las bajas temperaturas. Una vez que se llega a la escuela se depositan los bultos en las habitaciones y se marcha a las aulas a dejar el material de estudio para tomar el desayuno consistente en sopaipillas y mate cocido, pues es lo más rápido de preparar dado que las cocineras viajan con nosotros. Se iza el pabellón nacional y todos cantan “Mi bandera”, luego el Director los saluda efusivamente y comienzan las clases (relato del Profesor Edgardo Gil).

Los docentes acompañan a los alumnos, no sólo con la educación formal y sistematizada, sino también con la educación informal: costumbres alimentarias, hábitos de higiene personal, y usos sociales que hacen a la formación integral de las personas. Este sistema de “convivencia” establece un contacto más personalizado que desarrolla vínculos afectivos más profundos:

"puente" necesario para llevarlos desde el conocimiento cercano a un saber más elaborado. Todos los medios son buenos para "ganar la confianza" de los alumnos, tal como relata Rogelio Aguilera:

A los pocos días de estar en la escuela me propuse salir a caminar después de dar clases y pegar un vistazo a ese mundo inmenso por todos lados. Mi intención era conocer y disfrutar de la tranquilidad y pureza del lugar, como todo aquel que llega por primera vez al campo. Unos días antes había oído un griterío voces llenas de alegría, de libertad. Como era nuevo, no me animaba a pedir permiso para salir a ver de qué se trataba. Cuando me dispuse a hacerlo me encontré de repente con una maravillosa herramienta para hacer amigos: "el fútbol". Ese bullicio mágico y particular provenía de un potrero que estaba frente a la escuela.

En una tosca dura como la misma piedra se gestaba un picado [...] Gracias a Dios nunca tuve problemas para relacionarme con la gente [...] Así que no dudé ni un momento en gritar "¿Para quién juego?". Fueron varias las miradas de asombro que sentí cómo me traspasaban, pero esa expresión tan simple y cotidiana para ellos fue la llave al mundo de los goles y las corridas, que cada tarde repetíamos como un ritual sagrado después de dar clases. ("A mi pueblo de Asunción", en *Poemas de arena...*, 2008: 24).

La matrícula de estas escuelas no es numerosa: puede oscilar entre 50 a 120 alumnos, contando con los que no están albergados y, día a día, hacen el tramo hasta la institución. En la actualidad el régimen comprende 9 días corridos de clases de la escuela primaria y 5 días de descanso en sus casas. Las escuelas secundarias que comparten edificio, concurren 5 días corridos de clases por nueve de descanso.



Escuela en el seco lavallino

El edificio prevé espacios para aulas, baños y dormitorios y, un amplio recinto que se usa para comedor, lugar de tareas y recreación. En un sector se ubica la dirección, Biblioteca y depósito para los materiales y provisiones. Cabe aclarar que el Directivo es el encargado de hacer las compras no sólo de materiales, sino también de las provisiones necesarias para los días que permanecerán albergados. La mercadería es transportada por un camión que llega con el

micro que traslada al personal de la escuela. Todos ayudan a bajar las cosas y a trasladarlas al depósito.



Escuela "Ángel Rizzo"

En otro lado, próximo al salón, está la cocina que se ocupa de brindar el desayuno, almuerzo, merienda y cena a todos los albergados (estudiantes y docentes). Generalmente las personas que se encargan de la maestranza y cocina viven próximas al lugar donde se ubica la escuela; por eso, cuando va el transporte a llevar a los docentes y directivos también los recoge por el camino. Ceremonia de albergada que marca el inicio de un periodo especial dentro del discurrir de sus días.

Por eso, esta "casa-escuela", brinda un aspecto singular: durante los días que están albergados el día comienza a las 7 aproximadamente cuando se despiertan los mayores responsables de ese manojito de niños remolones, a los que les cuesta despertar. Vestirse, ir al baño, lavarse la cara, las manos y los dientes, peinarse son rutinas que se incorporan en el cotidiano vivir. Un humeante desayuno los termina de despabilar y... a salir al patio, a izar la bandera para dar comienzo a la jornada escolar:

Mañana de narices coloradas y mejillas resquebrajadas por el frío. Ojitos negros, cabellos duros, manos desprolijas y lastimadas.

Mirada entre mansa y asombrada, esos son los rostros de los alumnos de campo. Aquellos que, para decir una dirección, nombran a todos los vecinos por los que hay que pasar, hasta llegar al solicitado.

El campo es aquel lugar que todos miran con cariño, pero al que pocos llegan para quedarse. Los servicios, el transporte, los caminos polvorientos, sueñan románticos, pero a la hora de padecerlos verdaderamente hay que poseer un gran coraje para enfrentarlos.

La escuela rural generalmente late al compás de la tierra, están rodeadas de árboles, pastos y yuyos; y siempre hay tierra... mucha tierra. La escuela que está en el campo se ve triste y fría en invierno, el entorno despoblado y seco, las columnas de humo de las salamandras alimentadas a leña seca.

### *Un "Bestiario" del desierto*

Es el lugar que brota y renace en la primavera, en el canto de las acequias. Es la que explota en vegetación y frutas en el verano y, también, brilla y parece de oro en el otoño mendocino.

Esta mirada enamorada de los sectores rurales se torna muy dura a la hora de enseñar. (Relato de la Licenciada y Profesora Blanca Rodríguez).

En muchos casos familia de maestros con sus hijos pequeños forman en las escuelas albergue ese clima de "hogar" que todos los niños necesitan cuando están fuera de su núcleo familiar.

Hasta el mediodía, un recreo divide los distintos conocimientos impartidos: lengua, matemáticas, ciencias sociales o ciencias naturales que se suceden con recursos didácticos artificiales o naturales según sea el contenido impartido. Lectura a la sombra de un árbol, un análisis de la flora autóctona o una descripción geográfica les da oportunidad para valorar el terruño y salir afuera a disfrutar de la naturaleza circundante.

Es importante destacar que a veces se cuenta con uno o dos docentes varones que llegan recién recibidos a sumarse al "voluntariado" que se realiza en las escuelas albergues. Es que los adultos y los niños, todos cooperan en el orden, limpieza y cuidado del espacio que los resguarda esos 9 días de albergada o los 5 días de la escuela secundaria. Y no sólo es el mantenimiento del espacio, sino también el sostenimiento del clima institucional y hogareño en donde se relega lo personal por el bien común de todos. Relaciones estrechas y directas, un contacto cara a cara que establece vínculos afectivos más allá de la relación docente-alumno.

La relación comunidad-escuela es estrecha, porque sin la confianza que depositan los padres en el establecimiento educativo no sería posible brindar la educación formal a los niños rurales. Dejar a los hijos por nueve días al cuidado de los docentes requiere de una actitud generosa de los padres y de los docentes: unos de darle posibilidades de crecimiento a sus miembros jóvenes y, otros, de procurarles el mayor desarrollo de las potencialidades a esos niños y adolescentes que les espera un mundo por descubrir.

El solo hecho de compartir las 24 horas del día, hace que las tareas se piensen y se realicen en equipo de forma organizada. Desde lo puramente escolar hasta las tareas mínimas de la "casa" es motivo de diagramación y asunción de responsabilidades por todos los integrantes de la comunidad educativa.

A la hora del almuerzo mesas con manteles preparadas en el patio cerrado, anuncian la mitad de la jornada. Son sonidos de una escuela común mezclados con los olores de una mesa familiar que reúne a todos en "comunidad" alimentaria:

El menú consiste en fideos con tuco y queso, tartas, carne a la olla, pastel de camote, arroz con pollo y pizza casera (todo esta facturado de manera "criolla" respetando la forma de cocinar con mucha grasa).

Hay un descanso siempre de 14 a 15.20 para que duerman un poco. Luego continúan las clases hasta cerca de las 21 con recreos intermedios, merienda a las 17 horas, arriamiento de la bandera a las 19.30 cuando ya se oculta el sol. El horario, hasta el día domingo inclusive, se repite, permitiéndoles el sábado en la noche unas horas de esparcimiento con música, que es folclórica y es actual.

Aquí se nota la influencia de la enseñanza primaria pues bailan muy bien el gato, la cueca y la chacarera. De sus hogares traen algunos la facilidad para improvisar recitales criollos. (Relato del Profesor Edgardo Gil).

La convivencia en un mismo edificio por tantos días, hace que el uso del espacio se piense de manera diferente. En la mayoría de los casos son escuelas comunes adaptadas a ser albergues. Lo que se diferencia claramente por sectores son las aulas del resto de las habitaciones. Los varones y las mujeres duermen separados a cargo de un docente responsable

de cada sección. Todas las camas son iguales, generalmente cuquetas, grandes placares para guardar la ropa de todos y con pocos signos de identidad.

Los baños también se distinguen por sexo con un espacio de piletas comunes para la higiene personal y un espacio destinado a duchas individuales para la hora del baño.

La cocina y el gran salón que cumple las veces de espacio de usos múltiples y, también, de comedor está atendido por tres o cuatro celadores que se ocupan de la higiene y cuidado del lugar. Son los encargados de realizar las diferentes comidas.

Los espacios áulicos tienen las mismas características de los de las escuelas comunes: paredes adornadas con afiches, mensajes, mapas, trabajos de los alumnos y aquello que interesa a los estudiantes del ciclo. En el caso de la escuela primaria al tener menos carga programática la jornada es menor que en la escuela secundaria en donde, en cinco días, se debe apretar la carga curricular para poder brindar contenidos mínimos.

Una merienda interrumpe la tarea de la tarde y a seguir hasta que sea la hora de la cena y el descanso reparador. Ese tiempo se dedica a tareas de recuperación de alumnos con problemas de aprendizaje, otros tienen tiempo para la recreación: juegos de mesa, ver televisión, completar tareas o todo aquello que implique educación no formal, como tocar la guitarra, gimnasia, pintura, taller de trenzado, de cerámica y tejido. Los que tienen computadora, es la hora de navegar y apropiarse de las nuevas tecnologías, hasta de descubrir nuevos mundos.

La hora de la cena vuelve a reunirlos en el espacio común y un baño al acostarse ayuda a “dormir bien”. Al cabo de unas horas la escuela se va silenciando, los docentes comparten un rato en común y parten a cumplir sus responsabilidades en el albergue, atentos a cualquier problema que pueda surgir durante la noche. Cada niño o joven, en su cama, cierra sus ojos recordando lo que hicieron en el día, tal vez un recuerdo a su familia que está en el puesto y, porque no, deja volar su imaginación explorando lo desconocido. La curiosidad le promete un nuevo día lleno de nuevas cosas por descubrir.

El régimen de albergue, consiste en un período de internado que varía entre cinco y diez días, en el cual maestros, alumnos y directivos conviven como una gran familia. En mucho de los casos, los maestros comparten su habitación con los alumnos; es decir que duermen junto a ellos; lo mismo sucede con el comedor y los baños; no hay espacios privados, ni privilegios. Tienen que hacerse cargo de sus viáticos, el cual supera en la mayoría de las escuelas los cien kilómetros, aquí no cuenta el desarraigo. Los medios de comunicación, son deficientes; la salud es tan precaria como sus centros de atención, y en casi todos los establecimientos los recursos económicos con los que cuentan son insuficientes. Sin embargo el universo educativo que comprende a una escuela albergue es tan apasionante como la mismísima tarea educativa que se desarrolla en él. Allí la magia del desierto se propia de los maestros para ser fuente testimonial de la vida en el país de las arenas y su devenir de ruralidad. Esto es sólo una pequeña parte del mundo que rodea a un maestro en una escuela albergue; también está ligado a sus afectos, a su forma de adaptarse, de convivir, de sobrevivir...

Son sin duda los docentes fuentes inagotables de historias, tanto vividas como escuchadas. Son ellos los que en noches de albergue, cuando los niños antes de dormir abren su ancestral literatura autóctona; se apropian de narraciones, imágenes y geografías impensadas. Al compás de alguna guitarra destemplada o silencios que hielan la sangre aparecen las “bestias del desierto” en la voz de algún alumno más osado y pícaro, y entonces el mundo fantástico de Lucero se recrea para que los niños puedan dormir entre las cobijas de sus libros.

Pocos son los que han logrado traducir estas historias; situarlas en un tiempo y un espacio preciso y de esta manera ponerlas de manifiesto y al alcance de la literatura como una posibilidad única de conocer este mundo inconcluso de tiempo sin tiempo.

Aquí algunas de ellas.

***Como si el ruido pudiera molestar...***

Le pasamos cerca a la vida de Juan, digo cerca porque no alcanzamos a interpretar su mundo siquiera. Fue tan efímero ese pisar su rancho y jugar con sus niños que ni siquiera el viento atinó a silbar la alegría de las risas.

Parece que el desierto se les metiera adentro, porque sus ojos son de tierra, su voz también y hasta las ganas se ponen lentas en sus manos, o miradas. Parece que la arena se los llevara médanos adentro cada día un poco más.

Ahí nos quedamos mirando esa soledad con el Marcelo, nos quedamos mirando porque no hay palabras cuando uno no puede hablar, cuando el hombre no puede elegir, cuando decir es fácil pero abrazar da miedo.

Nos cortó el monte, rompió con su hacha hembra la jarilla y el retamo; siempre en silencio como pidiendo permiso y disculpas a su redondel de mundo. Separó la arena con sus manos, y en cada puñado que lograba sacar se le escurrían las estrellas y los sueños entre sus dedos.

Nosotros, los que vamos y nos vamos, hacíamos de aquello una aventura; reíamos cuando el esfuerzo era en vano y gritábamos sin eco alguno interrumpiendo el canto de los pájaros. Juan cavaba y cortaba monte, lo desparramaba debajo de las ruedas como formando un camino pasajero. Pensamos con Marcelo mientras el agua se escurría en el arenal, cuántas veces habrá intentado tejer caminos para él y los suyos, sabiendo posiblemente que seguirían enterrados en aquel secadal del tiempo.

Empujamos fuerte, muy fuerte. Juan también empujó. Cuando el vehículo hizo la fuerza, también la hizo todo aquel mundo, como queriendo sacarnos de allí, tal vez tratando de que Juan no escapara con nosotros. Amarrando los pies al algarrobo y al chanar Juan se quedaría sin saber, sin imaginar, sin poder siquiera.

Él corrió pegado al fondo del vehículo, un poco empujando y otro poco tal vez queriéndose ir con nosotros y nuestras posibilidades. Lo vi por el espejo cuando lentamente dejaba de empujar. Soltaba una vez más la esperanza o quizá se aferraba al llanto de su hija que parada en la huella lo veía alejarse.

Allí en el medio de todo estaba Juan, parado y haciendo tentempié en la incertidumbre, haciéndole equilibrio a su vida y la nuestra.

Ya lejos, Juan se veía pequeño en aquel camino improvisado, simulado para escapar. Lo último que quise recordar de aquella tarde fue su figura fantasmal diluyéndose casi sin luz. Era luna y primavera, su hacha en el hombro y el perro flaco a su lado solo eran un complemento natural de aquella escena... caminó hundiéndose en la arena, no dio vuelta atrás ni una vez. Regresaba como regresa el sol cada mañana, sin preocupación y con certeza. Regresaba, como si el ruido pudiera molestar en algo.

También las escuelas albergue de la zona llevan inscripciones que nos hablan de ese origen huarpe; por ejemplo la Escuela N° 1736, cuyo lema reza: "Palac eyena tamari" ("Esforzarse con amor"). Esta modalidad educativa de la escuela albergue constituye un punto importante para el conocimiento de la organización de la vida en la zona.

Es in dudas la "escuela" el nexo intrínseco entre la comunidad y el mundo exterior a esta geografía tan arisca y a su vez tan cautivante. Miles de historias conviven entre las paredes de estos edificios solitarios. Como elefantes blancos, situados en puntos casi estratégicos, son una postal magnífica mezcla mimetizada del progreso, la historia del lugar y su tiempo.

Para entender esta idiosincrasia socio comunitaria educativa, es necesario remontarnos precisamente a la oralidad como medio de comunicación entre el pasado remoto de pioneros, soñadores y un futuro que se escribe cada día con la llegada de cientos de niños que han

transitado los entalcados caminos desde sus puestos, hasta el hogar de la campana, la tiza y la palabra.

A continuación ofrecemos una emocionada semblanza que Rogelio Aguilera realiza de uno de estos personajes entrañables, ligados a la fecunda tarea de educar en el desierto.



## **Un pionero, un soñador, simplemente un hombre...**

“Cuando me propuse investigar sobre Don José Andrés Díaz, sabía de antemano que no sería tarea fácil, ya que es muy común en nuestro tiempo olvidar a las personas realmente importantes. Estaba convencido de que el mejor lugar para encontrar lo que buscaba, estaba esperándome en su tierra natal; nadie mejor que su gente podría contarme lo que necesitaba de aquel hombre. Su vida, sus sueños, su legado.

Llegué al alejado pueblo una mañana plena de sol, con la ayuda de un celador de la escuela en la que me encontraba trabajando. Salimos muy temprano; una camioneta destartalada era nuestro transporte. Abridados como para el Cruce de los Andes, soportando los restos de una helada descomunal y la terrible desidia de un camino intransitable, emprendimos viaje. Después de recorrer más de setenta kilómetros polvorientos, en la que la maravillosa naturaleza del desierto empezaba a desperezarse con el canto de los pájaros, dejamos atrás las infinitas pampas del Forzudo, pintadas de un naranja suave por el tímido sol que se despuntaba en Las Quijadas. Así atravesamos como un río en pleno caudal, el maravilloso paisaje del Retamo y la apacible quietud de Lagunita. El poncho de los pobres se elevaba entre los viejos algarrobos, el frío comenzaba a hacerse amigo y San Miguel de los Sauces llegaba como una oleada de aire fresco golpeando nuestras fantasmales figuras, regalándonos miles de años de historia.

Sabía que no contaba con mucho tiempo para realizar mi entrevista, así es que apenas me bajé de la camioneta, salí corriendo al encuentro de uno de los nietos de Don José. Américo Díaz. A escasos metros de la escuela, se encontraba su casa. Me esperaba junto a su esposa Margarita, con esa humildad que sólo tienen las personas simples; abrazados a la ternura de un triste brasero, en el que la tetera tiznada no dejaba de humear.

Con los primeros mates, nos presentamos y pactamos casi sin darnos cuenta que aquello no sería una entrevista formal y mucho menos de fechas y nombres; sino más bien, una historia, en el que el personaje principal fuera un hombre común y corriente, que se animó a escapar de su rutinaria vida. Un hombre que entregó cada uno de sus días, a la esperanza y al amor, que sólo pueden profesar los padres del saber, los maestros.

José Andrés Díaz nació en San Miguel de los Sauces, a orillas de las aguas del río San Juan, un treinta de agosto de mil ochocientos cincuenta y dos, en pleno invierno mendocino, justo para el día de la Virgen de Santa Rosa. Emponchado entre los brazos de sus aborígenes padres, Don Manuel Antonio Díaz Guayama y Doña Buenaventura Sánchez, le regaló a aquel retirado paraje sus primeros llantos de esperanza.

Tuvo la suerte de conocer las letras y los números, a través de los religiosos que se desempeñaban por ese entonces en el pueblo, centro de encomiendas de los últimos y legendario huarpes. En documentos borrosos que le brindaban los sacerdotes, comenzó a balbucear sus primeras lecturas a la luz de las generosas velas, práctica que fue despertando en él un ferviente sentido de la fe y la doctrina católica.

Con tan sólo veinte años, llenaba sus alforjas de provisiones y partía a caballo con su primo, en interminables travesías llenas de peligros y aventuras, que en algunas ocasiones superaban los dos meses. Llevaba como estandarte la palabra, la fe y la esperanza de sus libros; así recorría parajes distantes como Los Blancos, Algarrobo Grande, Los Morales, Los Sauces, Pampas de Camarico, Los Médanos y Las Tres Cruces acercándole a niños y grandes lápices y cuadernos, para realizar las tareas que les dejaba hasta su regreso. Por aquel entonces, es nombrado Maestro Honoris Causa, título que lo reconocía en el ámbito nacional, habilitado para la enseñanza. Título que nunca le hizo falta para seguir enseñando.

A los veintidós años, debido a su devoción y sobre todo a su trabajo desinteresado y evangelizador, es nombrado por el episcopado Administrador de los derechos parroquiales de su pueblo, tarea que desempeñó de una manera ejemplar, ya que amplió sus viajes a la vecina

provincia de San Luis no sólo para enseñar, sino para ayudar a los más necesitados, llevando con gran esfuerzo, quesos, miel, chunico, patay y harina de carne entre otras cosas.

Sus días transcurrían felices; su fantasía de educar se cumplía como lo había soñado. Su figura sobresalía en el pueblo, no solo como maestro, sino también por su galantería y su estirpe de hombre de campo. Despertaba gran inquietud en las señoritas del lugar y si bien eran muchas las pretendientes, fue el encanto de una bella lugareña el que lo cautivó y lo encerró en su dulce corazón. Al poco tiempo, Rosalía Carmona era la señora del maestro. Con ella formó un hogar en el que la dicha y la felicidad colmaron de alegría su rancho y su vida. Vinieron los hijos, símbolo de continuidad y esperanza; solo dos les dio el destino, ya que al poco tiempo, doña Rosalía enfermó y lo abandonó para siempre.

La vida continuaba, y acostumbrado a los grandes desafíos y dificultades que le había puesto en el camino, siguió luchando sin bajar los brazos. Ya llevaba muchos años realizando la tarea de maestro ambulante, así que sus viajes se empezaron a acortar, lo cual le dio la posibilidad de estar más en contacto con la gente de su pueblo y realizar tareas comunitarias y religiosas. Fue entonces, cuando la felicidad le dio una nueva oportunidad y le regaló la belleza, pero sobre todo, la incalculable compañía que le brindaría por mucho tiempo Rosa Guaquinchay. El amor una vez más golpeaba su corazón y lo conducía por sus mágicos senderos, embriagado por ese vino dulce que solo brindan las hermosas cuyanas. Con ella logró redescubrir la alegría que únicamente otorga un hogar, una familia. Una numerosa casta de seis hermosos niños.

La romántica figura de aquel fantasma de los llanos, montado en su caballo y poblado de bultos, pudo verse por muchos años recorriendo los lugares menos pensados. Llegaba como la calma luego de la tempestad; sereno, lento, regalando sus cuentos y leyendas a los niños, instruyendo a los más grandes para que no fueran embaucados, o simplemente compartiendo un momento con aquellos que no tenían siquiera con quien hablar, o desahogar sus pesares. Así era Don José, simple, humanamente incomparable.

A la edad de sesenta y cinco años, después de tanto tiempo de servicio, la Dirección General de Escuelas, le otorga el título de Maestro Rural; ya era tarde; no le hacía falta y menos a esa edad.

Nunca se cansó de trabajar, de construir, de pelear por su gente; de buscar su bienestar y su progreso. Entre sus grandes obras se puede nombrar la que realizó siendo Inspector de Irrigación. Con setenta y cinco años, organizó a los vecinos del lugar para construir un canal de riego de más de diez kilómetros. A fuerza de animales y de manos sangrantes, le hizo un tajo a las arenas, para poder trasladar el caprichoso líquido, que por momentos los inundaba y en otras ocasiones los abandonaba por largos períodos. Así logró el regadío de las chacras comunitarias, práctica que ya realizaban sus ancestros. Trigales dignos de admirar y toda clase de vegetales pudo extraerse de la estéril tierra, lo cual le proporcionó grandes beneficios al poblado. Así era Don José; dispuesto, generoso, contagiaba con su ejemplo, movía montañas con su fe, con su coraje.

Con el correr de los años, sus manos cansadas, se fueron durmiendo lentamente en el silencio de las solitarias noches del desierto; tal vez cansado, tal vez complacido. La tenue luz de sus atardeceres, esos que miles de veces contemplaron sediento; recorriendo las solitarias llanuras mendocinas, ya no iluminaban sus tristes ojos. Su espada, con la que tantas batallas le ganó a la ignorancia, a la opresión; se consumía en una cegara injusta y despiadada.

Don José Andrés Díaz, se durmió en pleno invierno mendocino, contaba casi un siglo de vida, un catorce de junio de mil novecientos cincuenta y uno, en su querido San Miguel de los Sauces, rodeado por sus hijos y sus primeros nietos. Una gran familia estaba a su lado; su mayor obra.

Tal vez por mérito, hoy la escuelita del paraje lavallino del Paramillo pinta su nombre en sus blanqueadas paredes, quizás muy pocos sepan el porqué de esas letras, tal vez nadie les dijo que es en homenaje al primer maestro itinerante del desierto mendocino, ese que montado en

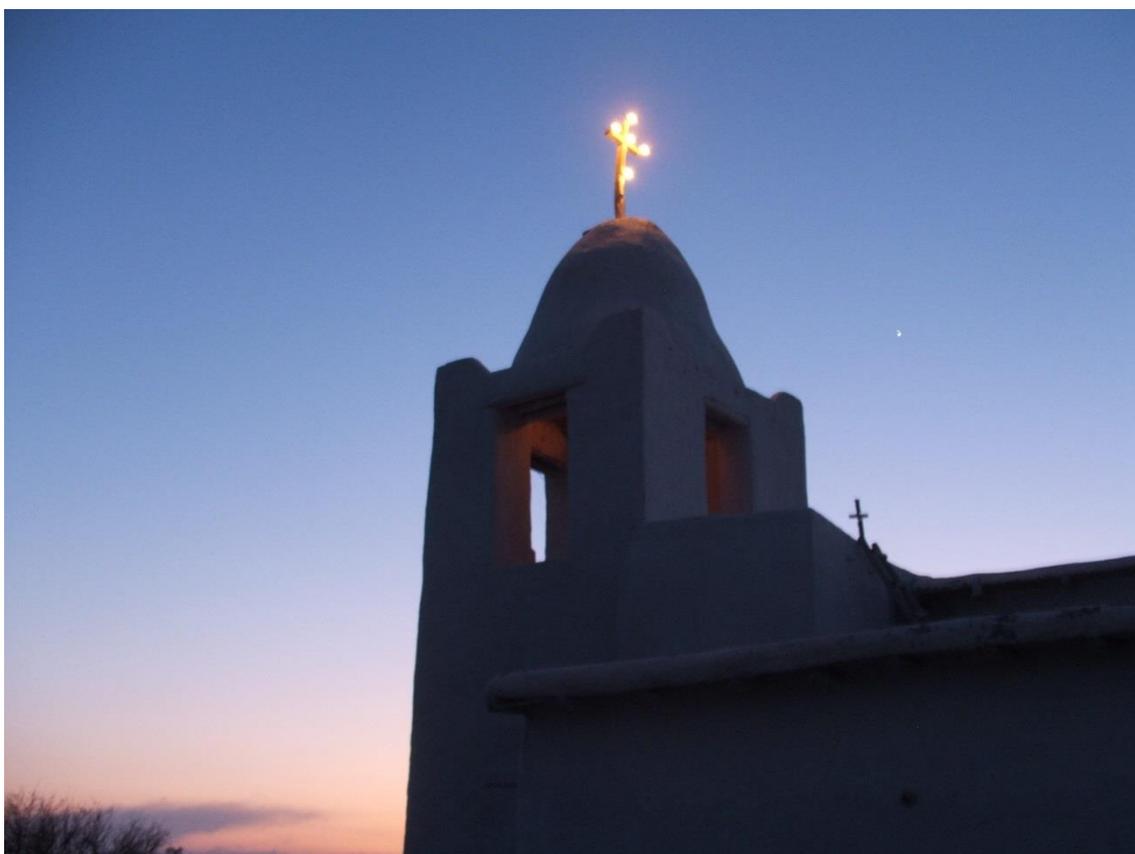
sus sueños escapó rienda suelta a la gloria, a la historia de nuestra provincia. Tal vez nadie les comentó que aquel hombre donó el terreno para sus primeras aulas, para que sus maestros hoy tengan un techo, un hogar. De igual manera lo hizo cuando quedó ciego, con las propiedades que hoy comprenden la escuela, la policía, el centro de salud; e inclusive la pista de aterrizaje de su pueblo.

Su nieto Américo me llevó hasta su sepultura. Está ubicada detrás de la antiquísima capilla del lugar, donde descansa junto a los restos de su compañera Rosa Guaquinchay. Una pequeña casilla de adobes viejos y gastados los resguarda de las inclemencias del despiadado clima del desierto. Está oculto; muy pocos saben que en ese lugar habita el espíritu ejemplar de un soñador, de un pionero. En un mármol blanco, opacado por los años y el olvido, se puede leer su nombre, su tiempo.

Los ojos de Américo se llenan de tristes lágrimas al relatarme sus deseos de reconocimiento a la gigantesca figura de su abuelo; pero ambos sabemos que eso tal vez nunca ocurra, que es muy común olvidar en este país. Soñamos con su nombre dibujado en flamantes letras sobre la pared principal de la nueva escuela del pueblo, imaginamos su busto en una pequeña plaza colmada de frondosos árboles, añoramos un humilde museo donde descansen sus prendas gauchas, sus escasas fotos, su historia.

Casi al marcharme, Margarita me presentó a su hija Cintia, una niña de apenas quince años, de oscuros cabellos como sus ojos. Entre risas me dijo que ella seguía los pasos de su bisabuelo. Sueña con ser maestra; ya lo es, enseña a los adultos del lugar las melancólicas letras que nunca recibieron. Es abanderada de su escuela y quizás algún día lo sea de su pueblo como lo fue Don José Andrés Díaz”.

**Rogelio Aguilera**



Capilla de la Virgen del Rosario de Huanacache

## CREENCIAS, FIESTAS Y CELEBRACIONES

En lo que atañe al mundo de las creencias, no podemos menos de referirnos a las denominadas “capillas del desierto” (localizadas en Lagunas del Rosario, La Asunción y El Cavadito), ya que en torno a ellas tienen lugar importantes ceremonias patronales que congregan a los habitantes de las distintas comunidades (y también a turistas y fieles en general). Se trata de festejos que nos permiten echar una mirada, siquiera somera, a la historia y la cultura de la zona.

Las principales festividades son las siguientes: en agosto se realiza la celebración de la Virgen del tránsito, en Asunción. En octubre, en Lagunas del Rosario, se honra a la Virgen del Rosario, Patrona de Mendoza y también en octubre, en El Cavadito, tienen lugar las honras patronales a San Judas Tadeo, de larga tradición entre los devotos lugareños.



San José (Lavalle, Mendoza)

La evangelización de esta zona de la provincia de Mendoza comenzó con los albores mismos de la presencia hispánica; si hemos de creer a Juan Draghi Lucero, profundo conocedor de este período de la historia americana, estas tierras registraron la presencia española aún antes que el valle de Huentata, donde se estableció la ciudad de Mendoza: “El descubridor de Cuyo, D. Francisco de Villagra y su tropa debieron pasar, en 1551, por la orilla del poniente por este Egipto cuyano” (*La cabra de plata*, 1978: 7). En estos tiempos, las lagunas eran realmente lagunas y las condiciones propicias al asentamiento humano congregaban allí a numerosos huarpes. Y agrega Draghi: “El noticiar primerizo de la inundada comarca lo dan comedidas crónicas eclesiásticas y civiles” (ídem). Así, consta que “De las Lagunas de Huanacche era cura doctrinero en 1602 el presbítero Juan González y de Medina” (ídem).



Río Mendoza

Nicolás del Techo, por su parte, cuenta la historia de Juan Pastor, el doctrinero de Huanacache, quien "escribió al Provincial que de calor y sed había estado a punto de morir en cierta ocasión, y que su rostro de las picaduras de los mosquitos y del ardor del sol, parecía el de un leproso" (*Historia de la Provincia de Paraguay*. [1670]. En Draghi Lucero, J. *Cancionero popular cuyano*, 1938: 472).

El testimonio de Miguel de Olivares no es menos elocuente: habla de sus compañeros jesuitas y refiere luego un caso ejemplar, el del "dichoso e ilustre mártir" Lucas Pizarro, misionero también de Huanacache, quien gozaba fama de taumaturgo:

Corría aquellas misiones [...] y aquella dilatada campaña con mucho espacio y fruto de las almas padeciendo con grande paciencia los insufribles mosquitos y ardientes calores de aquella tierra; expuesto a la fiereza de los áspides y víboras que allí son más ponzoñosos, y cuando pican por la mañana son muy incurables. Librólo Dios de todas sus mordeduras y para poder curar a los pobres indios [...] se hizo tan grande médico [...] que no curaba indio enfermo que no sanase. Si fue gracia de curación que el señor le comunicó por lo que se agradaba de sus santas obras por su humildad y él lo atribuía a genio natural de conocer hierbas y saberlas aplicar (*Historia Militar, Civil y Sagrada del Reyno de Chile*, [1738]. En Draghi Lucero, J. *Cancionero popular cuyano*, 1938: 490)

La de Lagunas del Rosario fue, pues, una de las primeras parroquias construidas en suelo cuyano, a mediados del siglo XVII para la evangelización de los nativos. En 1610 el Presbítero Domingo Benítez construye una ramada en las Lagunas de Guanacache e inicia el adoctrinamiento de los indios huarpes. Alrededor de 1753 se levanta una construcción con paredes de adobe, muy semejante a la actual.

Así comenzó la evangelización de la zona, que siguió desarrollándose en un relativo aislamiento, debido a la distancia que la separaba de la ciudad capital, y favorecida por las

riquezas que el medio ofrecía entonces, lo que permitió edificar una capilla como la de Las Lagunas. A propósito de esta, refiere Draghi Lucero en *La cabra de plata*:

El terremoto del 20 de marzo de 1861 destruyó completamente a la capital mendocina y sus alrededores. Cayeron las capillas de la cabecera de Lavalle y de la Virgen del Rosario de Las Lagunas, levantada esta posiblemente unos 35 años antes. Apostaron estos pobladores con los de Lavalle a quiénes levantaban primero una nueva capilla. Ganaron los laguneros al inaugurarla el primer domingo de octubre de 1864, día de la Virgen. Eran más ricos (1978: 8).

Esto podría explicar quizás el hecho de que en el cementerio aledaño a la capilla, sean las tumbas más antiguas las más “lujosas”, lo que podría dar cuenta del brusco empobrecimiento de la zona.



Cementerio de Las lagunas

Para conocer su aspecto actual, o más bien los sentimientos de quienes llegan a este paraje escondido entre arenales y chañares, algún día que no sea el de la festividad anual, vale el siguiente testimonio:

Cuando llegué a Lagunas del Rosario descubrí por qué se decía que aquel paraíso terrenal había sido el último reducto de los huarpes. El lugar era tan lindo como sus amaneceres. Digo lindo porque es el calificativo más cálido que encuentro para describirlo. Quien tiene la suerte de conocer Lagunas, más de una vez debe haberse preguntado si ese sitio es real. Tiene la imagen de esos pueblos fantasmas que se encuentran solo en las películas o en los sueños, muy particular, inimaginable (Aguilera, 2007: 123).



Lagunas del Rosario

Y continúa la descripción de Rogelio:

Es un paraje perdido bien al norte de la provincia de Mendoza que casi se besa con San Juan, si no fuera por el río que las separa. Es una comunidad de hombres curtidos por el sol bravío del verano y las despiadadas heladas del invierno. Allí, la arena y el Zonda juegan a la mancha; el cielo en la noche se ve como cuando uno llega por primera vez a una gran ciudad, imponente y lleno de miles de luces que impresionan. El silencio en el ocaso del día es el mismísimo susurro de la nada; el amanecer es un rito irrepetible cada mañana y la pureza del aire rompería cualquier pulmón de ciudad. Simplemente único (ídem).

Actualmente, la celebración más importante del secano es la que congrega a los fieles de toda la provincia para honrar a la Santa Patrona de Mendoza, la Virgen del Rosario. Conviene reflexionar brevemente sobre el sentido y la estructura de esas celebraciones populares, antes de referirnos a la fiesta en sí.

En muchas festividades populares subsiste aún ese carácter casi esotérico, esa sensación de ingresar en el "círculo mágico", que introduce un paréntesis en lo cotidiano, regenera y renueva el ser y permite gozar por un momento la ilusión de que se dejan de lado todas las coacciones y miserias inherentes a la naturaleza humana. Por eso el escenario de la fiesta tiene también su importancia y puede llegar incluso a convertirse en una especie de centro sacral que permite la unión de lo celeste y lo terrestre. Como señala Gaspar Risco Fernández, "El espacio arquetípico abandona la morada habitual y desborda los muros del santuario donde se halla confinado" (Risco Fernández, 2002: 222).

Como vemos, la "fiesta" contiene distintas implicancias significativas, desde las sociológicas hasta las mítico-simbólicas o las religiosas. Precizando el concepto para el tema que nos ocupa, definiremos los festejos populares, junto con Bruno Jacovella, como esos "complejos de actos rituales y de mera diversión que suele repetirse en fechas más o menos fijas y en las cuales participa virtualmente toda la comunidad de un lugar" (1993: 3). Se pone de relieve así el carácter global, omnicomprendido, de la fiesta, que se distingue de los ritos puntuales y cuyo sujeto es la comunidad "reafirmada como un todo sin fisuras, que se reabsorbe en la

*coincidentia oppositorum*" (Risco Fernández, 2002: 222). Agrega Jacovella que se estas celebraciones se mantienen espontáneamente, por tradición, aun cuando en su preparación intervengan muchas veces sacerdotes, cofradías o la autoridad oficial.



Festividad de Nuestra Señora del Rosario (Lagunas del Rosario)

Como rasgos comunes de las festividades religiosas populares podemos señalar los siguientes:

- “Algunas [...] contienen elementos muy arcaicos que las caracterizan y las distinguen de las demás; otras se desarrollan a base de elementos generales que encuadran la ceremonia central (misa y procesión)” (Jacovella, 1953: 4). Estos “elementos generales” (bailes, cantos, comida, bebida, etc.) de que habla Jacovella constituyen lo que Bernardo Canal Feijóo denomina “fiesta criolla, de diversión, que sigue a los ritos y permite retornar del tiempo sacro al profano, histórico, la vida cotidiana, que se distingue de aquel donde se puso en juego una repetición que hace presente la dimensión de lo eterno” (Canal Feijóo, 1951: 157). Además, en opinión de Roger Caillois, en el desenfreno y el exceso se da cabida a las fuerzas que rebasan al hombre y constituyen un factor esencial de la fiesta.

- Suelen acompañarse con una feria que, junto con el ritual católico por medio del cual el pueblo “formaliza una experiencia de lo sobrenatural”, cumple “una vez al año con las necesidades de sociabilidad e intercambio económico de una existencia ruda y solidaria” (Osan de Pérez Sáez, 2000: 83).

- En mayor o medida son fiestas “mestizas”, fruto de dos culturas –la hispánica y la aborigen- que entran en contacto. Este sincretismo es reiteradamente señalado por los estudiosos, poniendo asimismo de relieve el carácter incluso conflictivo de esos términos, en un juego de oposiciones del que habla, por ejemplo, Canal Feijóo.

- Tienen en ocasiones carácter de espectáculo dramático, tal como destaca Bernardo Canal Feijoo a propósito de “La Fiesta de Sumamao”. Y en esta representación, el “hombre

común se inviste [...] de la dignidad de un personaje definido por su situación dentro de la constelación mítica, de modo que en el seno de esta sociedad nueva descubre, por la función ritual de la máscara, posibilidades hasta entonces inéditas de su ser-en-el-mundo" (Risco Fernández, 2002: 222). Es además un espectáculo sin público, porque todos participan en el espectáculo, "sin que nada ni nadie quede al margen de la acción celebrante" (Risco Fernández, 2002: 222).

Además de la experiencia directa de una fiesta vivida en varias ocasiones, para acercarnos a la festividad de la Virgen del Rosario de las Lagunas tenemos el testimonio literario de Juan Draghi Lucero en *La cabra de plata* (1978).

La fiesta tiene como epicentro la capilla, que es valioso exponente de la arquitectura religiosa popular. El edificio fue restaurado (como vimos) luego del sismo de 1861, y declarado Monumento Histórico Nacional en 1975, junto con el cementerio y el caserío lindante.

Es una construcción sencilla de adobe, con una única nave y techo de carrizo con torta de barro y paja. A través del atrio, que tiene un arco frontal y dos laterales y está embaldosado con lozas blancas y negras, se accede a una nave estrecha y larga. Posee dos coros, el principal en la planta alta, al que se accede por una escalera ubicada en el exterior que lleva a un pequeño balcón con alero y otro, secundario, en el lado derecho del altar.



Capilla de Nuestra Señora del Rosario (vista posterior)

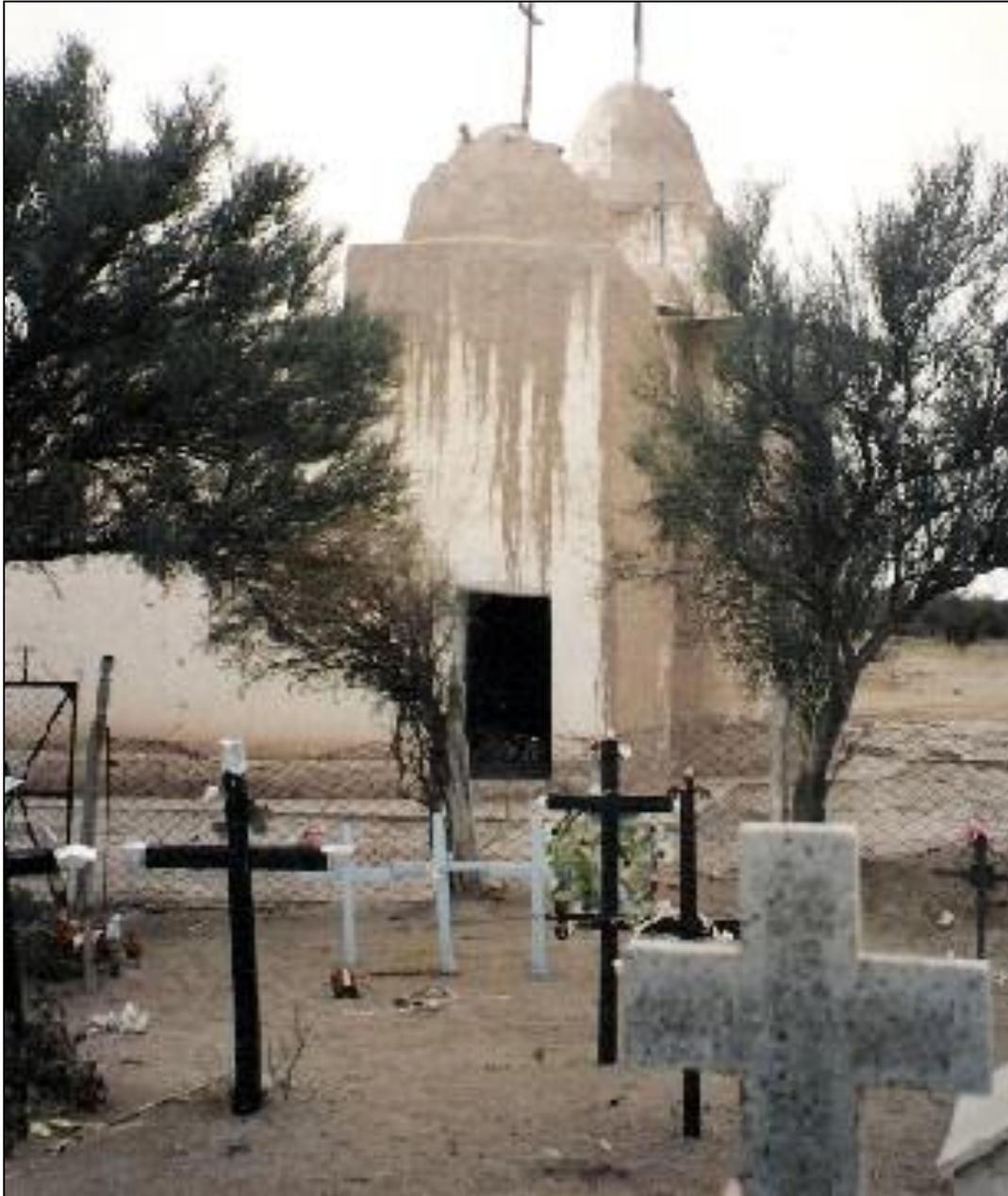
La novela *La cabra de plata* nos brinda una amplia y casi fotográfica descripción de la capilla, verdadero centro sacral del desierto, detallando sus medidas, la historia de su construcción:

La Capilla miraba al norte (antes miró al sur). Edificio de adobes de casi un metro de espesor. Asentada en lo más apropiado de una eminencia. En sus tiempos fue una avanzada de tierra firme: el mejor lugar para este monumento religioso [...] Se entraba al atrio por tres aberturas con amplios arcos. Piso de baldosas de cemento [...] El techo del atrio sirve de piso al coro de la Capilla, con balcón avanzado al norte, resguardado por una saliente del techo.



Frente de la capilla de la Virgen del Rosario de Las Lagunas

Ya fuera, siguió el muro del oeste. Calculó el largo de la Capilla en 26 metros, separada 7 u 8 del camposanto.



Lateral de la capilla

[...]

Dobló al este por la parte posterior. Tres metros de muro recto con torre coronada por una cruz; siguen 6 metros, redondeados, de la parte trasera del altar, también con una cruz y otros 3 metros de muro recto y alto, ventana en el entrepiso que deja ver dos campanas, remata en la torre más alta con su cruz, las tres de madera pintada de negro. Dobló al norte: puerta de un cuartucho con escalera al entrepiso para repicar las campanas. Luego la puerta de la sacristía. Sigue un corredor sostenido por tres pilares y piso de ladrillo; remata al norte en el baptisterio con su rústica pila bautismal [...] (Draghi Lucero, 1978: 32).



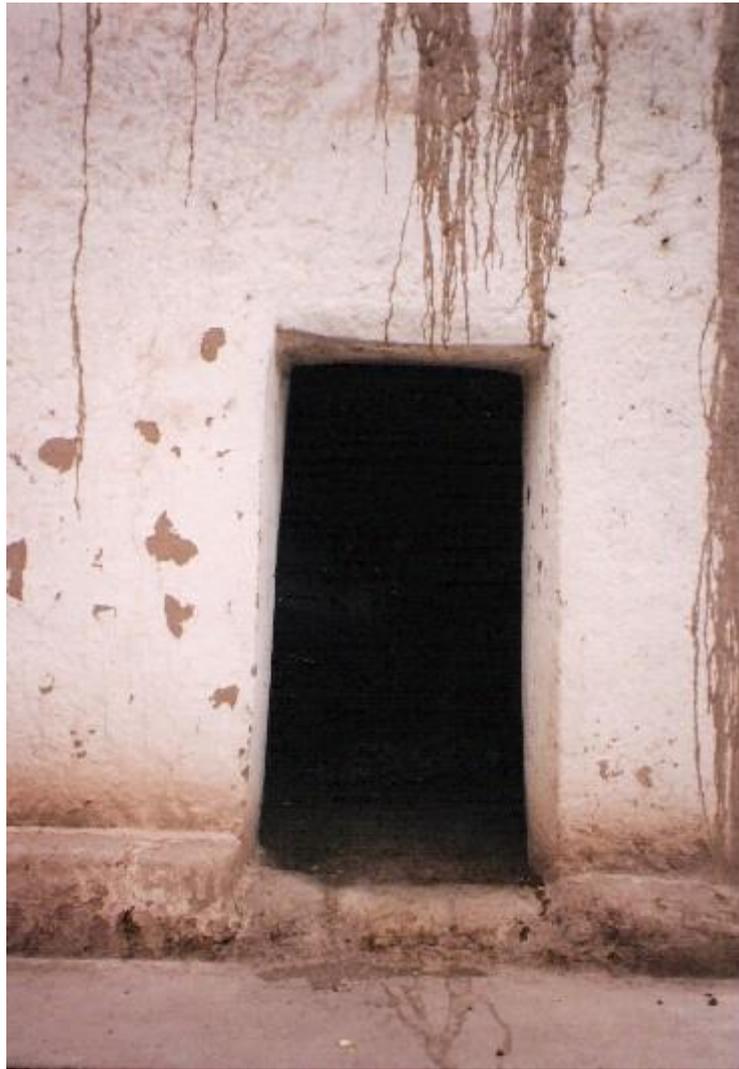
Vista posterior de la Capilla – Lagunas del Rosario

Nos ilustra asimismo acerca de ciertas particularidades llamativas, como el balcón saledizo que ostenta o el “Reprofundo donde lloran las velas”:

El “Reprofundo” penetra en la Capilla; es de 1,90 x 1,30 metros, ahumado y casi quemado. Restos de velas, sebo, estearina, etc.

[...]

Ése es el “Reprofundo donde lloran las velas” [...] una abertura cuadrilonga, en cuya repisa de adobes revocados se veían disformes y quemados restos de velas. El pequeño local ahumado y aun quemado en parte del techo, proclamaba su función mortuoria, anímica [...] Era lugar señalado, con su elemental arquitectura de nicho grande, para encender velas a las ánimas [...] los lunes, días de ánimas, se podían contar centenares de velas ardiendo [...] (Draghi Lucero, 1978: 30-31).



"Reprofundo donde lloran las velas"  
Nicho en la pared lateral de la capilla, que mira al cementerio

Es minuciosa asimismo la descripción de las imágenes contenidas en la antigua capilla. El altar tiene un retablo simple, con hornacina central, donde se ubica la imagen de la Virgen del Rosario; a ambos lados hay una serie de repisas con distintas imágenes de santos y santas venerados en el lugar.

Vuelto al atrio, abrió la puerta de la Capilla en penumbras. Olor a murciélagos y ratas. Piso de baldosas de cemento, blancas y negras. Calculó la altura del techo en 5 metros. Al entrar, al oeste, un recipiente para agua bendita. Al este, puerta que da al baptisterio con su pila bautismal de cobre, engastada en una mesa [...] Una imagen de San Juan Bautista, de hechura indígena o mestiza (¿siglo XVII?). Un cuadro de San Juan Bautista bautizando a Cristo en el Jordán. Dos candelabros de madera, dorados. Cajita para la sal. Seis andas diferentes para la Virgen del Rosario en las procesiones [...] Flores secas, cintas, candeleros, cruz de madera, dos reclinatorios, apagadores de cirios [...] Ventanita que da al camposanto [...] Escalerita que sube a un palco sostenido por dos pilares labrados y baranda rústica de madera con vista al interior de la Capilla. Ahí oían misa varios de los vecinos más privilegiados. Este palco es la nota más original de la Capilla del Rosario.



Interior de la Capilla de la Virgen del Rosario de Las Lagunas

Más adelante, en el cuerpo del edificio, a metro y medio, una grada y a igual distancia se inicia la mesa del altar, de adobes revocados y enducidos, de casi un metro de ancho. Al frente, en alto, el Sagrario con la Santísima Hostia consagrada. Al oeste un San Roque pequeño, vestido de peregrino, con sombrero criollo, rodeado por flores en floreros. Luego la Virgen de Lourdes entre dos candelabros de madera pintados en verde oscuro. Una imagen de San Joaquín y un cuadro del Corazón de María y otro de la Virgen de Fátima [...]. Al centro del altar, sobre el Sagrario, un nicho profundo en el muro del sur, con el camarín de la Virgen del Rosario, al que se llega por una escalerilla, entrando por un hueco estrecho de la parte inferior del altar. Entre dos pilares y dosel: Santo Domingo de Guzmán. Al extremo oeste un cuadro de la Virgen del Rosario de Pompeya, todo entre sencillos candelabros con cirios.

El altar se adorna con hojas de plata y bellas alfombras elaboradas en telar [...]

Siempre afanoso el profesor, subió por la insegura escalera del exterior, de madera castigada por la intemperie. Entró al coro y remiró el interior de la Capilla. Dentro de la rusticidad de la construcción, la encontró armónica, acorde al horizonte mestizo, con su baranda de madera frente al altar. El techo de un agua, aplanaba y achataba la arquitectura habitual de tales monumentos religioso (Draghi Lucero, 1978: 32-35).



Lateral de la Capilla

El conjunto se completa con el cementerio colindante con la capilla, a unos 7 u 8 metros, hacia el oeste; en él reposan los antiguos pobladores: misioneros, vecinos y caciques huarpes como Pascual Sayanca. Este humilde camposanto tiene por lo tanto valor de "cementerio patrimonial" por su significación histórica y cultural, en relación con el pasado mestizo de la zona.

Frente al cementerio se encuentra también un antiquísimo algarrobo ya seco, conocido como "El árbol de la Justicia" o de "los suplicios": "En sus ramas [...] colgaba la autoridad de aquellos tiempos a los forajidos y malcasados –y señaló un añoso algarrobo que se alzaba en la esquina noroeste del camposanto" (Draghi Lucero, 1978: 29).



Cementerio de Las lagunas

En esta intención documental de la novela *La cabra de plata* cobra especial relevancia el segmento narrativo destinado a presentar una fiesta de indudable arraigo tradicional como es la dedicada a honrar a la Patrona de Mendoza, la Virgen del Rosario:

Fue casi una sorpresa que, llegado el primer domingo de octubre, se celebrara, con la estridencia acostumbrada, la festividad de la Virgen del Rosario. Días antes había venido el cura y oficiaba en la Capilla misas y novenarios para los desparramados vecinos. Después fueron llegando mercachifles ocasionales que, con no pocas discusiones y desplazamientos, se ubicaron, unos en ranchos y taperas abandonadas, y otros debajo de algarrobos, lo más cerca posible de la Capilla. Allí desplegaron lonas, carpas y otros reparos y expusieron sus novedosas mercancías y, por sobre todo, bebidas alcohólicas. Había cerveza, vinos, licores y aguas gaseosas. El viernes comenzó a llegar el grueso de la gente. Muchos venían por tren, que, en tales ocasiones, paraba el convoy ferroviario en plena vía, frente a la capilla, distanciada unos cuatrocientos metros. Era una verdadera invasión de creyentes y de no creyentes que acudían a los festejos. Unos, los más viejos y de campos apartados, a rendir culto a la Virgen. A ella, que la veían triste, le atribuían que en castigo al creciente descreimiento, había secado las lagunas que antes dieran vida al lugar; pero la mayoría, gente moza y despreocupada, llegaba al encuentro de oportunidades de amoríos. Bien sabían, por tener visión realista, que las aguas de los ríos nutricios se aprovechaban en reguíos de viñedos y huertas en tierras de provechosos cultivos intensivos (Draghi Lucero, 1978: 187-188).



Procesión en honor de la Virgen del Rosario

Esta devoción es sumamente antigua en la provincia. En 1610 se instaló en este sector la Doctrina de Huanacache encabezada por el padre Domingo Benítez, como ya se dijo. Allí se levantó la primera capilla de ramazones y palos. La Doctrina de Huanacache abarcaba todo lo que es hoy el departamento de Lavalle. Desde ese entonces y hasta principios de 1900 fue la sede parroquial.

En 1753 la vieja capilla ya había sido reemplazada por una construcción de adobe, cuyas características aún conserva. El terremoto de 1861 que afectó gran parte de la provincia, también dañó el edificio de esta iglesia. Poco después, la propia comunidad se impuso el objetivo de reconstruir la capilla, cuya estructura básica es la que se conserva en la actualidad.

Actualmente, con sus sencillas líneas, la "Catedral del Desierto" está hecha de adobe y se yergue entre médanos, chañarales y antiguos lechos de ríos. Su altar alberga la imagen de la Virgen del Rosario, como vimos, tallada por los primitivos habitantes de la zona. Y en cada octubre, esta capilla se convierte en escenario de las principales honras a la Virgen. Esta fiesta dura varios días, dedicados al culto religioso, que se entrelaza con expresiones de tradiciones y costumbres lugareñas y ofrece renovadas ocasiones de sociabilidad para los dispersos puesteros, que ocupan los puestos cercanos a la Capilla, abandonados el resto del año.

Las honras a la Patrona de Mendoza abarcan varios días, con caracteres de fiesta profana mezclados a los ritos propiamente religiosos.

El sábado se realizan bautismos y casamientos y en la noche, en la plazuela que se extiende frente a la Capilla, se clavan postes (quizás pueda verse también en ellos una relación, aunque desvaída, con los "arcos" de otras celebraciones populares, de cuyo significado da cuenta Canal Feijóo) en los que arderán los fuegos artificiales que serán acompañados por entusiastas "Vivas" a la Virgen por parte de la concurrencia.

El domingo se realiza la procesión de las imágenes que han sido adornadas el día anterior con flores y cintas de papel por las familias que han merecido el honor ese año, El cortejo lleva la pequeña imagen de “La Patrona” y también otra estatuilla, de la misma Virgen pero de tamaño menor, llamada “La Capataza”, según testimonios que recogimos hace ya muchos años. Quizás en la actualidad ya se hayan dejado de lado estas denominaciones, porque –lamentablemente- muchas tradiciones están desapareciendo, arrolladas por la globalización que también afecta a los festejos populares.



La Patrona



“La Capataza”

Resulta de sumo interés sociológico la presencia en la procesión de un pequeño San Roque vestido de gaucho que la imaginación popular ha identificado con Santos Guayama. La historia de la imagen es curiosa: varias veces la autoridad eclesiástica intentó reemplazarla por otra, más acorde con el aspecto auténtico del santo y siempre manos anónimas la restituyeron a la Capilla:



San Roque "Guayama"

[...] El día domingo culminaron las fiestas religiosas. Hubo misa por la mañana y al atardecer una lucida procesión que encabezó, llevada en andas por los vecinos más caracterizados, la imagen pequeña de la Virgen del Rosario, a cuyo lado caminaba el cura. Esta procesión se inició en la parte noreste de la Capilla, dobló al oeste, [...] siguió al sur, torció al naciente y retornó hasta junto al atrio de la Capilla.



Procesión de la Virgen del Rosario

Realmente era impresionante. Jóvenes comedidos corrían cada tanto con movibles arcos de palmas para que pasara por debajo la procesión y, pasada ésta, volvían a correrla con rapidez para el mismo objeto. Llegada a su destino la procesión, el cura [...] se dirigió a los asistentes. Exaltó las virtudes, milagros y protecciones de la Virgen y exhortó piadosamente a dar apoyo al catolicismo y a la patria [...]



Procesión en honor de la Virgen del Rosario

Ya venida la noche se prendieron fuego artificiales y mucho gozó la concurrencia al contemplar lo novedoso del chisperío, las ruedas ardientes en su girar llameante y el tremendo retumbar de las bombas de estruendo... [...] Esa noche culminaron también las fiestas desaforadas del Bordo Negro [...] (Draghi Lucero, 1978: 188).

Esta es la festividad textualizada por Draghi: la fiesta es observada por alguien “ajeno” al entorno tradicional, que rechaza incluso el aspecto “pagano” de la fiesta, lo que tiene de “orgía”. Se dan algunos detalles del desarrollo de las celebraciones propiamente religiosas, si bien en toda la construcción novelística, como en muchos otros pasajes de la obra de Draghi, se plantea la dualidad cultural y religiosa hispano-indígena, representada en este caso por la figura de Pachamama, primitiva fuerza telúrica asociada a la idea de fecundidad, superpuesta en cierto modo a la de la Virgen María en la simbólica imagen final, cuando el protagonista, rejuvenecido, contempla la Capilla:

Y se sumaban a su fiesta el Ande, ahora más azuloso; el cielo adornado con nubes rosadas; las lejanías azulinas entre verdores. Y los remolinos de tierra huarpe, levantados por el Zonda indiano, se abrazaban, enroscados en la Danza de la Vida (Draghi Lucero, 1978: 325).

Esta visión sincrética es perfectamente congruente con las ideas de Draghi, que podríamos con justicia denominar un intento de cosmovisión indoamericana. El pensamiento de Draghi Lucero en materia histórica, sociológica y estética ofrece, precisamente, llamativas coincidencias con algunas de las aseveraciones que Rodolfo Kusch expone en trabajos filosóficos como *América profunda* (1962) o *El pensamiento indígena y popular en América* (1977), entre otros, que favorecen nuestra comprensión de estas festividades.

En efecto: su concepto de la historia y sobre todo, de la protohistoria americana como una "esencia huidiza", dato que sólo puede ser aprehendido por medio de un acto de conocimiento no racional, sino intuitivo, o rastreado en las tradiciones conservadas por el pueblo, se condice con un concepto particular del arte -entendido como "conocimiento" y "memoria"-, arte en el que el folclore adquiere relevancia tanto en lo que hace al rescate de esa cultura tradicional cuanto como mediación que conduce al plano mítico. Precisamente, lo mítico es una dimensión innegable en el sentir del hombre americano acerca de su realidad, a poco que asuma en profundidad su condición dual, occidental con algún (mayor o menor) aporte indígena, y su diálogo con una naturaleza que necesita todavía "ser conjurada" -como dice Kusch- a través de una suerte de dominio mágico sobre el mundo, que la palabra es apta para ejercer.

Para Rodolfo Kusch, pensador con quien Draghi revela profunda analogías, el problema del conocimiento entre los pueblos americanos originarios difiere del occidental:

Se diría [...] que para el indígena no hay cosas propiamente dichas, sino que ellas se refieren siempre al aspecto favorable o desfavorable de las mismas. No interesan los objetos sino sólo los aspectos fasto o nefastos [...] el idioma [indígena] tiende a registrar acontecimientos antes que cosas [Esto] indica un predominio del sentir emocional sobre el ver mismo, de tal modo que ve para sentir, ya que es la emoción la que da la tónica a seguir frente a la realidad [...] El registro que el indígena hace de la realidad es la afección que ésta ejerce sobre él, antes que la simple connotación perceptiva (Kusch, 1977: 29-39).

Destaca asimismo el filósofo argentino el carácter rítmico, de este saber. Y por tal define el que "participa de la reminiscencia", con su estructura arquetípica, y se interesa por "los aspectos fascinantes y numinosos del estereotipo". Por eso, concluye "En el pensamiento indígena existe una estrecha relación entre saber y rito" (Kusch, 1977: 62-63); se trata, ante todo de un recuerdo, que "integraba el sentimiento vital del sujeto a través del ritual, a fin de no andar vacío" (Kusch, 1977: 72).

Por eso emprende Draghi la textualización de un mundo completo, como es para él el hábitat huarpano; y el rescate de una festividad religiosa tradicional, que instaura una suerte de tiempo sagrado, un paréntesis en la realidad cotidiana, en que Las Lagunas vuelven a poblarse, siquiera temporariamente, de voces y de cantos. Se trata de revivir también el mito de origen que el narrador mendocino postulada para estas tierras. Las fiestas patronales propician la renovación de la identidad local y todo el pueblo participa de la fiesta. La literatura se hace eco de este rasgo de la fisonomía local

Destaca asimismo el hecho de que se trate de una festividad religiosa destinada a honrar a la Madre de Dios y cuyo sincretismo cultural con la figura de Pachamama conecta con un estadio de sociedad matriarcal, con antiguos ritos femeninos de fecundidad, que se relacionan estrechamente con la anécdota de la novela.

En relación con esto se presta atención también a los tradicionales "bodegones", montados alrededor de la capilla y donde, durante tres días, abunda el canto, danza, comidas típicas y buen vino mendocino, sumados a algunos alimentos "foráneos" como las hamburguesas y las gaseosas: Esa noche culminaron, también, las fiestas desaforadas del Bordo Negro. Corrió el vino y demás bebidas alcohólicas prohijadas por el Dios Baco. Bajó la Diosa Venus e hizo las de costumbre [...]" (Draghi Lucero, 1978: 191).



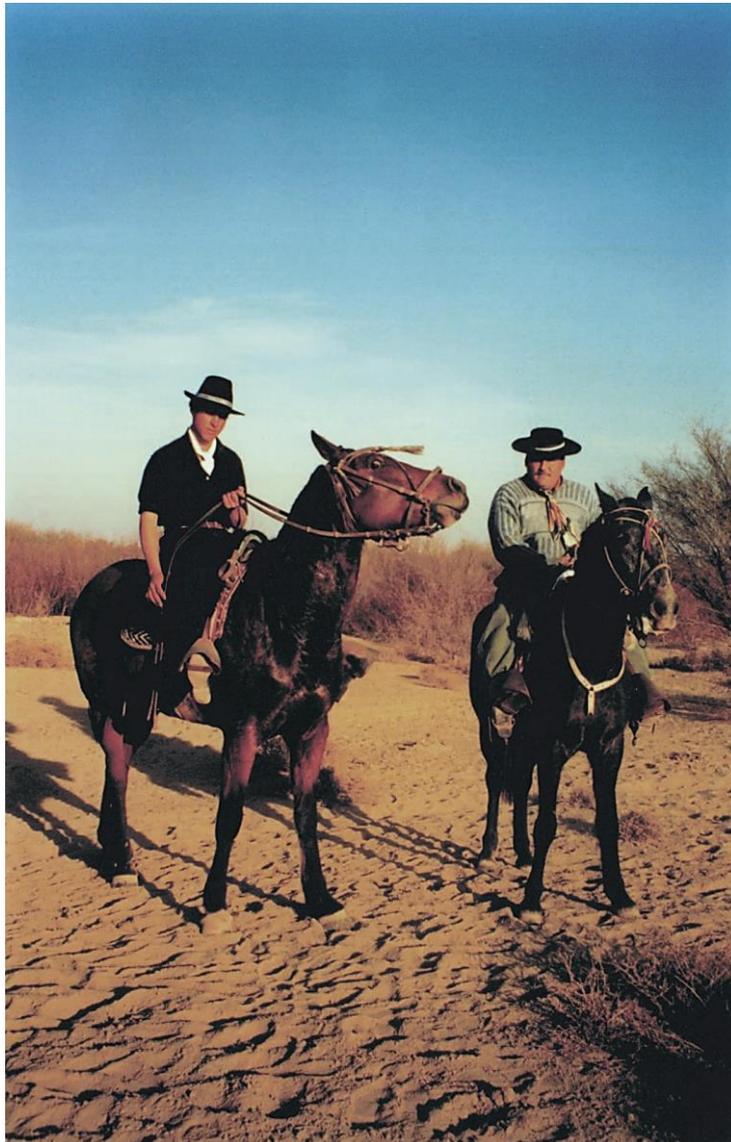
Noche estrellada en Las Lagunas

También en La Asunción se realizan similares honras patronales, que Rogelio Aguilera, en *Poemas de arena*, describe así:



Capilla de Nuestra Señora del Tránsito (La Asunción, Lavalle)

La fiesta del pueblo se celebra el quince de agosto. En ella veneran a su piadosa Virgen del Tránsito. Es una de las más populares e importantes de la provincia, no solo por la gran concurrencia [...] sino por la tradición y la historia que encierra. Era un placer escuchar los relatos sobre los festejos que siempre recordaban don Rulo Guardia o don Pancho Alvarado. Narraban un ay otra vez los pormenores de cuando ni siquiera había luz eléctrica y todo se realizaba con lámparas a combustible, o que la gente llegaba a caballo y, los más numerosos, en carretones (2008: 28).



Festejos patronales en La Asunción

En la actualidad, el pueblo histórico de La Asunción aparece como el más próspero del secano; su ubicación –prácticamente sobre la ruta- favorece el acceso de visitantes y turistas que se acercan para degustar las delicias gastronómicas de la zona y, de paso, interiorizarse al menos en parte, de las historias y costumbres de la zona.



En 1749 fray Marcos de Videla reunió en proximidades de las lagunas de Huanacache una gran cantidad de aborígenes huarpes para su evangelización. Así surgieron los pueblos de Asunción y San Miguel. En un mapa trazado por un viajero en 17789, y al que se refiere Monseñor José Aníbal Verdaguer en su *Historio Eclesiástica de Cuyo*, ya se hace referencia a las capillas de Lagunas del Rosario, San Miguel y Asunción (cf. *Huellas cuyanas* [https:// huellascuyanas.blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html](https://huellascuyanas.blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html)).

Así comenzó la evangelización en la zona, con la construcción de una capilla que seguramente fue una ramada y que luego evolucionó hasta el edificio actual, cuyo emplazamiento ha variado a lo largo del tiempo. Las crecidas del río Mendoza obligaron a abandonar su primer asiento en Cola Mora, cuando una inundación la destruyó y ocasionó la pérdida de la imagen de la Virgen, que luego reapareció –no obstante- sobre un médano.

Entonces se decidió reedificarla en esa posición elevada.

Armada y desarmada adobe por adobe, viajó hasta que finalmente encontró un sitio en la geografía, ya que desde el primer día se había ganado un lugar en el corazón del pueblo” (*Huellas cuyanas*. [https:// huellascuyanas.blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html](https://huellascuyanas.blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html)).

La capilla “está construida de acuerdo con los cánones de la arquitectura del desierto: columnas de algarrobo; paredes de material local (adobe); techo con tirantes de madera, originariamente algarrobo, y paredes y techo cubiertos con barro y vegetales del lugar. El techo es a dos aguas, para preservarla de las lluvias, y toda la estructura responde a una capilla cristiana”, señala Luis Triviño, estudioso de la zona del desierto. (Cf. Abraham, E., Prieto, M. del R. y Triviño, L., 1979, “Estudio Antropológico del nordeste árido de Mendoza”, Serie Científica, Año III, Nro. 14, julio/agosto).



Capilla de la Virgen del Tránsito – La Asunción, Lavalle

En alguna ocasión, la capilla fue pintada de blanco, pero los vecinos decidieron restituirla su aspecto original, que muestra el revoque tradicional de barro. La base ha sido protegida de la erosión a través de rollizos de madera; los que están frente a la puerta de ingreso cumplen a la vez la función de escalones.



Imagen de Nuestra Señora del Tránsito

Posee una nave pequeña, con techo de caña a dos aguas, asentado sobre vigas y tirantes de álamo. El piso es de baldosas calcáreas. El interior está despojado de muebles, salvo unos bancos de madera adosados a las paredes y adornados con almohadones artesanales.

“Una puerta la derecha del altar nos conduce a la sacristía, donde se exhiben antiguos ornamentos litúrgicos junto a la historia familiar de Paula Guaquinchay y nueve generaciones más” (*Huellas cuyanas* <https://huellascuyanas.blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html>)

Merece especial mención la campana ubicada en el exterior, en el lateral este de la iglesia. Un arco construido con tres palos de algarrobo oficia como campanario.



Campanario lateral – Capilla de la Virgen de la Tránsito, La Asunción, Lavalle

El altar está cubierto por un mantel blanco y en el centro se ubica la antigua imagen de la Virgen del Tránsito, rodeada de flores artificiales de vivos colores y cintas también multicolores. También podemos ver un Cristo que recuerda la herencia huarpe, antiguas cruces misionales y diversos cuadros, algunos muy antiguos



Apunta Luis Triviño: "la imagen es una talla de artesanía hispano-aborigen, ubicada en el interior de un cofre de unos 30 cm de alto, de idéntica manufactura. Comentan lugareños que fue traída de Chile por un ex soldado del General San Martín y donada por el cacique Sayanca"

Cabe apuntar que tanto la denominación "Virgen del Tránsito", que parece diferir del nombre del pueblo ("Asunción"), en realidad hacen referencia al mismo misterio de la vida de vida de María Santísima.

En el catolicismo, el Tránsito de María es la glorificación del cuerpo de la Virgen María mediante la definitiva donación de la inmortalidad gloriosa sin pasar por la muerte. Según la *Leyenda Dorada*, un ángel le anunció a la Virgen que partiría a los cielos para reunirse con su Divino Hijo. El dogma afirma que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen, cumplido el curso de su vida terrena fue subida en cuerpo y alma a la gloria celestial. Este Dogma fue proclamado por el Papa Pío XII, el 1º de noviembre de 1950, en la Constitución *Munificentissimus Deus*.

En el cristianismo ortodoxo también se comparte la creencia de la ascunción y se agrega la creencia de que fue dormida, lo que se conoce como la "santísima dormición de la Virgen María", lo que habría sucedido antes de ser asunta al cielo. El término "tránsito" (sueño o paso a la otra vida) es el más antiguo con que se hacer referencia al término terrenal de la vida de María. En el siglo VII la celebración del tránsito fue introducida en Roma por el Papa Sergio I. En realidad, el dogma no especifica si la Virgen pasó por la muerte o fue un momento de tránsito, pero sí que fue asunta al cielo al término de su vida terrenal, es decir, que su cuerpo y su alma fueron llevados al Paraíso.



Imagen de la Virgen del Tránsito – La Asunción, Lavalle

Actualmente se ha construido una nueva capilla, moderna, donde se realizan las celebraciones religiosas dominicales. Pero la antigua capilla persiste con todo su encanto arcaico, como testimonio de la fe ancestral. Sus puertas permanecen abiertas todo el año, como una invitación a la fe.

Pero cuando llega el mes de agosto, la tradicional festividad en honor a la Virgen tendrá como sus escenarios tanto la capilla de adobes de más de 100 años de antigüedad, como el edificio parroquial de reciente construcción, en los que se cumplen las habituales ceremonias de bautismos y confirmaciones.



Capilla nueva de La Asunción

Otro de los rasgos llamativos del pueblo histórico de la Asunción es que en la proximidad de la capilla se encuentra no uno sino dos cementerios: uno para los antiguos pobladores y otro para los foráneos. Si bien podría existir una explicación –digamos burocrática- para esta práctica ancestral, lo cierto es que no deja de revelar un sentido profundo de religación con la tierra, en primer lugar, y también con la comunidad.



Cementerio de La Asunción, destinado a los que no son vecinos del pueblo

Si uno de los cementerios (el de los “extranjeros”) da efectivamente la sensación de paz y silencio que se asocia habitualmente con estos sitios de descanso mortuorio, el otro –en cambio– transmite una paradójica impresión de vida, con sus tumbas adornadas de colores vivos...



Cementerio para los pobladores de La Asunción

Igualmente nos habla este cementero del poder intercesor de ciertas ánimas en favor de quienes les formulan plegarias y ruegos. Ya hemos mencionado el caso de don Tiójiilo Lucero, en

cuya tumba aún en el día de hoy se acumulan las botellas, los cigarrillos y otros tipos de ofrendas con que sus devotos "pagan" los favores recibidos.



Tumba de Tiójilo Lucero – La Asunción, 26 de setiembre de 2021

Ese testimonio de la continuidad del mundo de los vivos y los muertos se relaciona con lo que decíamos antes acerca de un modo peculiar de vivenciar la relación con la comunidad y con la tierra y la posibilidad de continuar viviendo en el recuerdo de sus parientes y amigos, de un modo casi físico, tal como parece sugerir la ornamentación permanente de las tumbas que es el recuerdo constante de los vivos por sus muertos queridos.

Abandonamos el cementerio de La Asunción, recordando las palabras de Rogelio Aguilera:

Encaré la calle que conduce al cementerio muy despacio, como queriendo recuperar cada tramo que alguna vez recorriera. Con los primeros pasos volví a experimentar esa sensación de estar de nuevo en casa. De a poco empecé a soltarme, a sentir el fresco de la tierra perfumada por la noche. Recuperé el silencio perdido, saboreé el aroma de jarilla que flotaba en el aire con su cuerpo invisible, como un pájaro inventado [...] Al pasar por la casita vieja y ya deshabitada en que viviera con su familia, sentí un estremecimiento en todo el cuerpo [...] Un jilguero cantaba imprudente sobre el alero del viejo rancho [...] Por fin me di cuenta de que Ángel me estaba esperando.

Al llegar al camposanto me persigné casi sin pensarlo, más bien por un reflejo. Despacio abrí la puerta de tela con la que se resguarda que no entren animales y comencé a buscar su sepultura [...] ("Un ángel para Asunción", en *Poemas de arena...*, 2008: 102).



Cementerio de La Asunción

Este es el escenario en que anualmente, en agosto, se celebran, como dijimos, las honras a la Virgen del Tránsito, también evocadas por Rogelio Aguilera, que fue maestro rural en La Asunción:

Con la llegada de la celebración, el humilde y callado mundo de los asuncioneros, en el que la mayor parte del año transcurre sin sobresaltos, poco a poco se va transformando en un ampuloso circo romano, donde abundan la comida, la bebida y el espectáculo. Por un momento la gente olvida el real sentido de la fiesta y un crisol social florece en aquel encuentro. Gauchos, paisanos improvisados que aprovechan para lucir su disfraz [...] gente devota de la sagrada imagen, pobres, ricos, niños, abuelos. Todos mezclados por una sola pasión: festejar.

Poco a poco el pueblo sufre una transformación arquitectónica, donde como por arte de magia se construyen calles al mejor estilo de una ciudad [...] Por un lado los lugareños se preparan para lo que va a ser para muchos un importante ingreso económico. Comienzan a faenar animales, se proveen de bebidas de todo tipo y hasta algunos alquilan en sus terrenos, pequeñas parcelas para que los visitantes puedan acampar. Cuando todo está listo, crecen como flores tempraneras los primeros y tradicionales bodegones. Estas improvisadas tiendas, la mayoría hechas con carpas y palos, empiezan a mostrar una estructura comercial, similar a la de las casas de comida. Aquí es donde se desarrolla la verdadera fiesta, es decir, la fiesta que la gente viene a buscar. Las guitarras no paran de sonar en toda la noche. El vino, la cerveza, los pasteles fritos, y sobre todo, los chivitos asados, no dan respiro a los pobres mozos que corren de un lado al otro [...] Es aquí donde ocurren las más insólitas historias que se puedan narrar. Los mágicos romances que, entre miradas y risas, nacen cada noche [...] Es aquí donde habita el rumor de la tonada, perfumada con cogollos. Es este lugar el cielo de algún borracho que busca pagar las deudas de sus infiernos más íntimos. Aquí todo puede suceder. En esa pequeña carpa se detiene el tiempo, simplemente porque nunca se puede olvidar haber estado allí (ídem).



Festejos patronales en La Asunción

Y cuando va llegando agosto,  
todo se viste de fiesta;  
están las carpas abiertas  
esperando a los paisanos.  
Tonadas, cuecas y gatos,  
asado vino y empanadas,  
dejan las almas colmadas  
para la gente del pueblo;  
que así entre velas y ruegos,  
y el sonar de una campana  
le agradecen la Virgen  
la dicha tan agraciada.

(Rogelio Aguilera, "A mi pueblo de Asunción", en *Poemas de arena*, 2008:  
18)

También se realizan carreras cuadreras y exposiciones de artesanías típicas de la zona, a las que ya nos hemos referido previamente. Acuden agrupaciones gauchas de muchos rincones de Lavalle para custodiar y homenajear a la Virgen. El programa completo de las celebraciones, organizadas por la comisión parroquial y la comunidad "Paula Guaquinchay", y que duran tres o cuatro días, es el siguiente: el viernes anterior a la semana de los festejos, da comienzo la novena; el martes siguiente continúa la novena, se celebra la Santa Misa y se realiza la procesión de Antorchas a la Capilla Vieja. El sábado a las 17 se da la bienvenida a la Peregrinación Gaucha; a las 18 tienen lugar bautismos en la Capilla Nueva y luego de la novena y la Misa, la procesión de antorchas, seguida por un espectáculo artístico.

El domingo por la mañana hay una exhibición de destrezas criollas; jineteada y encuentro interprovincial de jinetes con 40 montas; luego, a las 11.30, se celebra Misa en la Capilla Vieja. A la tarde, a las 16, se efectúa la tradicional procesión en honor de la Virgen del Tránsito, a la que sigue la celebración de la Misa y un espectáculo artístico



Espectáculo artístico

Ciertamente, lo central del festejo lo constituyen (o deberían constituirlo) las ceremonias en honor de la Virgen del Tránsito. Como comenta Rogelio Aguilera, cuando habla de la devoción de los “viejos” del pueblo: “La importancia que tenía para ellos una imagen tan desvalorizada en nuestra sociedad, era para mí poder creer de nuevo en los milagros, en la fe, o simplemente en algo divino que nos protege y nos cuida” (idem).

La parte estrictamente religiosa del festejo comienza con la preparación de la imagen que se engalana para salir luego en procesión y recorrer las calles del pueblo.

Finalizada la misa en la Capilla nueva, se inicia la procesión por las calles del pueblo, hasta la Capilla histórica. La imagen de la Virgen es portada en andas por quienes hicieron durante el año méritos suficientes como para obtener tal honor. La siguen los fieles que llevan antorchas. Y finalmente, los fuegos artificiales adornan la noche mientras resuenan los “¡Vivas!” a la Virgen del Tránsito.



Preparación de la Imagen de la Virgen del Tránsito

También en octubre hay fiesta en el paraje El Cavadito: una celebración religiosa en honor a San Judas Tadeo, de larga tradición, pero que, con el correr de los años ha logrado sumar numerosos fieles en toda la provincia. Es una fiesta muy pintoresca, ya que la procesión se realiza a caballo y, como para mantener intacto el espíritu tradicional de esta festividad, solo se permite la actuación de cantores y guitarreros que canten canciones cuyanas.



Interior de la capilla de San Judas Tadeo – El Cavadito

Pero el resto del año, El Cavadito nos dio la misma sensación de “pueblo fantasma” descrita por Rogelio Aguilera a propósito de la actualidad del paraje Lagunas del Rosario, explicando asimismo las razones del creciente despoblamiento de la zona:

Está enclavado en un desierto hecho por el hombre. En un principio estaba cubierto de algarrobos, chañares, retamos y sobre todo, de agua. Se llama “Lagunas del Rosario” porque sus lagunas formaban las cuentas sagradas de un rosario natural, custodiado por la piadosa virgen del lugar. Allí termina el río Mendoza que antiguamente regaba aquella mítica tierra. Pero el hombre, la ambición y tantos otros denominadores desagradables, hicieron que el agua se convirtiera en arena, que los árboles fueran recuerdos que se llevó el ferrocarril, que por cierto, también aquí es un recuerdo, y que el olvido se apoderara cada vez más de ellos (Rogelio Aguilera, “Madre Tierra”, en *Poemas de arena...*, 2008: 123-124).



El Cavadito

Construcciones abandonadas, o, al menos silenciosas y deshabitadas de momento, que todavía hoy albergan imágenes religiosas, quizás una antigua capilla u oratorio...



Ramadas que protegen del ardiente sol aunque no podamos divisar ni un alma viviente en las cercanías para gozar de tal beneficio, ya que no vemos ni hombres ni animales.



Y nuestra intuición parece confirmarse cuando escuchamos la historia del pueblito y el lamentable proceso de despoblamiento sufrido.

En este paraje del seco lavallino, ubicado a la altura del Kilómetro 72 de la Ruta Nacional 142 de Altas Cumbres, antaño se levantaba un tupido bosque de algarrobos y chañares. Aunque no se puede precisar la fecha, cuentan que allá por el 50 llegó a la zona un contratista porteño de apellido Zalazar, que levantó un obraje forestal e inició la búsqueda de hacheros. “Deslumbrados por esta maravillosa quimera laboral, los pocos pobladores de las zonas aledañas abandonaron sus residencias para asentarse en el lugar y comenzar de este modo la tarea [...]” (*Huellas cuyanas*. <https://huellascuyanas.blogspot.com/2016/11/oratorio-san-judas-tadeo-el-cavadito.html>).

Refieren igualmente que su esposa, devota de San Judas Tadeo, abogado de las causas difíciles, le pidió que hiciera construir un templo en honor del santo. “Así nació el pequeño y humilde oratorio, que ha perdurado a través del tiempo, como símbolo emblemático de la fe de los pueblos del seco lavallino” (*Huellas cuyanas*, ídem).

Tristemente comentan también que una vez que el denso bosque fue diezmado, Zalazar desapareció en una avioneta, junto con las promesas de trabajo y dinero, “dejando como herencia el oratorio y la aridez del médano como pago” (*Huellas cuyanas*, ídem).

En la actualidad, los habitantes de El Cavadito se sustentan con la cría de cabras y unos pocos puestos en la administración pública, más los ingresos que puede reportar la realización de la tradicional festividad patronal.



A partir de esta muestra más de la tala indiscriminada, que conduce a la deforestación y destruye el hábitat natural perjudicando tanto a las especies de flora y fauna nativa como al hombre, solo quedan allí unas pocas casitas, la escuela "Ángel Rizzo", una posta sanitaria y el humilde oratorio erigido en honor a san Judas Tadeo.



Oratorio de San Judas Tadeo – El Cavadito

El oratorio posee una nave pequeña y estrecha. Tiene paredes de adobe, revocadas con barro. El techo, de dos aguas y con suave pendiente, está confeccionado con cañas, tirantes de álamo y torta de barro y paja.



Interior de la Capilla de San Judas Tadeo – El Cavadito

El frente abovedado exhibe una cruz de algarrobo, pintada de blanco. Una cruz misional, colocada del lado derecho registra el paso del tiempo: 1892-1992, probablemente los primeros cien años de vida del poblado.



Oratorio de San Judas Tadeo- El Cavadito

El campanario, que no tiene más de dos metros y medio de altura, contiene dos campanas pequeñas que congregan a los fieles para las celebraciones patronales. La base de madera que lo sustenta le da estabilidad e impide que se hunda en la arena del médano (cf. *Huellas cuyanas*).



El Cavadito

En el interior se encuentran, sobre las andas adornadas con flores multicolores, dos imágenes de San Judas Tadeo que aguardan la procesión anual.



Interior del oratorio – Imagen de San Judas Tadeo

Unos aleros de chañar sostenidos por postes de álamo proporcionan sombra a los peregrinos que aguardan las celebraciones, en los bancos (antiguos pupitres de escuela) de la explanada.



Nos llamó la atención la presencia de pupitres escolares y ello se debe a que actualmente el oratorio también funciona como escuela.



En cuanto a los festejos, que tienen lugar el último fin de semana de octubre, comienzan el día viernes anterior con el rezo de la novena, que se extenderá hasta el fin de semana de la celebración. Entonces, a modo de apertura, se reza la misa y se realizan bautismos.

Las actividades litúrgicas previstas para el día sábado comprenden el cierre de la novena, la Misa, bautismos y procesión de antorchas. Ese mismo día, a partir de las 22, hay espectáculos artísticos sobre un escenario, comidas típicas, y a las 23, jineteada.

El domingo tiene lugar la ceremonia central: tras la celebración de la Misa, se realiza la procesión en honor a San Judas Tadeo, con la particularidad -ya mencionada- de que esta se realiza a caballo. Así, con gran entusiasmo y fervor, los peregrinos entre los que se cuentan representantes de distintas agrupaciones gauchas, con sus banderas, acompañan la imagen del santo llevada en unas andas adornadas con flores coloridas y cintas celestes y blancas, que recorre un trecho para luego retornar, hasta el año próximo, a su lugar en el oratorio.



San Judas Tadeo

Además de los festejos patronales ya nombrados, existen en el secano otras celebraciones de carácter más particular, como el “Baile de San Vicente”, que tiene lugar allá por noviembre. Los puesteros le ofrecen al santo “bailes para que llueva” y así la ceremonia se traslada cada fin de semana a un puesto diferente. El que ha hecho la promesa pone la casa y una parte de lo necesario; los concurrentes se encargan de lo demás.

Llové, cielito, llové  
humedecenos el alma  
para que crezca el junquillo,  
la jarilla y la retama.

Llové, cieito, llové.  
Llové, cielito, llové.

“Caluyo del desierto”. Letra y música: Sandra Amaya

La imagen del santo preside la celebración “dentro de un fuentón, ‘con el agua hasta las rodillas’, alumbrado por una vela encendida, que aporta al momento el aroma tan peculiar del sebo quemado” (cf. *Huellas cuyanas* <https://huellascuyanas.blogspot.com/2018/03/la-danza-de-la-lluvia-tradicion-del.html>)

El festejo había comenzado nueve días antes y culminaba con la “ceremonia de la lluvia”.

Viajera nube del campo,  
no pasés moviendo arena,  
bajate en gotitas frescas,  
que no se quede la seca.

San Vicente, aquí en el monte  
del desierto lagunero  
tiene vino, tiene velas  
cuequeros y guitarreros.

“Caluyo del desierto”. Letra y música: Sandra Amaya

El 24 de junio, por otra parte, los pueblos originarios celebran el solsticio y en Lagunita se congregan para una ceremonia de sanación. El solsticio de invierno marca para los pueblos indígenas el comienzo de un nuevo ciclo.

Creencias, costumbres, algunas de ellas sincréticas, que muestran la pervivencia de la fe en algo más allá de vida dura y difícil de los habitantes del secano.



La Asunción

Los velorios y entierros, además de ser momentos de reunión importantes para la sociabilidad de la zona del secano, tiene un profundo sentido de religación con la tierra, como ya anticipamos al describir los cementerios de la Asunción y lagunas, en cuanto las honras fúnebres propiamente dichas, son narradas por Juan Draghi Lucero en *La cabra de plata*:

Aquí hay un difunto y la ley de la Cristiandad manda que lo veamos y luego lo enterremos en el camposanto [...] Llegaron todos con el cadáver hasta la pieza. Lo colocaron con sábana limpia. Salieron Peletay y la Baltasara y se agenciaron cuatro cañas gruesas y derechas. El viejo cabrero manejó hábilmente el cuchillo y preparó las cuatro cañas como cuatro candelabros: las clavó en el piso de tierra, dos a los pies y dos a la cabecera [Baltasara] trajo las cuatro velas que colocó, una por una, en la parte superior de las cañas y las encendió [...]

Los cuatro cirios dieron un total sentido mortuorio, religioso...

[...] se asomó al patio y se asombró e ver tan grande cantidad de campesinos desconocidos que iban llegando a su casa, todos en caballo y en mula [...] Todos hablaban bajito ponderando las virtudes del muerto. Las mujeres, tapujadas con manto verdense, musitaban oraciones. Parecían salidas de la Edad Media española. El profesor las miraba como a promesantes en penumbras. Las veía persignarse y mover los labios en acalladas oraciones mortuorias. El aposento penumbroso se santificaba con los cuatro cirios [...] Circulaba el mate e boca en boca [...] El viejo Peletay pasaba bandejas con copitas de aguardiente [...]

Precisamente en boca de este personaje se expresa el "protocolo" de la sepultura:

En parihuelas cargamos entre todos al muerto y ¡a pie! Como los antiguos llegamos al camposanto. Pala cavamos la tumba los más amigos y allegados, bajamos el cajón y le echamos puñados de tierra todos los compañeros y luego lo tapamos a pala y, finalmente, clavamos la cruz que lo señala. Después de permanecer unos momentos sombrero en mano, nos allegamos al “Reprofundo”, le prendemos unas velas al ánima del muerto y nos quietamos a pensar. Oramos y ya descargados de nuestras obligaciones con el que se fue, nos volvemos a nuestras casas a seguir con la vida diaria. A los días le rezamos un novenario al alma del muerto y le prendemos los lunes, días de las ánimas, unas velas para que Dios lo tenga en su Santa Gloria (1978: 90-96).



Cementerio de Lagunas del Rosario

También Rogelio Aguilera en “Domingo de Pascuas” nos da una visión más actual, igualmente sentida:

El velorio había comenzado el día anterior. Me acerqué muy despacio, recorriendo, con los recuerdos encima, los escasos cincuenta metros que separaban mi auto del salón fúnebre que se había improvisado. Al llegar me encontré con un fogón, que estaba pronto

a apagarse, señal de cansancio, de haber chispeado toda la noche. Junto a él estaban los más jóvenes. Ginebra en mano, velaban aquel sagrado lugar. Después de saludar a algunos de ellos, decidí sentarme al lado del cansado fuego [...]

En la parte trasera del salón comunitario había una puerta que comunicaba con a capilla nueva del pueblo, donde se situaba el pequeño cajón donado por el municipio.

Custodiando el preciado tesoro que tan pronto le arrebató el pirata implacable de la muerte se encontraban Miguel y María [...] Unas sillas despintadas rodeaban el altar y daban la forma de las cuentas de un rosario que desgranaban las devotas señoras más viejas del lugar (2008: 113-114).



Interior de la capilla Nueva – La Asunción

Junto con las celebraciones propiamente religiosas subsisten otras con un cierto trasfondo menos "ortodoxo", como las relacionadas con ese "santoral sospechoso" de las canonizaciones populares, entre las que figura la devoción a la Difunta Corre, de la que da testimonio, por ejemplo, Rogelio Aguilera:

Una de las mejores aventuras de mi vida la viví con Raúl [Guardia] y sus amigos. Atravesamos el del desierto, partiendo desde la Asunción en una caminata sorprendente, de ciento treinta kilómetros hasta el santuario de la Difunta Corre, en la provincia de San Juan. En aquella travesía interminable comprendí el valor de la amistad [...] Caminamos, caminamos y caminamos durante tres días. Lugares extraordinarios, noches colmadas de estrellas, fogones inagotables, cansancio, dolor, alegría, fe. Al llegar al fin del recorrido cada uno pagó su promesa. Luego, sentados junto a una mesa llena de cerveza, me confesaron entre bromas que no creían que pudiera llegar, pero también me dijeron con orgullo que era el primer maestro que os acompañaba ("A mi pueblo de Asunción", en *Poemas de arena...*, 2008: 26).

También Draghi Lucero hace referencia a esta devoción tan extendida en nuestras tierras:

Tenemos que ir a pagar la manda que le hicimos a la Difunta Corre. ¡Cien velas le llevaré y mis chapecas cortadas por haber escuchado mis ruegos! ¡Bendita sea a Difunta Correa! – exclamaba la señora con honda devoción (*La cabra de plata*, 1978: 75).

Pero hay algo más, que pertenece a una herencia inmemorial y que, en general, permanece celado para el visitante; solo aquel que logra insertarse cabalmente en la comunidad puede llegar a “anoticiarse de ciertas pervivencias ancestrales:

Fue en una de estas charlas en la que descubrí que el día de mi cumpleaños era también el día de su Pecne Teta. Me explicó que el primer día de agosto el nativo le agradece a la Madre Tierra cada una de las cosas que ella le brinda para su subsistencia [...] me bastó una simple pregunta, para que él abriese su corazón y me dejara entrar en su cristalino mundo.

También detalla la ceremonia:

Poco a poco, como quien no precisa del tiempo para medir su vida, fue preparándose para iniciar el ritual. Tomó una cinta de color rojo y blanco y se la colocó como vincha. Después extendió el tejido, frente al ronco del árbol y colocó el jarrón que se lucía con sus figuras pintadas en pálidos colores pasteles. Luego extrajo de entre sus ropas distintos frutos del lugar y se dispuso a acomodarlos uno por uno sobre la colorida alfombra. Sacó su cuchillo y abrió aquel pedazo de tasca dura y reseca formando un pequeño pozo de no más de veinte centímetros.

Cuando ya estaba todo listo, tomó la palabra como un docente más de la escuela y comenzó a explicarles a los niños todo lo que ese ritual significaba, no solo para él, sino también para su pueblo. Y que cada año debía realizarse, como muestra del compromiso del hombre con su Madre:

-Hoy es el día de nuestra Madre Tierra, nuestra Pecne Teta, como la llamamos los huarpes. En este día, vamos a darle gracias por todo lo que ella nos brinda para vivir. La forma de hacerlo es devolviéndole un poco de todo eso que ella, como una madre, nos provee, sin ningún precio. Aquí, en las raíces de su hijo, nuestro hermano el árbol, depositaremos sus frutos. La algarroba, que alimenta nuestros animales, de los cuales obtenemos la carne y el cuero con que realizamos nuestras artesanías, para adornar nuestro cuerpo y nuestra casa (a medida que hablaba, desgranaba la algarroba con sus manos curtidas y las dejaba caer en el pequeño pozo). El patay, el pan de nuestros ancestros y nuestro también, que sacia nuestro hambre y nos fuerzas para el trabajo; la refrescante aloja, extraída de su propia sangre, para aplacar nuestra sed; el bendito junquillo que segamos y vendemos para nuestra economía y bienestar. Pero además de estos frutos que hoy le dejamos en agradecimiento, debemos darle gracias también con nuestro espíritu. Darle gracias con la palabra [...] (“Madre Tierra”, en *Poemas de arena...*, 2008: 130).



Monumento al indio (Guaymallén, Mendoza)



## UN MUNDO MÁGICO DE LEYENDAS

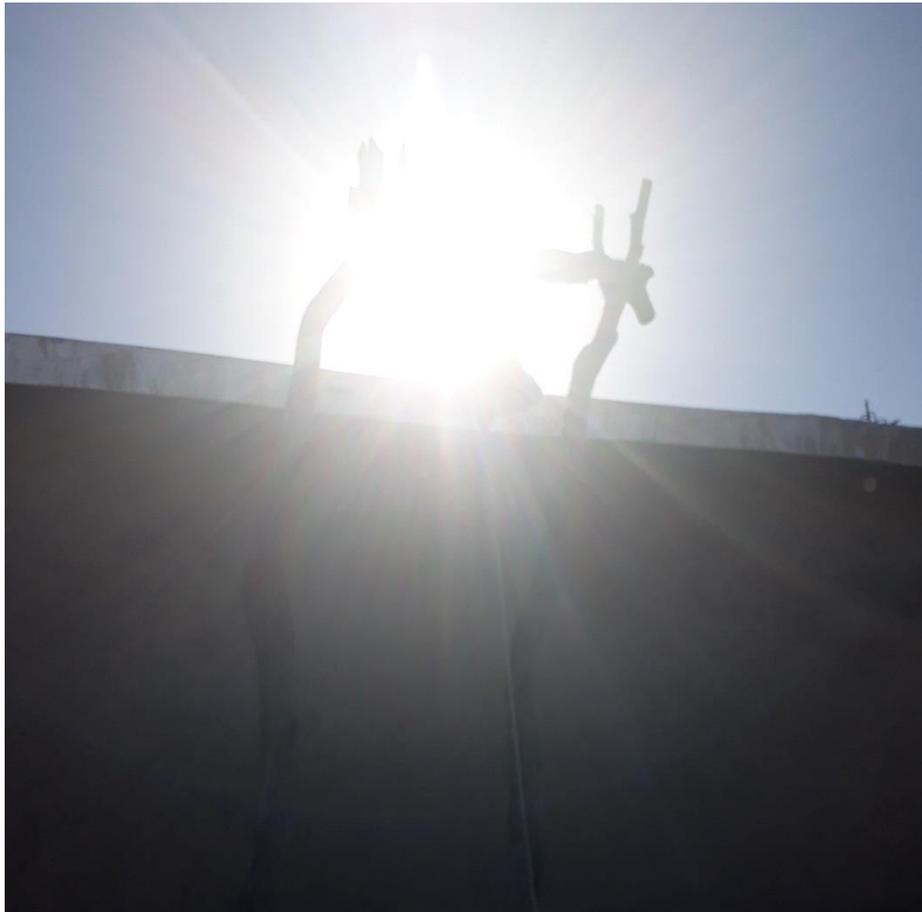
*“Era así como una bola de fuego, mirá, tenía como un metro, un metro parecía ¿viste cuando vos rodás algo por el piso, así como un barril? Así va encima de los árboles y venía a la casa y te querías desmayar porque era una cosa mala, vist6e, y cerca de las casas llegaba”*

Cándido Báez. Puesto Colamora

El desierto -como espacio abierto a todas las sugerencias- es capaz de generar de su propio vacío una serie de “presencias” que corporizan en la mente del “desertícola” y conviven en ella con su propia experiencia del medio. ¿Presencias ilusorias o indicios de un mundo que va más allá de lo apariencial, que busca para ocultar y revelar sus secretos, los campos vacíos?

En todo caso, el desierto aparece como el reino del misterio y en él se puede recoger una serie de leyendas. Es que en estas zonas apartadas de los centros de población, junto con la religión católica, perviven muchas creencias en seres sobrenaturales, en un curioso sincretismo que amalgama elementos de diversa procedencia. Félix Coluccio, por ejemplo, habla acerca de “el santoral sospechoso” en relación con ciertos personajes reverenciados tradicionalmente (*Las devociones populares argentinas*, 1995): reminiscencias de las antiguas religiones indígenas, supersticiones europeas, españolas o de otros países... Así, surgen “aparecidos”, “luces malas”, “ánimas en pena” o “encantamientos de la Salamanca”. Se trata de personajes o fantasías en los que “se han combinado antiguas creencias surgidas del pasado [...] que responden también a la honda relación de los lugareños con el desierto que los rodea” (*La Nación*, 1981).

Algunas de estas leyendas, como vemos, son comunes a otras zonas, como “la luz mala” o “la Salamanca”, que reaparecen una y otra vez en territorio argentino, sin adscripción necesaria a ninguna localidad o, más bien, relacionadas con muchos puntos distintos al mismo tiempo. Sabemos que la leyenda es un relato que se caracteriza por narrar un suceso que se considera verdadero dentro del contexto de actuación donde se localiza, pero que -a diferencia del mito- no ha ocurrido “en el fabuloso tiempo de los orígenes”, sino en un pasado mucho menos remoto, que puede incluso rozar la contemporaneidad del narrador. Se refiere, entonces a unas circunstancias que pueden parangonarse con las que viven los participantes del hecho comunicativo en cuestión, lo que facilita el proceso de identificación, la que también se ve favorecida por la localización espacial característica de estos relatos. Es, pues, dentro del folclore narrativo, la especie más circunstanciada, la que presta más atención al medio; incluso, surge a menudo a raíz de algún accidente geográfico o algún detalle topográfico llamativo (un ejemplo claro lo constituyen algunas leyendas relacionadas con elementos del paisaje cordillerano mendocino, como “Puente del Inca” o “Los Penitentes”), en estrecha relación con el marco natural de la zona.



La memoria de estos relatos se renueva una y otra vez en la mente del pueblo, y de allí su asombrosa vitalidad; si bien no tenemos un "mapa" completo del patrimonio legendario de Mendoza, sí existen algunas recopilaciones: los diez tomos reunidos por Berta Vidal de Battini aportan material recogido en las distintas regiones argentinas, incluyendo a Cuyo. También hay otras colecciones, obra de autores locales, que perpetúan tradiciones del terruño. Pero estas nos plantean una cierta perplejidad: la mayor o menor reelaboración del material popular recogido o, por decirlo en términos de Augusto Raúl Cortazar, el "grado de proyección folclórica". En efecto, ante el tesoro tradicional que vive oralmente en sus variantes, caben dos actitudes básicas. La primera es la del folclorólogo que actúa como simple recopilador del material, que transcribe incluso en versiones fonéticamente fieles, consignando además los datos del informante del que se obtuvo. Otra, es la del creador que se inspira en ese folklore narrativo y lo reelabora y reproduce con matices que van desde la extrema fidelidad al original hasta su completa poetización y elaboración literaria.

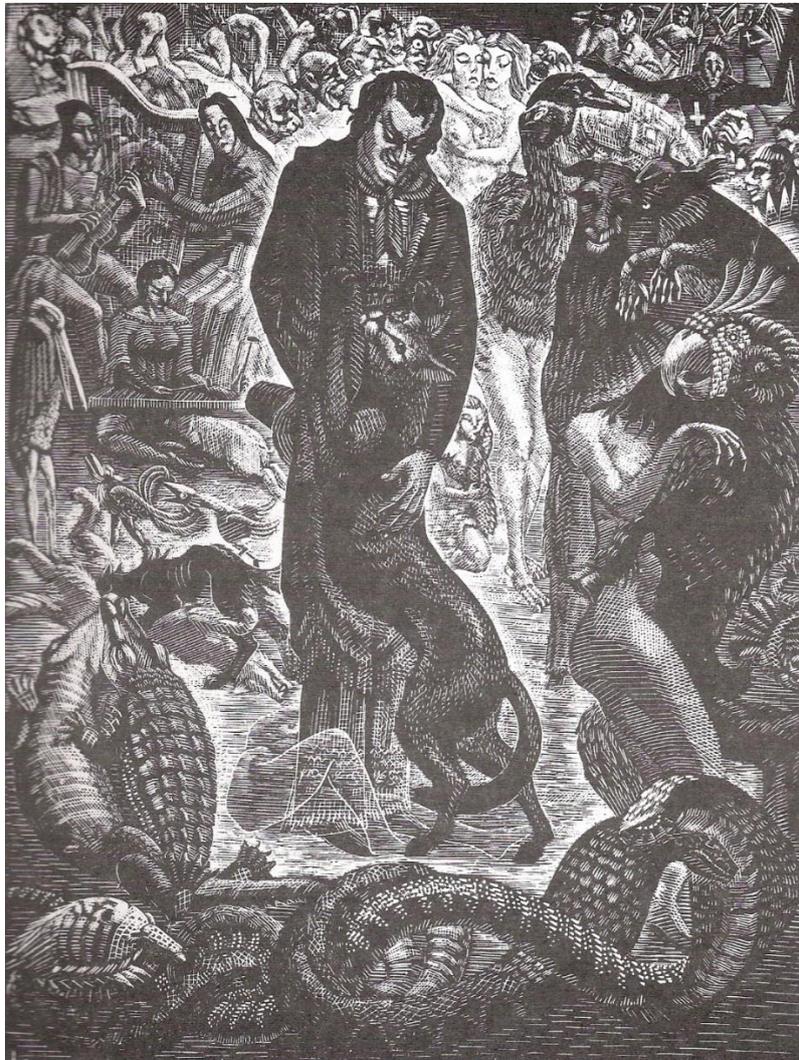
En el doble juego entre estas posibilidades es que se construye este trabajo, en cuanto recurriremos a fuentes escritas, en algunos casos, pero también trataremos de transmitir la inmediatez de la vivencia a través de grabaciones recogidas directamente de la gente que puebla el seco y que se incluyen completas como material complementario.

"Es por eso que las vizcachas solo salen de noche y los pobres teros andan con sus patitas sin medias".

Así terminaba de contar la leyenda de los "Teros tenderos y las vizcachas muchachas", que tanto le gustaba relatar y que había aprendido en sus primeros años de maestro [...] cuando sonó la gastada campana que colgaba del algarrobo del patio central, marcando el final de la jornada (Rogelio Aguilera. "Para Humberto Leonforte, dueño del desierto...", en *Poemas de arena...*, 2008: 52).

En relación con el territorio mendocino, además del material aportado por Vidal de Battini, hemos podido rastrear en diversas fuentes periodísticas y académicas nuestro acervo legendario. Y destacamos especialmente una recopilación realizada por alumnas de la Facultad de Filosofía y Letras (*El cuento folklórico en el desierto lavallino*, 1995), integrada por transcripciones fieles a la oralidad en que surgen, principalmente en la zona de La Asunción. Este trabajo fue dirigido por la profesora María Teresa Mortarotti y realizado por María Jofré, Lorena Gómez, Marisol Méndez Calzada, Gabriela Miranda y Lorena Ivars. Comprende, además de leyendas, algunos de esos relatos animalísticos tan abundantes en nuestro folklore, que suelen tener al zorro como protagonista de una serie de una serie de picardías, con las que burla a otros animales de nuestro suelo como el quirquincho o el puma-león.

Además, encontramos un caso singular: el de la reelaboración -de gran altura poética- que Draghi realiza en *El Hachador de Altos Limpios*, de ciertas creencias del desierto lavallino, ámbito privilegiado, por otra parte, para la circulación de leyendas. Igualmente, en otras de sus colecciones de cuentos se pueden espigar páginas en las que el acervo legendario de la zona despunta, siempre trasmutado por la alquimia del poeta. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a ciertos pasajes de *Las mil y una noches argentinas*, que nos hablan de Mandinga, el diablo criollo, y sus brujas y aquelarres.



Grabado de Víctor Delhez, (en la edición de 1953 de *Las mil y una noches argentinas* de Juan Draghi Lucero)

Iniciemos, pues, el recorrido por nuestro **Bestiario del desierto**.

## "La Salamanca" y otras criaturas demoníacas

Respecto de algunas de las leyendas que circulan en territorio mendocino (en nuestro caso particular, circunscripto al despoblado: ese desierto que hemos definido en un doble plano, geográfico y metafísico); respecto de ellas, entonces, podemos advertir que dentro de su carácter genérico reciben algunas adaptaciones regionales que las adscriben innegablemente al entorno local. Un caso interesante es el de *La Salamanca*.

Alberto Rodríguez y Elena Moreno de Macía (1991), en su *Manual del folklore cuyano*, refieren el origen ibérico de esta denominación, relacionado con la famosa cueva de esa ciudad española, donde -según la creencia popular- los jóvenes alumnos de la aún más famosa Universidad "se doctoraban en picardías".

Diversas "Salamancas" fueron creadas por la imaginación popular. Pero no sólo una caverna es capaz de albergar un aquelarre; también el desierto, en su desolación, resulta propicio para cobijar espantos; en tal sentido, el testimonio de los moradores del norte de Lavalle: "[...] ayer no más, escuchábamos en San José de los Sauces, El Cavadito y La Asunción [...] a viejos puesteros que hablaban casi en murmullo, de las 'fiestas de la Salamanca', que preside el diablo" ("Misterio, asombro, leyendas; las arenas que caminan", *Los Andes*. Mendoza, 10 de mayo de 1993). Por su parte, Cándido Jofré relata

Hay un río, hay una piedra grande, y esa se abre de noche, esa piedra es una piedra color jaspíadita. La gente que pasa por ahí, el hombre que es valiente escucha música y quiere entrar ahí con la misma música, se va entra adentro y él ahí ve chicas lindas, ve cosas que no ha visto y claro, eh, le dan de comer y ellos para comprobar a ver que es cierto, qué es la comida o lo que es, hay gente que se llevaba algo de ahí (Mortarotti [coord.]: 1995: 29).

El resultado es previsible: "Lo que era pan después era guano de animal y lo que era un cubierto, eran huesos y después, cuando vos amanecías, terminaba la fiesta a la madrugada, amanecías tirado en la orilla del río [...] porque ahí ya se iba todo el encanto que había" (ídem)

A esas reuniones, según el temeroso testimonio de los lugareños, concurren cantores, guitarreros y "buenas mozas para el amor y muchos asistentes que parecen no humanos":

Y cuando ellas [...] están ahí en esas reuniones, no están como una persona sino como la forma de un animal. Entonces por eso la gente cuenta que cuando encuentran un animal raro en el día puede ser una salamanca. Porque dicen que cuando llega el día ya ellas no pueden volar. Porque son brujas y no pueden volar y se quedan como es el animal. Entonces ésas son las salamancas, las fiestas de ellas (cf. ídem).

Juega aquí, evidentemente la confusión salamandra/salamanca; el segundo de los términos se utiliza a la vez y en el mismo contexto, para designar el animal y las reuniones infernales. Todavía hoy algunos rumores hablan de la existencia de una "escuela de brujas" en la zona de Lavalle.

Draghi Lucero realiza una extraordinaria recreación de esta parafernalia diabólica en su cuento "El mal guardián", de *Las mil y una noches argentinas*. Vale la pena recordarla, porque a través de la magia del relato desfilan auténticos apuntes del entorno cuyano:

Ya se desataron las risadas y parloteos en las soledades de esos campos. De repente [...] entraron, con atropello y libertino escándalo, culebrones negros, haciendo fuerza por pararse y enroscarse unos con otros; machos cabríos, topándose furiosamente con el estruendo de su cornamenta; pajarones de toda laya, abriendo tamaños [...]; grandes lagartos verdosos de los llanos y toda la humana iniquidad pecadora que desanda los caminos del mundo (Draghi Lucero, 1953: 167).

Como figura central aparece el Malo, en su apariencia de gaucho rico, tal como la ha forjado el imaginario popular y se advierte en el grabado de Víctor Delhez que hemos incluido *supra*:

Calzaba botas negras, relucientes. Calzones morados y gran tirador laboreado al cinto. Casaca punzó con botones de fantasía y vivos de terciopelo. Chaleco morado, por donde se le desbordaban los flecos de la camisa. Airoso pañuelo de seda al cuello y camisa color de fuego. Hermoso sombrero de Lima le retenía el cabello, ensortijado y brillante, por entre el que se le adivinaban dos inclinados y cortos cachos. Al caminar le sonaban ¡tan hermosamente! sus espuelas de oro y plata. Un poncho colorado y negro, terciado a lo llanista, remataba al justo su hermosa estampa criolla en la novedad de esos campos soliviantados (ídem, 171).

No falta incluso la manifestación musical más característica de Cuyo: “Quenas, arpas, violín, trutruca, guitarrón, guitarras y cajas despertaron sus preciadas voces [...] La tonada de la hermosura en honor del Malo fue cantada por mozos y niñas pecadoras”; y las danzas: “Luego se bailó 'La mariquita', 'Los aires', 'El escondido' y otros bailes con la suma de los elegidos primores y fue de verse el caudal de mudanzas novedosas, hasta que el aguardiente y el afán atropellante tornó aquella fiesta en el cenagal de las pasiones” (ídem: 172).

También en este contexto, si bien no estrictamente en el secano, se desarrolla el siguiente relato que me narró recientemente Florencia Mouret y que muestra que –a despecho del progreso- estas creencias se niegan a morir:

Frente a la casa de mis abuelos [...] se decía que se juntaban mujeres que practicaban brujería y hacían rituales con el diablo entregando sus almas por belleza. Se creía que sacrificaban niños, porque si uno andaba cerca de allí por la noche, cuando el más mínimo sonido se escuchaba con claridad, se podían oír llantos de bebés y las fuertes carcajadas de las brujas que a uno lo hacían estremecer.

Mis tíos, cuando los mandaban a buscar leña o salían a dar unas vueltas, podían escuchar desde los árboles con grandes copas, voces femeninas que tarareaban una melodía y ellos lograban visualizar siluetas delgadas entre las ramas. Mi abuela, antes de mandarlos, les advertía que si escuchaban voces o veían cosas raras, ellos debían insultar en voz alta y volver a casa de inmediato.

Después de varios años el campo se fue poblando [...] El rancho de mis abuelos fue progresando hasta ser una casa con grandes habitaciones. Sin embargo, en la última pieza que da al patio, mis tías me han comentado que por las noches se despiertan incómodas ya que sienten la presencia de alguien y cuando abren los ojos logran ver por la ventana una sombra muy similar a la de un hombre, cuyas características son poco normales y es que sus ojos son rojos y brillan y cuando han intentado salir para verlo ya no está.

También algunos martes o miércoles por la madrugada, en la paz de la noche, se pueden escuchar algunas risas de mujeres y se dice que esta sombra que aparece en la ventana de la casa de mis abuelos es el diablo tomando una forma humana para controlar a quienes vendieron sus almas o hicieron algún tipo de trato con él (Inédito).

Rogelio Aguilera, fue maestro rural en La Asunción, Lagunas y Arroyito, relata que en Asunción hay un sitio llamado “Chañaral de las brujas” donde habitualmente, “cuando uno pasa solo, se ven luces, te silban, se ríen, cosas así...”. También Romelia Escudero, cuando le preguntamos al respecto, contestó lo siguiente: “Luces malas no he visto nunca, yo allá. Pero brujas sí han pasao por mi casa. Las hi sentío” (cf. material complementario. Relato “El vizcachón”).

En cuanto a las brujas, Laura Besio apunta lo siguiente, quizás aludiendo entre líneas e inconscientemente a la creencia de que en la zona de Lavalle existe “una escuela para brujas”:

En el mismo tono de inscripciones sobre magia y ritual, propongo la lectura de la siguiente historia narrada por una mujer campesina a una maestra en una localidad rural del este de la provincia, quien a su vez la transcribe y decide titularla "temor a las brujas". (DE.: Doña Edelinda; M.: Maestra).

M.: - ¿Por qué no mandó su niña a la escuela doña Edelinda?

DE.: - No se pudo señora, tenemos los niños enfermos de yapa asustados, porque anoche pasaron las brujas (a) las risotadas.

M.: - ¿Pero cómo es eso, cree en las brujas?

DE.: - Si señora cómo no he (de) creer, más ahora que está la Rosa para casarse, nos andan persiguiendo, de seguro alguna que tiene interés en el turco.

M.: - Pero esa no es una razón para creer en brujas.

DE.: - Yo creo porque en tiempo de mis abuelitos, que Dios los tenga en la gloria, nos pasó una mano muy seria con las brujas.

M.: - Cuénteme...

DE: Muy chicos quedamos a cargo de nuestros abuelos, por el fallecimiento de nuestros padres, estos eran campos montañosos, puros chañarales, teníamos unas cuantas lecheras, los muchachos traían todas las tardes los terneros a encerrar, por la mañana buscaban las vacas que siempre dormían en la primera isleta de chañares. Esa mañana hicieron fuego y enseguida fueron a traer las lecheras. Mientras las juntaban encontraron un pájaro negro grande de los que se llaman jotes durmiendo junto a un árbol. Lo tomaron, jugaron con él, por fin lo llevaron a las casas a la cocina. Allí siguió la diversión arrimándolo al fuego, uno le quemaba las alas, otro, le enterraba el pico en la ceniza, aquel le rescoldaba las patas, hubieran seguido en sus crueldades si no se levanta mi abuelito. Quien les hizo que lo fueran a dejar donde estaba, él ya comprendió que era una bruja que le había tomado el día sin llegar a su casa. Al otro día, muy temprano, estaba cebando mate, mi abuelita haciendo tortillas, cuando dijeron en el patio

-¡Dios gracias!- ¿Qué se les ofrece? -No está don... (mi abuelito).

-Sí- Dígale que dice doña Eufrasia que vaya para que vea en qué estado que la han puesto sus nietos-. Los que venían eran dos niños, que criaba la vecina esa.

Fue mi abuelito y la halló en cama, toda quemada la cara, brazos y piernas, entonces le confesó que ella era el pájaro que encontraron los niños, que fue muy lejos esa noche, que la tomó el día si alcanzar a llegar a su casa, y por lo tanto sin poder volverse persona.

Al otro día murió, sin alcanzarse a confesar. Ya ve si tengo razón en creer en las brujas. Y hasta ahora las hay. Dice don Palorma, que el otro día iba él de a caballo, cuando se le acercó un pájaro negro y le tiró de las mechas.

M.: - Sí, ¿tienen mucho poder las brujas?

DE.: - Bien grande, necesitan muchos años de estudio y conseguir juntar los sesos de siete animales de los más venenosos conocidos [...] (Besio, 2017: 113).

Todo este contexto se relaciona con la "ordalía" o prueba de valor a que se sometían los jovencitos de la zona ("Nos han querido formar para saber si se pueden enfrentar las cosas"), según un testimonio que pudimos recoger recientemente: el desafío consistía en enfrentar las tinieblas de la noche con decisión y coraje, "porque el diablo ataca al espíritu débil, mientras que el fuerte logra seguir". En caso de tener que marchar por el desierto durante la noche, los más fuertes se colocan adelante y atrás para proteger de las asechanzas del "Malo" a los más débiles que marchan en medio.

También tiene fuerte arraigo en la zona la leyenda de "El gritón", relacionada con la presencia de "El Tienta" o Tentador (otra denominación del Maligno), que Draghi Lucero reelabora bajo el nombre de "El grito de la noche", de *El hachador de Altos Limpios* (1966).

La versión oral de uno de los entrevistados declara lo siguiente:

Casualmente las otras noches estaba conversando con mis tíos [...] y dicen que habían ido ellos a quedarse al campo, dicen que estaban jugando al naípe, dice, cuando sintieron un grito. Dicen que lo gritaron ahí cerquita y ellos se quedaron quietitos, dice, y empezaron a gritar más cerca y hasta que empezó y se fue, se fue.

Pero al otro día no había ni rastros de que hubiera pasado nadie [...]

Por eso dicen que es malo que gente grite y conteste así en la noche cuando grita alguien, cuando sienten algún grito que es malo[...] antes decían que eran almas en pena [...] Puede ser que si les contestas te llevan. Y así dicen... (Rosa Guardia, en Mortarotti, 1995: 29).



Noche en el desierto

El núcleo esencial del relato de Draghi es coincidente y lo constituye un fuerte grito que suele escucharse en la soledad de la noche: "[...] un alarido penetrante, lleno de salientes puntadas. La noche en sueño fue despertada por ese gritar con la solicitud del contesto". La sabiduría popular enseña, empero, que no debe respondersele, porque de lo contrario, se acerca más todavía:

-¡No conteste!- me ordenó el viejo, saliéndosele los ojos, espantado y en afán de salvación [...]  
-¿Por qué?- pregunté alarmado.  
-¿Por qué? ¿Quiere ser tragado por los reprofundos? ¿No malicia quién tira ese anzuelo en vías de la tentación y el agarre? (1966: 155).

Para el paisano los signos son claros: ese grito se escucha cuando llegan "las deshoras". No se trata, por tanto, de un viajero perdido, sino del causante de toda perdición, que aprovecha el momento propicio:

La noche es de Nuestro Señor hasta el tiempo y la medida que va del anochecer a las doce. Ni bien se vence este medir, sale de sus fuegos el Rey de las Negruras a desandar los caminos del Hombre. Abiertos de par en par sus portales, asoma primero y luego sale el Tentador; viene a largar los anzuelos de la Noche. En la desolación de estos campos, él desparrama sus gritos pegajosos pidiendo una contesta y ¡pobre del que se tiene en responderle! (ídem).

El llamado se repite tres veces y si no halla correspondencia, el encanto se desvanece. En cambio, si algún osado se encara con las negruras y lanza su respuesta "el Gritón aparece bien cerquita como un hombrecito con cuernos, vestido de gaucho y entre grandes llamaradas". De su figura emerge un terrible magnetismo, especialmente de sus ojos "que parecían mansos y cuasi apagados, pero que trasminaban y forzaban el obedecimiento, tras apagar toda resistencia en el retroceder del cristiano" (ídem).

Los paisanos suelen conjurarlo rezando "Las Doce Palabras Redobladas", ensalmo tradicional que resume en sí todo el saber teológico del pueblo, sencillo y profundo. Es un saber que no está abierto a cualquiera, sino que se transmite de padres a hijos, en trance de muerte o en situaciones especiales que guarden el respeto debido a lo sagrado del *traditum*. Así, leemos en *La cabra de plata*:

[...] Sabe las Palabras Redobladas.

-¿Las Palabras Redobladas? ¿Qué es eso?

-Ah –respondió un muchacho, empantanado en los más profundos misterios-, pregúntelo a la gente de edad y del saber y se lo dirán. Yo no tengo no la edad ni el saber de lo que contienen las Palabras Redobladas (1978: 61)



La Asunción – Lavalle

Alberto Rodríguez y Elena Moreno de Macía rescatan esta arcaica oración en su *Manual del folklore cuyano*, recogida de boca de una "rezadora" que la utilizaba para conjurar las fuerzas

destructoras de la naturaleza, pedir agua en tiempos de sequía o curar enfermedades (pero no la transcribimos completa, por respeto a la creencia, tal como señala Juan Draghi Lucero):

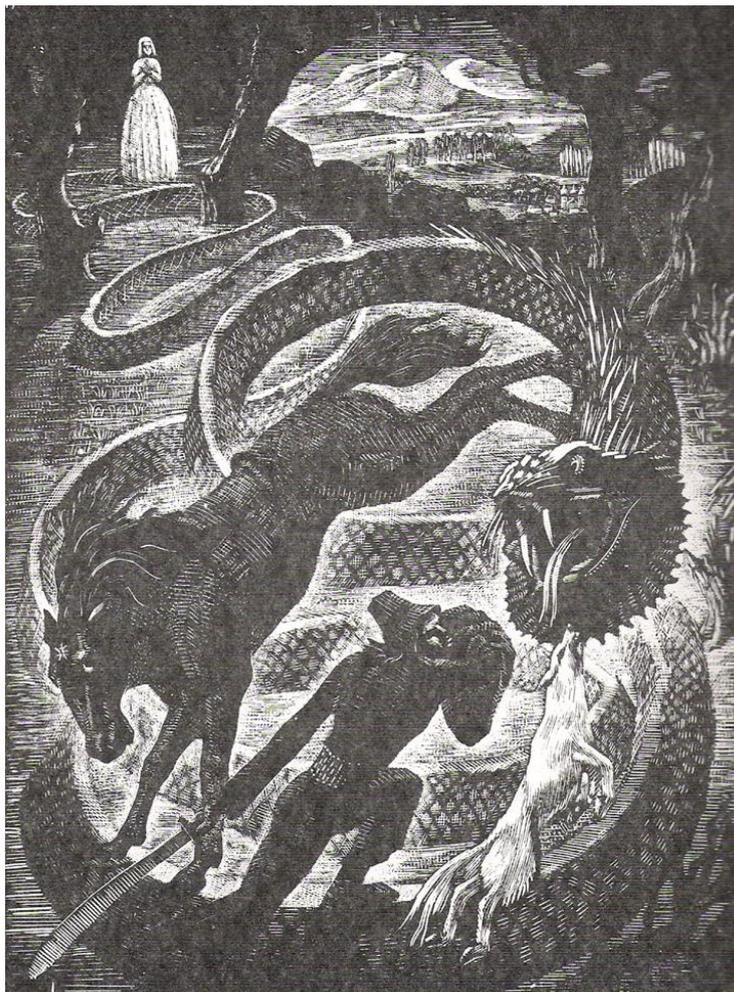
Las doce son doce: los doce apóstoles  
La una es una: la que parió en Belén  
y siempre quedó pura.  
Amén, Jesús, María y José.  
Las dos son dos: las dos tablas de Moisés.  
La una es una [...] (1991: 42).

### Un “bestiario del desierto”

En esta “zoología fantástica” encontramos críptidos de diversa procedencia.

La imaginación popular suele asociar con el Mal ciertos animales, como serpientes y gatos negros. En La Asunción recogimos la versión de “el pájaro Bulilí”, que picaba los ojos de los niños y jóvenes que evadían el mandato de dormir la siesta (versión lavallina de “la Pericana”).

También relaciona Draghi Lucero con la "Negra Potestad" otra "presencia" que aparece reiteradamente en los relatos populares: la de la víbora denominada "El Familiar". En uno de los cuentos que tienen como punto de partida un pacto demoníaco -"El Negro Triángulo"- como guarda del compromiso contraído aparece "una culebra crinuda, del grosor del brazo y de vara y media de largo", que se instala en casa del pecador. Es que "Era el cabello del Diablo. Era 'La Familiar'..." (1953: 54).



Grabado de Víctor Delhez para la edición de 1953 de *Las mil y una noches argentinas* de Juan Draghi Lucero

En el desierto lavallino se habla de la "Víbora familiar":

[...] había un hombre muy rico que tenía él un familiar, el familiar se llama una víbora que eso se guarda en caja, se pone en seda el bicho y se le da de comer ojos de aguja y leche y ese, ese que tenga el bicho ese animal nunca llega a ser pobre. Al contrario, siempre es más rico, que si tiene hacienda nunca se ve ningún animal muerto ahí en el lugar [...] cuando se va tiene que agarrar no matarlo. Se pone, antes se usaba, viste, mucho sombrero, y sacaba el sombrero y se lo ponía, así se pone el sombrero para que el bicho entre adentro [...] Conseguirlo es una cosa de suerte [...] si se le va queda pobre, se le va la suerte. Y es como una víbora común, viste, una víbora como así o medio marroncita, pero es chica y muchas veces la ven y la matan, porque tiene miedo a las víboras, siempre se les tiene miedo y eso (Cándido Báez, en Mortarotti, 1995: 34-35).



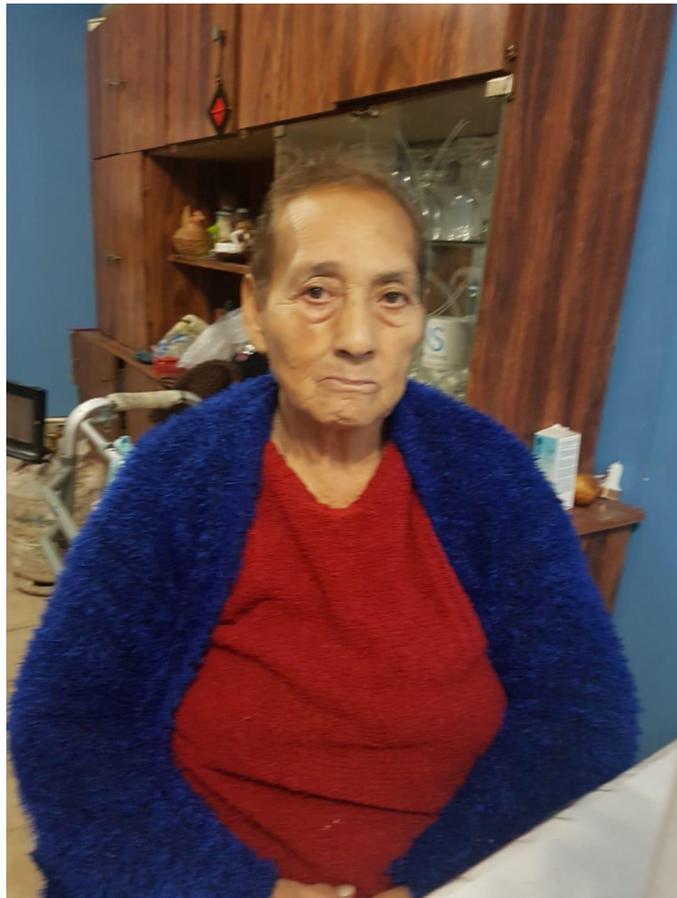
Los Altos Limpios

Otros describen a "la familiar" como una víbora bonita de todos colores "y esa tenía que ser una víbora que dicen que tenía el finado Juan Agustín que le mamaba las vacas y la tenía en un tamarindo grande, había un hueco y la acomodaba en él" (Lorenzo Jofré, en Mortarotti, 1995: 34-35).

También se habla de un toro que aparece cerca de los Altos Limpos:

Yo voy a contar lo que me han sabido contar las gentes de antes, el asunto de Los Limpios, eh ¿viste?, contaba el finao mi papá, que tenía una estancia los abuelos d'él y ahí iba un toro en la noche a peliar con los toros de las estancias, había mucha hacienda y estaba la hacienda rodeada ahí y llegaba el toro ese y empezaba a peliar con los toros. Peliaban hasta muy tarde a la noche, ya parte de la madrugada se iba el toro y no sabían dónde se iba, ni sabían de quién era, ni nada. Y una noche un viejo –Yo voy a agarrar un caballo esta noche y mañana –dijo- esta noche cuando venga el toro lo voy a seguir-. Y así ha hecho y ha ido el toro y el viejo había ensillado y cuando se iba yendo el toro lo correteó y no lo alcanzó nunca así con el lazo y parecía que lo iba a enlazar y no le podía tirar y cuando quiso acordar llegó el toro hasta la finca y se perdió el toro. Y no se supo más qué se hizo el toro y llegó a los médanos, al médano, y en Los Limpios se sabe escuchar balar vacas, torear perros, cantar gallos pero no había nada [...] Lo único que hay ahí es hay tarritos de fierros como si hubieran sido marcas pero ya está como en un moho no más, si uno lo levanta se rompe (idem).

Entre los “casos” que pudimos recopilar en nuestra búsqueda personal por el desierto lavallino podemos destacar el que hemos titulado “El vizcachón” y que se incluye en el anexo; en él Romelia Elisa Escudero narra un episodio que –sin ser sobrenatural del todo- deja flotando en el aire la sugestión de algo maligno en esa presencia animal que se introduce en la vivienda de noche: un animal común en la zona pero descomunal por su tamaño y también por su conducta, porque “Yo no había escuchado nunca que se meta un bicho así a la casa”, declara.



Romelia Elisa Escudero (Puesto la Josefa)

Romelia Escudero, nacida en Ramblón y que habita actualmente en “La Josefa”, en el puesto “El baldecito”, narra cómo es su vida en esa zona, dedicada a los quehaceres del campo. Tuvo a todos sus hijos, sin asistencia médica y sin ninguna complicación y se muestra totalmente

arraigada a su lugar natal, tanto que declara que nunca se irá de allí. Acepta con total naturalidad tanto las realidades cotidianas como lo que podría aparecer como extraordinario:

Luces malas no hi visto nunca allá, pero brujas sí han pasao por mi casa, las hi sentío ¿Y qué voy a hacer? Nada. Sí, me daba miedo. Por áhi antes, cuando ellos [sus hijos] eran chiquitos, se me salían a medianoche las cabras del corral me iba a volverlas, las volvía, a pesar del miedo que tenía. Así que las traía y las encerraba y me volvía.

De este modo, da a entender una peculiar manera de enfrentarla vida en esas soledades. Puntualmente, relata que en una ocasión, cuando estaba acostada, sola con sus niños, se metió un vizcachón enorme en la casa y como había viento, se apagó la luz, el candil que tenían, porque no existía luz eléctrica. Y al verlo entrar "¡se me vinieron tantas cosas a la cabeza!" –comenta. Pero a pesar delo extraño de la aparición, nada altera su calma de mujer hecha a enfrentar la vida con toda su carga de exigencias. La anécdota completa se relata en el material complementario

También como otros integrantes de este "bestiario del desierto" pueden mencionarse gallos y gallinas que aparecen en medio del desierto, muy lejos de cualquier puesto. O la presencia del "pájaro dormilón" o atajacaminos, aves nocturnas de mediano tamaño y muy particulares, ya que tiene la cabeza grande con un pico pequeño y una boca enorme. Tiene alas grandes y largas y larga cola negra terminada en una punta blanca. También sus costumbres son extrañas, ya que hacia la hora de crepúsculo suelen situarse en los caminos para salirles de improviso a los caminantes o aparecer de pronto entre las patas del caballo. De esta forma, demoran el regreso a casa de los viajeros.

Acerca de sus hábitos se cuentan diversas leyendas y se lo relaciona con el cacuy, y la gente suele decir que si se come carne de este pajarito se adquirirán sus características: la persona no dormirá más de lo habitual sino que permanecerá somnoliento todo el día.

Narciso Sosa, en un cuento titulado "La niña de blanco", incluido en *Por los caminos de entonces*, y al que nos referiremos luego, presente la atmósfera con connotaciones casi mágicas en que aparecen estas aves:

Va cerrando los brazos la noche. Tenuemente termina el día. Es hora en que los pardos ataja-caminos burlan al viajero confundiendo sus alas y su cuerpo con el pisoteado tranquito de una rama seca. Cuando el curioso está muy cerca, el señor de los caminos se levanta en zigzagueante vuelo para posarse muy pronto a sus pies (1943: 95).

Por su parte, Fausto Burgos en un cuento incluido en *Nahuel; Relatos mendocinos* y titulado precisamente "El atajacaminos" (bien que situando el hecho en el sur mendocino) da cuenta de la metamorfosis de una mujer, la Rosario, en el ave, a causa de su sufrimiento y propone una explicación a su extraña conducta:

[...] el Tomás se la llevó a pie, cuesta arriba. Era un día de nevazón [...] De noche, la pobre tuvo miedo [...] a que la tapase la nieve y a no dar con la huella abierta... Y esa noche, que era de nevazón, el Tomás la dejó sola. La Rosaura no volvió a su rancho, pero al otro día apareció en la figura de este atajacaminos... Desde moza lo he visto yo; siempre se plantaba delante de los hombres que venían a caballo, para ver si topaba al Tomás (1929: 60-61).



Los Altos Limpios

### Las “presencias” del desierto

Hay algunas leyendas que requieren imprescindiblemente el desierto para materializarse. Así por ejemplo, las dificultosas travesías de Mendoza al sur, como la Pampa del Sebo, son escenario propicio para algunas presencias como la de "La enancada", que Exequiel Ortiz Ponce recopila en su *Mendoza legendario*; esta “fantasma” es análoga a “La viuda”, tal como se la conoce en diversas regiones argentinas.

También en la zona del secano lavallino pueden oírse algunas versiones, como la suministrada por Cándido Báez, llamada “La mujer enancada”:

Hay una viuda ahí, hay una calle que sale ¿cómo se podría explicar? Al norte y otra que va de ahí, del poniente al naciente, topa y ahí, viste, siempre salía una mujer viuda que vestía todo negro. Gente que pasaba por ahí se le ponía al lado o se le subía al caballo. Si va a pie al lado y si iba a caballo se subía en ancas atrás y claro, una vuelta, viste, había un tío de nosotros que venía a esperar una hija ahí, porque tenía miedo la hija de pasar por ahí. Y justo estaba enfermo e las muelas y cuando el hombre estaba llorando del dolor de muelas, sentado en el tronco de un tala, hay muchos talas allá, y que le dice una señora qué le pasa, señor y casi se murió porque creía que era la viuda ¿viste? (en Mortarotti, 1995: 25).

El núcleo esencial es, pues, la aparición de una figura enigmática que acompaña un trecho a un viajero en medio del desamparo de la noche, generalmente en una desierta travesía, exigiéndole con su presencia algún tipo de manifestación de dominio de sí, con lo que podría relacionarse con las ya mencionadas “ordalías de valor” y arrojar alguna luz sobre las ocultas motivaciones que pueden quizá situarse en el origen de esta leyenda. De cualquier modo, esta mujer vestida de blanco acompaña silenciosamente a los jinetes hasta llegar a un lugar habitado.

Esto es así porque esta “presencia” necesita de la soledad de los campos y no ha podido trasponer la barrera que representan los oasis poblados. Algunos de los elementos de esta leyenda, como el color blanco, parecen reaparecer en un testimonio recogido en La Asunción: la blancura, la soledad del camino, el profundo silencio de la noche... En efecto, Humberto nos

relata cuando, en una noche de invierno, sintió un escalofrío en su espalda y al mirar de reojo vio una "cosa blanca". De más está decir que "salió disparando".

Podemos relacionar su estado de ánimo con lo que narra Pedro Corvetto en *Tierra nativa*, en un capítulo titulado "La sombra del camino". Este relato juega con la honda impresión que ejercen la soledad, el silencio y la noche; en este caso, el protagonista -un joven "de ciudad"- "experimentó entonces que la garra del miedo, un miedo absurdo y sin límites, le llenaba la cabeza, le hacía estremecer sus fibras". El trayecto que debía recorrer era corto, pero más oscuro -si cabe- que la noche: "A su izquierda, algarrobos, espinillos y chañares, extendían sus ramajes bordeando el camino; al costado opuesto, sobre pequeña elevación, tupida alameda [...] cercaba los primeros potreros" (1928: 83).

¿Qué inconsciente mecanismo psíquico se activa en tales circunstancias? ¿Qué ancestrales pensamientos acuden entonces a la mente de un hombre, y se materializan en imágenes semejantes a las de los sueños? Precisamente la analogía onírica nos remite a las teorías de Carl G. Jung quien, en *El hombre y sus símbolos*, en el capítulo dedicado a los símbolos de la trascendencia, habla del "viaje solitario o peregrinación". Si bien se refiere a una experiencia que tiene su manifestación en el dominio de los sueños, algunas de las reflexiones del psicoanalista tocan una suerte de núcleo mítico que puede hacerse extensivo a nuestro tema. Esto es así porque las leyendas indudablemente brotan de algún recóndito mecanismo común a toda la humanidad, lo que explica su regularidad y extensión.

Dice Jung acerca de esta "peregrinación espiritual", que en su transcurso "el iniciado entra en conocimiento con la naturaleza de la muerte", pero no la muerte entendida como término o juicio final, sino como renunciación y expiación; este itinerario es "presidido y mantenido por cierto espíritu de compasión" (1976: 150-151). Este espíritu se suele representar con una figura femenina "suprema", una "maestra", que Jung equipara al anima. Esta presencia no es, pues, de signo negativo, como tampoco lo es de suyo la aparición en las leyendas relatadas; sólo adquiere tal connotación en relación con una "prohibición transgredida": el hecho de volverse a mirar a la figura que se presiente, ocasiona un castigo. En las distintas tradiciones se conserva memoria de hechos análogos: la mujer de Lot convertida en estatua de sal, en la Biblia; Orfeo que pierde a Eurídice por contemplarla antes del regreso a la superficie terrestre...

Entonces, la travesía por los campos desiertos se relaciona con la idea de prueba y purificación de los sentidos a que nos hemos referido a propósito del "viaje solitario", viaje en cierto modo iniciático, en el que la superación del temor, además de la obediencia a algún mandato expreso o implícito, es prenda de madurez o de algún bien espiritual.

Quizás algún resabio de estas formas de pensamiento primitivo resulte activado por la honda sugestión de los campos desolados, propicios al misterio. Lo cierto es que si se encuentra una caja grande en medio del campo, no hay que acercarse ni detenerse a mirar, porque de lo contrario...

También se habla de la presencia de "duendes", como el que se relata en una grabación obtenida en la zona del secano lavallino, titulada "Los duendes de la noche", que figura completa en el material complementario de este trabajo, tal como nos fuera relatada por Maricel Georgina Jofré:

Esto me pasó una vez, para un 8 de agosto, cuando comenzaba la novela de San Roque en lo de don Cipriano Nieva.

[...]

En eso empecé a sentir que balaba un corderito o un chivito, un animalito de esos... de a ratos más lejos, por ahí más cerca... Pero y o presentí algo, porque se me crispaba la espalda cada vez que lo sentía.

Le eché más leña al fuego y me acosté. Estuve un rato despierto y ese bicho me balaba, parecía que se me metía en los oídos el balido...

En eso no supe a qué hora me he quedado dormido. De golpe me despertó la bulla: parecía que lo tenía encima, y ya no era un balido, era el llanto de un niño recién nacido.

En el instante pensé que estaba en una pesadilla, abrí los ojos, miré bien y sentí que el peso y el llanto lo tenía sobre mi pecho. Saqué la mano para sacarlo y se la metí en la boca.

Y sí, era un niño. No tenía ni un diente.

Pero... ¿por qué un niño en el medio del campo?

[...]

Cuando me acosté, volvió a balar el bichito en la misma dirección. Entre mí pensé: -Me voy a quedar despierto. Y en ese preciso instante, me volví a dormir. Y de nuevo me desperté con la misma escena: el balido estaba sobre mí.

De un salto, me levanté con el puñal en la mano, que siempre acostumbro ponerlo donde yo duermo, y grité: -¿Serás el diablo que me querés asustar?!

[...]

Y desde ahí, nunca me ha gustado quedarme solo en una parte de esas, porque después me han contado que en ese lugar asustan los duendes.

“Duendes” les llamamos, o les llamaban antes, a los niños que mueren sin que les echen el agua del bautismo: se mueren y los entierran en cualquier parte. Dicen que allí vivían mujeres a las que se les morían los niños y los enterraban así, en cualquier lado. Por eso asustan.

El lugar se ubica cerca de la cantina vieja, partiendo de Lagunas del Rosario hacia Media Agua, de San Juan.



Maricel Georgina Jofré

Víctor Albino, chofer durante muchos años en la zona del desierto, que llevaba a los niños de las diferentes escuelas de puesto en puesto, en diálogo con Rogelio Aguilera, relata lo siguiente:

Tuve algunas experiencias bravas que en ese momento me tomaron por sorpresa, en ese momento en que iba de El Forzudo a Arroyito, durante el día, tipo cinco de la tarde. Recuerdo bien esa experiencia: en lo que iba por el camino, veo a una persona que iba a salir a la huella, a la picada (entonces, si alguna persona quería salir, para ir al pueblo, a Catitas o San Martín, nosotros lo transportábamos, lo sacábamos de ahí, entonces era algo normal). La vi así a lo lejos que caminaba a la picada hacia donde yo iba, y había una planta de algarrobo que se destacaba de las otras, más grande. Yo lo veo y digo: Bueno, él va a salir a la picada por atrás del algarrobo ese. Y me pareció extraño así que mermé un poco la velocidad porque digo. No vaya ser que esta persona se baje de repente. Mermo la velocidad y cuando voy llegando a la planta esa, el algarrobo grande, la persona no bajó, sino que miro e iba de vuelta, pero no tenía la misma ropa. Yo veo un hombre que vestía como si fuera un trabajador, un puestero, y cuando llego al algarrobo lo veo para adentro unos doscientos metros. Lo tremendo, lo que me hizo disparar ¡volaba camioneta por la picada esa! fue que cuando una persona quiere mirar para atrás gira el torso, pero este giró la cabeza ¡tan fuerte! Y cuando gira la cabeza se sonríe... La sonrisa que hizo esa cosa... es persona... (todavía me corre frío) me dio miedo, un miedo brutal. Ahora llevaba una capa, y si me pregunta si era azul, negra o roja, no me acuerdo, pero la capa la tenía enganchada en los hombros el hombre y tenía sombrero.



Víctor Albino

Cuando yo lo vi a él que bajaba, no tenía sombrero...Pero lo que me mató, lo que más me impresionó fue que girara la cabeza y se sonriera, con una sonrisa como de burla, más que todo de burla, como diciendo ¡ah! ¿te asustaste?, una cosa así...

Eso fue disparar hasta llegar a Arroyito donde me encontraba con otro chofer, fue increíble... Le conté a la gente de El Forzudo, les pregunté si ellos sabían pero guardaron silencio. Se miraron entre ellos y ahí quedó. Ya la mirada de ellos no me dio para seguirles preguntando.

A la izquierda estaba el puesto de Rogelia Camargo. Pero a mí me salió de la derecha, del campo, como viniendo del río, digamos, y los montes bajos, ahí hay una pampa... Entonces era muy visible la persona [...]. (Grabación completa disponible en el material complementario)



### La "luz mala" y las "ánimas en pena"

"En las tertulias que mantenía con los 'viejos' el pueblo, verdaderos sabios por todo lo que guardan en su interior, aprovechaba para robarles sus historias"

**Rogelio Aguilera.** "A mi pueblo de Asunción", (en *Poemas de arena...*, 2008: 30).

Una atención preferencial reciben, en la mentalidad popular, aquellos seres cuya vida desgraciada concluyó con una metamorfosis que les permite seguir vagando por lo que fuera el escenario de sus desdichas, buscando satisfacer su sed de venganza o, cuanto menos, participar su dolor a los hombres.

Por ejemplo, en *La cabra de plata* leemos:

Uno de los hacheros habló de "la luz mala" que se aparecía cerca del Quebracho Herrado. Y siguió en su porfía de ver en tal luz a un alma en pena: -porque según dicen ahí mataron a un turco mercachifle y desde entonces pena su ánima...

Quiso el profesor, como científico, aclarar lo que en realidad era la tal "luz mala". –Se trata de una simple fosforescencia generada por materias orgánicas en descomposición [...] –Es un alma en pena –le respondió más que seguro un hachero –¡y esto lo saben todos! (1978: 142).

Así, nacen algunas leyendas ornitológicas, que dan cuenta de la transformación en ave; generalmente las protagonistas de este tipo de experiencia son mujeres: desde Filomela, el ruiseñor de la mitología griega hasta el cacuy de la leyenda americana, recreada por muchos escritores (como William Hudson en el inolvidable cuento "Marta Riquelme"). Ya mencionamos algo de ello en la referencia al ataja caminos.

El motivo del abandono, en este caso en estrecha relación con el desierto lavallino, reaparece en un cuento de Juan Draghi Lucero, de *Cuentos mendocinos*, titulado "El balde de las ánimas", en alusión a un pozo seco en medio del arenal, que da cuenta de los desesperados intentos de un hombre por encontrar agua, aun a costa de su vida y la de su mujer. El empecinamiento del protagonista en su lucha contra la implacable hostilidad del medio trae aparejada la desgracia: el hombre sufre un accidente mientras cava inútilmente; la mujer queda sola, desesperada, y perece también en medio de la soledad, sin haber podido hallar auxilio.

La sed y la falta de amparo humano son las maldiciones inherentes a esos "campos amargos" en que Draghi Lucero gusta situar sus relatos. Así, un motivo legendario universal adquiere un matiz acendradamente comarcano. Hay además una sabiduría ancestral implícita en este caso desgraciado, tal como la expresa el narrador: "[...] el hombre seguía enterrándose en aquel pozo en la inmensa soledad de los campos y el agua no aparecía. Para cavar un pozo en los desiertos, buen tino hay que tener" (1964: 37). El paisano, el hombre de campo lo sabe: cuanto más inhóspito y salvaje es un territorio más exige respeto y prudencia; en su desolación está escondido el castigo a cualquier desmesura, al modo de la tragedia griega.

Además, el desierto asume en este cuento esa connotación laberíntica a la que ya nos habíamos referido anteriormente; en este caso quien lo padece es la mujer que, habiéndose quedado sola, con su marido enterrado en la arena, quiere encontrar el camino de regreso:

Al trocete de su yegua llegó a lo alto de un médano y desde allí comenzó a enfrentarse a las lejanías. Se detuvo indecisa. ¿Para dónde quedaba su casa? Ella no fue nunca habilosa para orientarse en los campos y ahora, ahogada en las amarguras, menos podía elegir su norte. La inmensidad, siempre igual, se extendía a los cuatro vientos (1964:41).

En el desierto lavallino se registran varios relatos relacionados con "la luz mala", esa extraña luminosidad que de pronto suele aparecer en medio de la soledad de las noches campesinas. Transcribiremos uno de ellos, muy breve, informado por Lorenzo Jofré, del Puesto El Alpero:

Bueno, la luz mala [...] se ve mucho allá en San José, donde vive la Dominga [...] cerquita hay un médano que le dicen el Alto de la Chacona y de ahí sale una luz [...] se va, anda por todos lados y se vuelve ahí a los médanos [...] debe ser la luz mala, tiene como una bola así lleva la luz (Mortarotti, 1995: 25).

Llama la atención igualmente la reflexión que hace al respecto Rosa Guardia, enfermera de La Asunción: "Y la luz mala, esa, qué sé yo, dicen mucho que son la fosforescencia de los huesos, pero no sé hasta qué punto puede llegar a ser eso" (ídem: 25). Para el lugareño es presencia viva, manifestación de alguna oscura voluntad de la tierra: "Y la luz es mala dicen, porque pierde a las personas en el campo y si la mira mucho lo pierde, no sabe pa' donde se va. Por eso le dicen la luz mala" (ídem: 26). Incluso se cuenta la anécdota de un camionero que, curioso, quiso averiguar de dónde provenía; se bajó del camión y dejó que su compañero siguiera solo:

Y bueno, y dicen que el otro hombre que había seguido, al ver que no lo alcanzaba se paró y se volvió a buscarlo. Después lo encontró en el camino y mudo, y que no habló más, se murió. Y no habló más y no supieron qué le pasó ni nada (ídem: 27).

Entre los relatos recopilados que incluimos en el apéndice hay uno que se refiere concretamente a este fenómeno tan particular: es la entrevista realizada a Javier Agüero, de El Retamo.



Javier Agüero

Ahí, cuando ya se venía del finao Bernardino cano, aquí cerquita al puesto que le digo...cuando me hace la luz así, me enfocó adelante. ¡Cómo sería que yo nomás le quité el cameo a la mula y endilgué la mula para el puesto del finao Bernardino, para llegar ahí, ¿viste?

Y bueno pues: la luz continuó otra vez, por la costa del camino, ahí cerca del finao Bernardino pal oeste., hay esa pampa grande... Ahí en la orilla de pampa, ahí alumbraba la luz, grande... y volvía chiquita... grande y se achicaba... Grande como si fuera una lámpara de aquellas de aquel entonces que eran a kerosene –Petromac las llamaban- y entonces, bueno, como ser... digo... no llegué nada al puesto, pasé nomás de largo.

Cuando pasé de largo acá en la punta de la cancha del avión que hay aquí en El Retamo, cuando me vuelve a hacer así la luz, otra vez.

Y yo ya venía por la sendita directo para acá, para mi casa. Entonces, ahí nomás lo que hice yo: saqué la 45 y la puse bala en boca y me la coloqué ¿ve? Acá, porque no había otra... si no, tenía que ir al Retamo.

Encaré por la huellita derecho para venir acá, a mi casa. Y ahí en el bajo ese, donde vive el Daniel Barroso, ahí lo que es un bajo redondo, la luz se achicaba y se hacía grande para arriba, así... se achicaba y se volvía a hacer... Alumbraba mucho.

Bueno, encaré nomás yo, por la huellita que venía, y no nos juntamos, de ninguna manera nos juntamos. Ahí pasé ¿vio?

[...]

Cuando pasa esa pasa esa parte de ahí la veo yo para el lado del este que iba la luz ya. Se pasó para allá y hasta que llegué a mi casa acá, porque entonces no había esa montaña, pues, yo la vi a la luz, iba allá por aquella parte allá: chiquita... grande... chiquita y grande... ¿usted sabe? Y se perdió allá, por el lado del campo, allá, por el lao...

[...]

Sin embargo, se niega a considerarla "mala":

Así que no se sabe qué... qué sabía ser esa luz... Le llamaban "luz mala" pero de mala para mí no tenía nada, porque a nadie... sino que... claro, por supuesto, ver la luz en el campo y te sorprendés. Pero... Cosas que haya hecho la luz, nada.

También esta leyenda de la "luz mala" -tan difundida- adquiere una modulación regional, pues en la zona del desierto lavallino existe la creencia de que "aquel a quien se le aparece debe seguirla, y en cuanto se va para abajo, allí mismito, en ese lugar, hay que clavar un cuchillo y después volverse a las casas sin mirar para atrás". Al día siguiente, se debe regresar al sitio a buscarlo, armado de una pala, y cavar y cavar... porque "seguro, encontrará un 'entierro' de oro y plata".

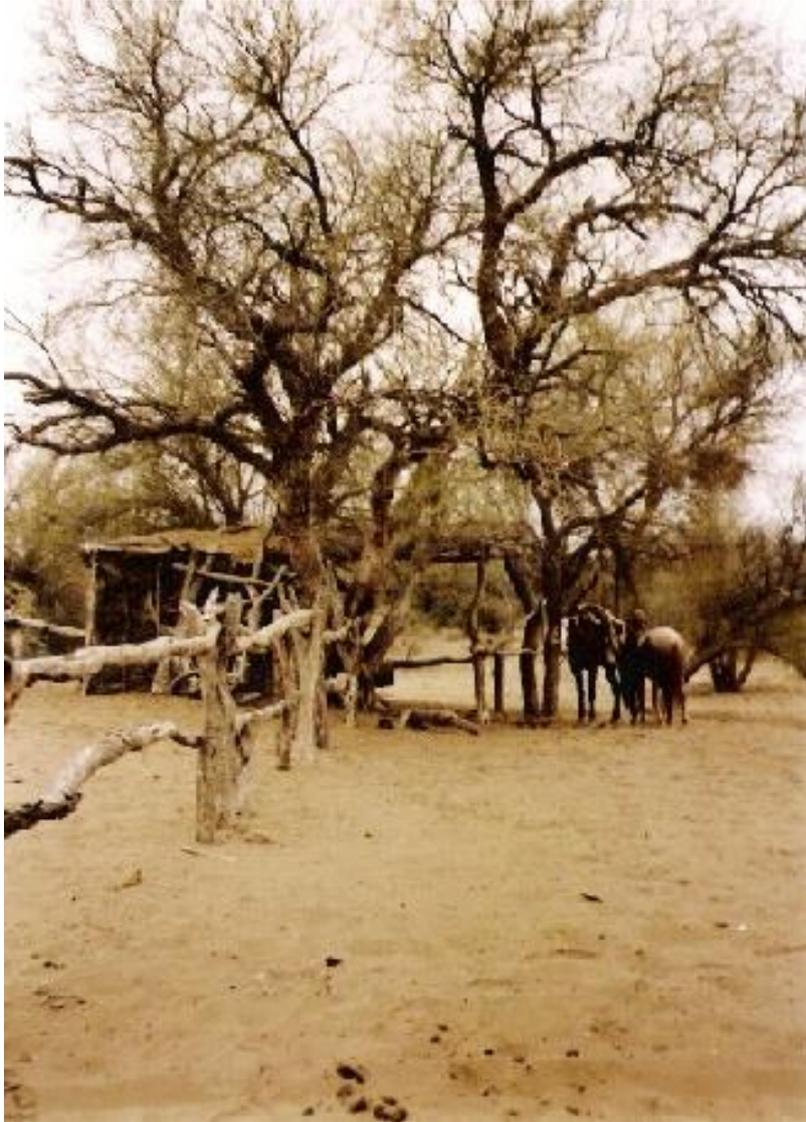
Es creencia común en la zona la existencia de tesoros enterrados. El fundamento de tales suposiciones es la gran abundancia de bandidos que transitaban los arenales buscando esquivar la persecución policial. Ante el peligro de ser descubiertos, o para aligerar su marcha, optaban muchas veces por ocultar sus tesoros en algún sitio bajo tierra. La muerte o la imposibilidad de reconocer el lugar en la inmensa monotonía del desierto hizo que muchas de esas riquezas no fueran halladas, y los lugareños piensan que aún duermen en medio de la arena, esperando al afortunado que sepa llegar a ellas.

En *La cabra de plata*, novela ambientada en las lagunas de Huanacache (como ya se dijo), Juan Draghi Lucero reelabora esa tradición, atribuyendo la posesión del tesoro a un "Gaucho Lima", famoso bandolero que -al modo de Santos Guayama o Juan Bautista Bairoletto- la imaginación popular ha rodeado de un halo de veneración; él mismo se aparece en busca de auxilio para su alma penante:

Anoche, no vengo y sueño con el gaucho Lima que se bajaba de su caballo y entraba a la resolana. Muy pensante, se dejaba estar en su ser [...] El que supo ser el dueño de esta gran casa y del que se dijeron un mundo de cosas. Cuasi me atrevo a pensar que está pidiendo misas [...] Por los pecados que cometió en vida. Por los tesoros que robó. Los sueños con las ánimas son avisos del Cielo, escritos con otras letras que sólo saben descifrarlas los que "saben las artes" (1978: 265).

La mención de "la resolana" orienta la búsqueda y finalmente el protagonista encuentra el "tapado": una tinaja repleta de monedas de oro y plata que desentierra, no sin antes sufrir angustias varias, entre otras el terror de considerar si el difunto no volvería a reclamar su

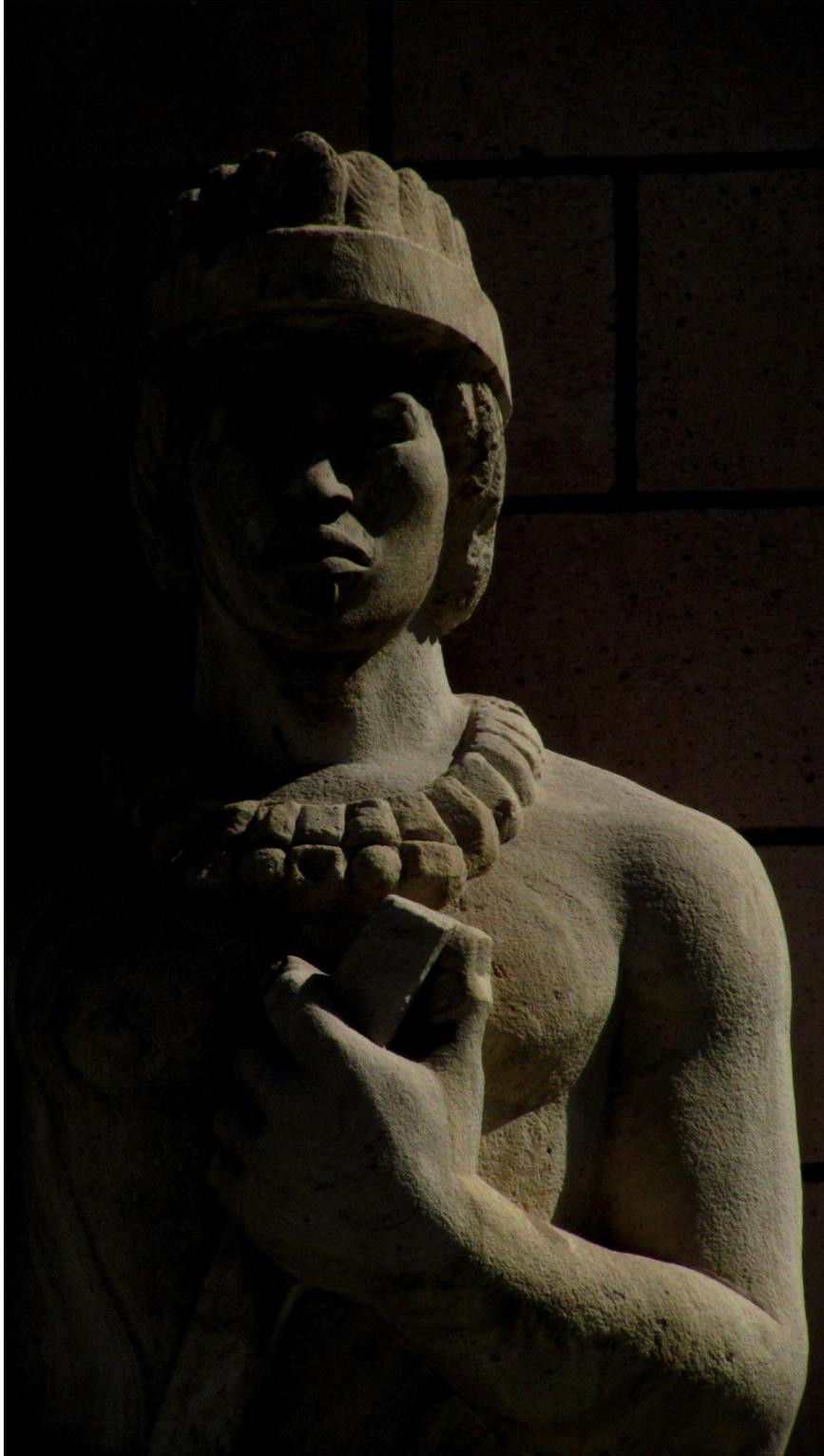
propiedad y otras menos fantasiosas pero aún más peligrosas si cabe: el riesgo de ser picado por alacranes y arañas que, a modo de mitológicos guardianes, surgen del pozo.



Lagunas del Rosario

### **Un pasado indígena y heroico**

Esta tierra esconde increíbles pervivencias huarpes.



Monumento al indio (Guaymallén, Mendoza)

La vida cotidiana de los pueblos originarios se desenvolvía tranquila en estrecha relación con el medio. Trabajaban la cerámica fina y fabricaban vasijas y cacharros a los cuales pintaban con figuras casi siempre de formas geométricas.



También fueron cazadores, agricultores y recolectores. Usaban el arco y la flecha para cazar guanacos, liebres y ñandúes. Pescaban y cazaban patos y otras aves acuáticas. En la zona de Huanacache utilizaban balsas hechas con junco o totora fuertemente atados que impulsaban con una larga vara que manejaban parados en su parte posterior. Pescaban con una lanza. También cazaban patos: ponían una calabaza en su cabeza y se introducían al agua, al acercarse un pato, lo tomaban y sumergían velozmente sin hacer ruido. Cultivaban la papa y el maíz de manera rudimentaria, aunque Recolectaban frutos, especialmente el del alpataco, una de las especies de algarrobo y otros vegetales.

Muchos restos de esta forma de vida yacen en los arenales, sepultados a veces por el viento que traslada enormes masas de arena; otras veces, por la misma causa (o quizás por otras mucho más ocultas, como el deseo del a mimia tierra d exhibir sus tesoros) afloran a la superficie.

Tal es el germen inicial del “caso” que nos refirió Heber Pérez, de Lagunas del Rosario. El título que hemos dado a su relación es “La conana”, en alusión al mortero que utilizaba los huarpes, pero bien podría haberse llamado “Los guardianes del médano”, como se verá a continuación:

Íbamos caminando, contando historias, cosas de la vida que nos suelen pasar... Yo estaba a punto de ser papá; entonces le contaba lo difícil que iba a ser, una vez que naciera mi hija, seguir trabajando en la escuela albergue, ya que al parecer era mi lugar en el mundo: Lagunas del Rosario, en esa escuela y bueno, enseñando-

Entonces charlando, caminando, llegamos al médano y empezamos a encontrar restos de cerámica antigua, puntas de flechas hechas de piedra, y en un momento vemos un trozo de cerámica grande, y entonces comenzamos a desenterrarlo. Sacamos un trozo de cerámica y también encontramos un elemento de piedra, que era una conana, donde se maja el maíz, donde se muele el maíz.

Entonces la alcé y le dije: Esto me lo llevo para el museo de la escuela. En ese momento en la escuela estábamos haciendo un museo con otro maestro y las cosas que íbamos encontrando en esas caminatas que hacíamos las íbamos colocando en el museo de la escuela.

Bueno, seguimos caminando, subimos un médano, y al poco caminar, en la misma zona, encontré la mano, la mano de majar de esa conana. Estábamos contentos de lo que

habíamos encontrado No, no todos los días nos encontrábamos esos elementos enterrados ahí en la arena.

Entonces, bueno, decidimos seguir caminando a ver si podíamos encontrar algunos restos más de esos elementos, puntas de flechas, cerámica...

[...]



Heber Pérez

En eso empezamos a escuchar los dos que gritaban y se escuchaban niños que jugaban. Empezamos a mirar. Estábamos muy lejos de la escuela. Entonces era imposible escuchar los ruidos de los niños jugando. Así que empezamos a asustarnos un poco. Yo seguía con la conana en el brazo y la mano de majar, y él en un momento me dice: -¡Soltalo!

El desenlace de esta historia vivida por dos maestros de la zona del seco puede escucharse o leerse en el material que complementa la presente investigación.

Recuerdos de un pasado que todavía pervive, a su modo en la imaginación de los habitantes del desierto, como nos relata "Cano" González, de San José de Las Lagunas.



“Cano” González

Y habrán pasado unos veinte minutos de la tormenta cuando he sentido, entre la tormenta y el agua, un jinete que venía del naciente.

Yo digo: -Debe ser otro que también lo ha pillado el aguacero para allá, para el lado del puesto Quiroga, como también hay puestos para el sur, a unos cuatro kilómetros.

Yo digo: -Debe ser uno que también le viene disparando a la tormenta, buscando un refugio por ahí. Se sintió muy cerca el tropel del caballo, muy cerca... muy cerca... Y cuando quise ver se me apareció a unos treinta metros más o menos, para el lado norte, digamos, de donde yo estaba.

Y bueno, ahí también hizo lo mismo que yo: dio vuelta el caballo y se quedó también debajo de un retamo. Y tampoco no me da la cara... Él se queda así... Se queda así, se da vuelta y se baja del caballo y se queda el caballo mirando hacia la cordillera, cruzado así, como lo tenía yo, y también se pone así, tal cual como yo estaba.

Lo único que me di cuenta que no era gente, digamos, que andaba buscando refugio porque la vestimenta que traía no era como andábamos nosotros ahora en la actualidad, así que estaba así –se veía entre la lluvia- con un manto, como un poncho tirado de arriba abajo, nada más, no tenía otro vestuario abajo y en la cabeza no traía sombrero, no traía nada, así nomás.

Era de pelo largo, anda más, pero no traía nada puesto en la cabeza.

También circulan entre los arenales las figuras, entre la historia y la leyenda, de antiguos caudillos laguneros, cuyo recuerdo atesora la memoria popular:

De niño, había trabajado en los quehaceres del campo con su padre, acompañándolo en cada ocasión que podía. En esas salidas había consumido y memorizado cada uno de los relatos y tradiciones que los “antiguos”, como él los llamaba, le regalaban en interminables tertulias a la luz de los fogones que realizaban cuando salían a cazar. De a poco fue conociendo miles de secretos de su pueblo y de sus personajes. Las mejores leyendas heroicas de “Martina Chapanay”, de Santos Guayama y sus bandidos, del verdadero significado de la palabra Guanacache, de la forma de vida del lagunero, de sus costumbres,

de su existencia, de su triste extinción... (Rogelio Aguilera, "Madre Tierra", en Aguilera 2008: 125).

Se produce así un fenómeno muy interesante, como es el de las canonizaciones populares.

### Canonizaciones populares

Usualmente, la aparición de las almas en pena se asocia con algún ser humano que murió en forma violenta, trágica e injusta, quien por este motivo no encuentra paz para descansar eternamente. Por eso es muy común observar a la vera de nuestros caminos cruces señalando el sitio donde se produjo algún accidente fatal. Y también es costumbre que estos rústicos monumentos funerarios aparezcan el lunes, día de ánimas, cubiertos de flores y velas, en sentido de súplica o de pago de alguna "manda"; un mecanismo similar es el que ha "canonizado" a la Difunta Correa o a María Soledad Morales.

La motivación que guía al pueblo en su devoción a esos "santos" lugareños es conseguir alguna gracia que ponga remedio a sus múltiples necesidades, por eso elige como intercesores a seres semejantes, tan pobres y sufridos como ellos mismos. Y como a menudo el ruego es oído, le retribuyen al taumaturgo con ex-votos, dando de este modo cumplimiento a una antigua tradición. Las ofrendas pueden ser de muy diverso tipo y se relacionan bien con la naturaleza del pedido, bien con las circunstancias de la vida o la muerte del intercesor.



Cementerio de Las lagunas del Rosario

Muchas veces el tipo de ofrenda tiene que ver con los gustos o las necesidades del difunto. Por ello es que a Deolinda Correa, muerta de sed, se le obsequian recipientes con agua. Y en el cementerio de La Asunción existe una tumba donde pueden observarse botellas de bebidas alcohólicas y tabaco: allí reposa un gaucho al que se le atribuyen curas milagrosas y otros favores.

Uno de estos casos es que se registra en el cementerio de La Asunción, donde se venera la memoria de Tiójiilo Lucero, a quien en vida se le atribuían curaciones milagrosas: Dios curaba

por su intermedio. Al morir, fue enterrado –según la creencia- con los pies hacia la cordillera, para lograr la protección de Hunuc Huar, divinidad huarpe sobre los que quedan vivos.

Había venido de Gustavo André y sus curaciones exigían ante todo la fe del paciente; así por ejemplo, era común su recomendación, ante una lesión: “No te mirés por dos días”. Y la sanación llegaba. Como pago solo exigía un vaso de vino o algún cigarrillo. Y esos objetos se siguen acumulando en su tumba, porque su fama de taumaturgo continuó después de su muerte. Es tradición que al morir de neumonía anunció que llovería cinco días seguidos, cosa insólita en el desierto, y así ocurrió. Pero no es la única ofrenda que recibe, ya que su intercesión sigue recibiendo reconocimientos diversos

En su lápida se encuentra una inscripción que da cuenta del cariño que supo ganarse en vida.



Cementerio de La Asunción

En relación con estas canonizaciones al margen de la Iglesia, Félix Coluccio apunta que "Existe en el país una verdadera constelación de 'gauchos milagrosos', que la devoción popular ha entronizado y elevado, en muchos casos, a la categoría de verdaderos 'santos'" (1995). En general, presentan una serie de rasgos comunes: han tenido problemas con la justicia; alrededor de ellos se ha tejido la leyenda de que robaban a los ricos para ayudar a los pobres; su valor y su astucia sobresalían del común y muchos de ellos murieron en trágico enfrentamiento con alguna partida policial. Precisamente este hecho es el que termina de despertar la conmiseración del pueblo, y posteriormente la fama de las "virtudes" con que se adornó en vida se transforma en una devoción que ve en ellos auténticos taumaturgos a quienes se atribuyen "favores recibidos" y "curaciones increíbles" (1995: 7).

En nuestras tierras cuyanas tenemos el caso curioso de Santos Guayama o Huallama, cuya imagen se venera en la Capilla del Rosario de las Lagunas, bajo la apariencia de un San Roque totalmente ortodoxo, aunque con sombrero gaucho. La historia dice que este bandido del siglo XIX, perseguido, fue a esconderse en las lagunas. Allí protegió y ayudó a los laguneros, y cuando murió, el pueblo quiso venerar su memoria haciéndole una estatua que perpetuara su figura. Pero como era un delincuente "decidieron tomar la figura de San Roque, lo cubrieron con una capa y le pusieron sombrero criollo. Para la ley era San Roque, para los laguneros es y seguirá siendo el Santo Guayama, el más más vivado de la procesión".



San Roque "Guayama" – Procesión en honor de la Virgen del Rosario  
Lagunas de Huanacache

Según Lucio Funes en un artículo publicado en la *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Guallama había nacido en San Juan -posiblemente de padre desconocido- y fue recogido cuando niño por la familia Echegaray. Un suceso desgraciado aunque no completamente reprochable lo puso, aún muy joven, fuera de la ley. Fue cuando hizo fuego contra unos asaltantes que habían entrado a la propiedad de su padre adoptivo.

Semejante acontecimiento, el temor al castigo, el miedo de verse preso y encerrado en un calabozo, como presunto victimario, indujo al muchacho a escaparse, en busca de un seguro refugio, ocultándose posiblemente en las lagunas de Huanacache, lugar en aquella época, inaccesible a las investigaciones policiales ("Guallama". En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Mendoza, Tomo XI, 2º trimestre 1938: 152-153).

Años después, cuando este delito ya había caído en olvido, reapareció en los campos de Cuyo al frente de una gavilla de bandidos que atacaba a las mensajerías y a las tropas de carros o exigía tributos a los alejados vecindarios, como dueño y señor del desierto.

Acerca de su audacia y valor se cuentan numerosas historias, como así también, de la atracción que ejercía sobre el espíritu ingenuo de los paisanos. Era también un hombre ingenioso, que gustaba de gastarles bromas a sus víctimas: en una ocasión, disfrazó a sus hombres de soldados, para poder acercarse a unos viajeros a los que ofreció escolta... para poder robarles luego con mayor comodidad. Acerca de su extraordinaria presencia de ánimo se relatan historias como la siguiente, que relata Carmen Guiñazú de Berrondo en *El búho de la tradición*:

En muchas ocasiones mientras sus hordas se despachaban a su antojo en los despoblados, él, jinete en su soberbia mula con equipo de arriero, llegaba a las villas, apeábase a la puerta de la más concurrida pulpería y, tranquilo como pacífico viandante, participaba de la tertulia de los vecinos, en la cual, la conversación, no pocas veces, versaba alrededor de su nombre y de sus hechos (1924: 131).

Se cuenta asimismo que en más de una ocasión jugó a los naipes con señores y autoridades de la Villa de San Francisco del Monte, los que resultaban víctimas de su suerte o de sus trampas. "Después de una noche de grata sociedad, el seudo y ameno viandante retirábase, sin cumplimientos de despedida, bien provistos los bolsillos de bolivianos y al tanto de los planes para su captura" (idem: 132)

Su tropa estaba organizada militarmente, dividida en compañías con sus respectivos capitanes, lo que da cuenta de su talento. Estos "guayaminos" llegaron a ser el terror de los viajeros aun después de la muerte de su jefe. También participó Guallama en la montonera de Varela e intervino en los avatares políticos de la región:

En las elecciones reñidas que tuvieron lugar en el Departamento de Lavalle -que se denominaba entonces "El Rosario"- Guallama bajó de Las Lagunas con parte de su tropa, pesando en forma decidida sobre el resultado de las mismas, lo que demuestra que el bandido no estaba huérfano de amigos en el mundo de la política local (Funes, 1938: 153-154).

El centro de sus correrías fue -como ya se dijo- la zona de las Lagunas, debido a su peculiar situación geográfica; señala Rolando Concatti que, durante muchos años, "las lagunas fueron impenetrables para policías y soldados y se necesitó del ejército nacional de Roca y sus ametralladoras para destrozalas y dominarlas" ("Memorias del oasis: 2).

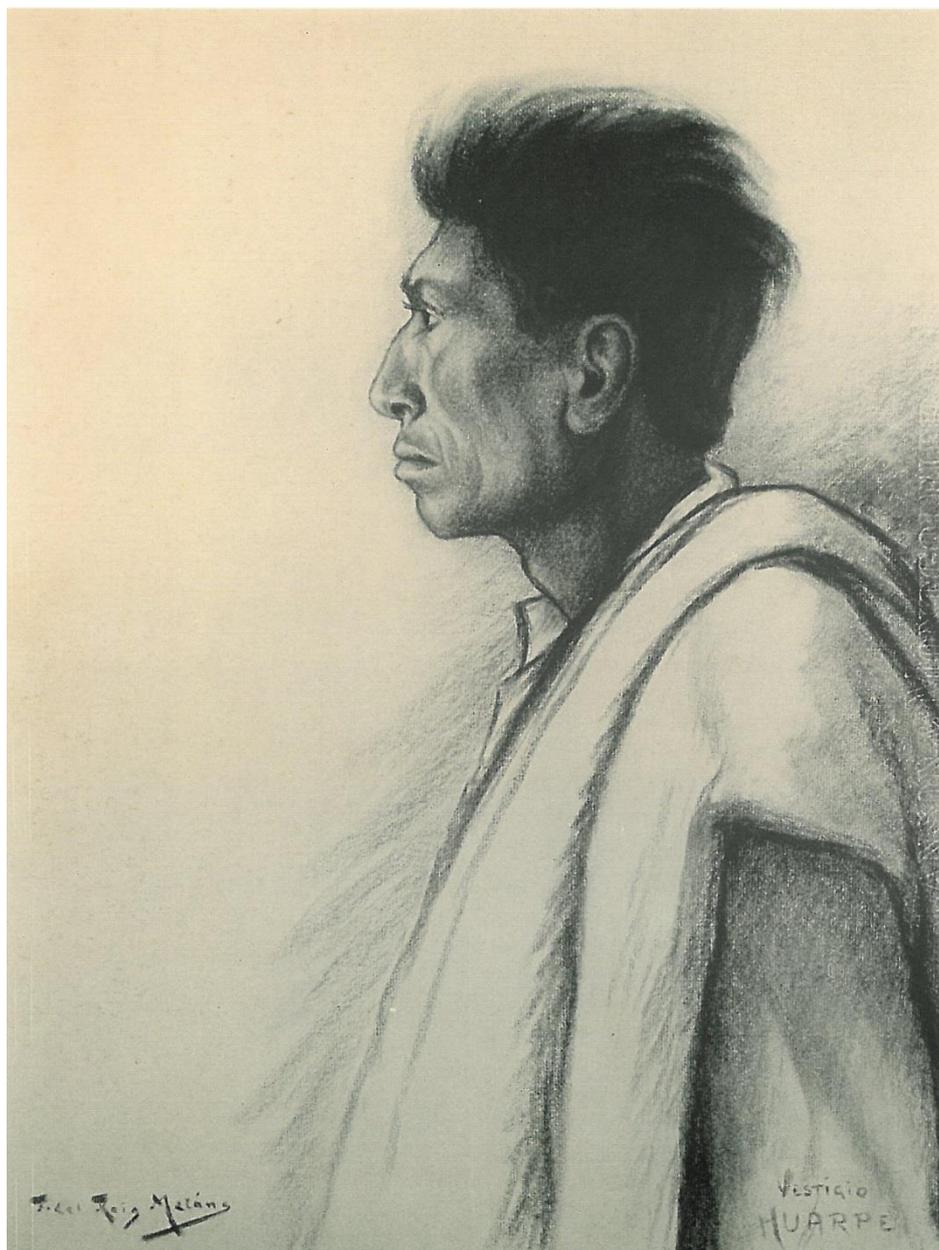
Durante mucho tiempo las autoridades cuyanas trataron en vano de capturarlo; hasta llegaron a comunicarse noticias falsas al respecto que provocaron roces entre el gobierno de Mendoza y el de San Juan. Y, como comenta Funes, "Sabe Dios a lo que hubiera dado lugar una disputa tan curiosa, si el mismo Guallama no hubiera resuelto darle término, realizando una dramática aparición al frente de su banda, con la que llevó a cabo un ruidoso asalto" (idem: 159).

Fue necesario llevar a cabo una verdadera tarea "de inteligencia": el gobierno sanjuanino se aplicó a investigar las relaciones del bandido y así llegó a saber que con frecuencia solía acudir a las vecindades de la ciudad, donde tenía una amiga. Le tendieron entonces una emboscada y así lograron apresarlos. Juzgado de inmediato, se lo fusiló, dando así término a su carrera de proezas delictivas. Carmen Guiñazú de Berrondo evoca su figura legendaria:

Santos Guayama no fue un gaucho bruto. Su exterior, cuando afeitado y "endomingado" se presentaba, era el de un paisano de mirar altanero, pero no repulsivo. Gustaba de la buena sociedad y alternaba en ella sin desmedro, con palabra fácil y risa franca que suavizaba la línea dura de su tez (1924: 131).

Sus atrevidos golpes de mano, su generosidad para con los desposeídos, hicieron el resto en la imaginación popular.

Hoy, Santos Guayama es leyenda y una figura que no supera los cuarenta centímetros, que está a la derecha de la Virgen del Rosario. Es el "San Roque" que acompaña a "La Patrona" y a "La capataza", al Corazón de Jesús, San Juan Bautista y Santo Domingo en las fiestas patronales de octubre.



Fidel Roig. Guayama (Carmen Jofré)

Según Lorenzo Jofré, vecino de la zona

Santos Guayama fue un hombre perseguido por la justicia. Criminal, ha sido malo para algunos, muy bueno según para la gente lugareña de las lagunas del Rosario, las lagunas e Guanacache. En ese tiempo que él iba así robaba, robaba, mataba por ahí a los ricos, a la gente pudiente que tenía plata. Entonces él robaba e iba y le repartía a toda la gente del lugar; de ahí de las Lagunas. Mercadería, ropa les daba, plata, entonces era muy querido por toda la gente (Mortarotti, 1995).

Acerca de su muerte (que ha dado pábulo a múltiples leyendas, algunas de ellas recogidas por Rolando Concatti en su novela *El tiempo diablo del Santo Guayama*, cuando habla de “las nueve muertes” del personaje) señala:

Tanto así anduvo hasta que pasó que lo mataron, a Santos Guayama, y en las Lagunas se lo venera, selo respeta y recuerda con mucho cariño a Santos Guayama. Por eso dice que en la iglesia de la Laguna está la estatua de él, o sea un santo que sacan en la procesión, que es San José [sic] pero como no lo podían poner a Santos Guayama en la iglesia pusieron a ese santo y le pusieron un sombrero. Entonces eso quiere decir que veneraban como Santos Guayama, para los laguneros [...] San José con sombrero es Santos Guayama. Es una historia que lo recuerdan con mucho cariño (Mortarotti, 1995: 41).

En la memoria popular del desierto lavallino, la figura de Santos Guayama se une con la de otro personaje histórico cuya vida aventurera se desarrolló por esas soledades. Martina la Chapanay, más allá del anacronismo que supone hacerlos coincidir en un mismo tiempo histórico.

El finao Patroncino Azahuat me contaba que la Chapanay nació en Guanacache y ha estado ocupada de sirvienta en una casa en San Juan.

Y como los gauchos se repartían, se iban unos pa0 un lado, oros pa0 otro como a buscar trabajo, pa ver dónde podían hacer un asalto. Y el hombre ha estado trabajando en la misma casa donde estaba la Martina Chapanay ocupada. Y por ahí empezaron a conversar y se enamoró el gaucho de la Chapanay. Y se la llevó una noche, y tenían que pasar un río, y cuando ya iban en el medio del río que le dice la Martina: ¡Oy! Me traje las llaves de la casa-. Dejé esas llaves-, le dice el gaucho –Tíralas al medio del río- y se la llevó.

Y estaba con ellos Guayama, otro gaucho que se llamaba Cruz Cuero y así siguieron. Y andaba y andaba hasta que los empezó a perseguir, a perseguir a los gauchos. Una vuelta habían pillado a un francés y lo tienen atao, y que le dice la Chapanay: -¿Por qué lo tienen así a ese pobre hombre, por qué no lo largan?- ¡Ah!- dice el marido de ella –vos estás enamorada de él y por eso lo estás defendiendo-. Ahí nomás mandó a que lo degollaran y ella quiso, quiso que no lo degollaran. Quiso defenderlo y le pegó un rebencazo el gaucho a la Chapanay, y bueno, que le dice: -Esta me la vas a pagar – que le dice la Chapanay.

Cuando los empezaron a seguir una vuelta los rodearon la policía y en esos años que el gobernador que había era un tal Maurín y ese era el que los empezó a perseguir. Y a los que hallaron que les dispararon mucho y ya pillaron a varios y la Chapanay se metió entre un yuyo, abajo se tiró y se quedó ella y no la vieron, cuando ya se fueron los pillaron y se quedaron los policías por ahí. Se levantó ella y les dijo que era mujer, le dijo que si era cierto que era mujer, se le descubrió ella demostró que era mujer y les dice ahora: -Yo les voy a ayudar a perseguirlos, yo sé dónde tienen las guaridas, dónde viven, dónde están y todo... Y bueno, siguió con la policía, pillaron varios y les quedaba una guarida que tenía entre cerros, y tenía una entrada y una salida, nada más. Y ahí tenían animales que se robaban, caballos, vacas, tenían de todo ahí. Y entonces que les dijo que ella los mandaba a los milicos, puso unos pocos en una entrada que tenía y ella se fue al otro con los otros milicos. Y claro, entraron los milicos adentro y ella se jué y ella también se metió adentro y quedaron milicos en la salida y ahí los empezaron a pillar y se les dispararon muchos y ya uno se fue nomás, el Cruz Cuero. Ese se jué y subió a un cerro y se subió de a pie y se largó a morir o a salvarse y se salvó.

Se volvió la Martina Chapanay y ahí quedaron gauchos, los mataron y entonces el gobernador le dio majada y todo pa que cuidara la Chapanay y ahí siguió y estaba vieja ya [...] (Lorenzo Jofré, en Mortarotti, 1995: 41).

Si de la existencia de Guayama encontramos suficientes testimonios en documentos históricos, para atestiguar la existencia de la Chapanay debemos recurrir al cancionero popular, que guarda memoria de sus andanzas, tanto amorosas como guerreras. Así, encontramos una copla recogida por Juan Draghi Lucero:

En Mogna, la Chapanay,  
A Chumbita enamoró...  
Ontiveros le disparó  
y ella de pena murió" (CPC, 397).

El episodio a que hace referencia la cuarteta popular tiene como protagonista a la "montonera del Zonda" -como la denomina Mabel Pagano en el título de su biografía novelada, cuya belleza rústica corría pareja con su valor y su dominio de las destrezas gauchas:

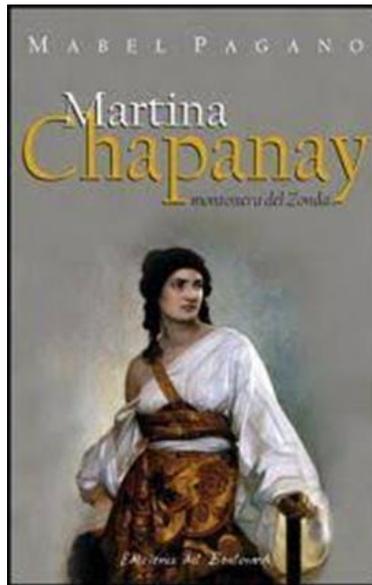
[...] fue jinete, baquiata y rastreadora habilísima. Adquirió asimismo gran capacidad en el arte del cuchillo, del lazo y de las boleadoras. Sus cualidades de destreza, audacia y valentía no fueron obstáculo para que se transformara en una mujer atractiva que 'reinaba en los corazones' y era 'admirada y respetada por cierta conducta recatada' [...] (Vicente Osvaldo Cutolo. *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750 – 1930)*, 1971: 438, T. II).

La copla en cuestión hace referencia a la Chapanay y a uno de los hombres del Chacho, Angel Vicente Peñalosa: Severo Chumbita (también de origen indio, caudillo de Aimogasta y jefe de la montonera del norte de La Rioja).

Avatares de las guerras civiles unieron temporariamente a estos dos personajes: una Martina ya envejecida por los años y las peripecias de su aventurera vida, pero aún atractiva, y el Comandante Severo Chumbita, riojano de Machigasta, en Mogna (San Juan). Precisamente, este pueblito era el lugar elegido por Martina para fijar su residencia, en medio de tanta lucha y penuria:

En Mogna tenía amigos: el cabo Aniceto Arias y Flora, su mujer. Los dos habían formado parte de las fuerzas de Benavídez [...] Decidió visitarlos y, luego, plantar su rancho cerca de ellos [...] Dos parejeros, algunas cabras, una yunta de chivas, algunas mulas y un perro que la siguió la última vez que se había dado una vuelta por la pulpería de Jáchal, pasaron a ser su mundo. Sin embargo, sus ojos continuaban vigilando el horizonte, esperando... (Mabel Pagano. *Martina, montonera del Zonda*. 2000: 255).

El idilio, reconstruido por Mabel Pagano, se trunca pronto: Chumbita se une a las fuerzas federales de Felipe Varela y junto con él pelea en la célebre batalla del Pozo de Vargas (que también ha dejado memoria en los cantares populares); su muerte sobreviene después de varias peripecias, que incluyen dos exilios en Chile. La muerte de Martina Chapanay se produce, efectivamente, en Mogna, "absuelta de sus pecados por el cura párroco de Jáchal, que también se ocupó de su entierro", según Cútolu. También apunta el historiador: "Su tumba ha sido observada por [...] Marcos Estrada en el cementerio viejo de Mogna: 'Una cruz de madera, hincada en el suelo, señala el lugar consagrado en donde descansan los restos de una mujer argentina que sobrevivió la tragedia de su época y supo salvarse del naufragio, resucitando a la inmortalidad'". (ídem: 438), pero en fecha posterior a la separación de ambos enamorados. Sin embargo, la intuición del poeta -sea éste culto o iletrado- sabe unir en una visión sintética acontecimientos separados en el tiempo, para lograr un efecto de mayor resonancia emocional.



### Los Altos Limpio y su encanto

Tienes la cara de un poeta en el desierto  
Ojos cavernas  
Ríos evaporados  
Mirada que no tiene límites  
[...]  
Tu pensamiento dispar relojes de arena

**Adelina Lo Bue.** "Poeta del desierto" (*El color del terciopelo*, 2021)



Los Altos Limpios

Hay en el territorio mendocino un rincón cuyas características lo hacen especialmente apto para albergar encantos: son esos Altos Limpios que transmiten la extraña sensación de que los arenales caminan y donde mora el alma quejosa del viento:

Huían los granitos de arena en desgovernado rodar, uno por uno, procurando subir a los altos de la empinada barrera, como solicitados por el imán [...] Me parecía entrever que invisibles dedos modelaban botijuelas y volutas pequeñas de un remoto palacio de barro cocido... En la noche el viento arrastrado enhebraba voces bajitas, susurrantes, lejanas. Se entreoía el rodar de lamentos perdidos... (Draghi Lucero, 1966: 172).

Por ello, los moradores del desierto de Lavalle no han podido escapar al hechizo del misterio de los Altos Limpios y relatan en susurro viejas tradiciones; historias de salamancas y aparecidos nacidas junto a los arenales; porque, como bien reconoce en un cuento Juan Draghi Lucero, "Hay desiertos como estos que son nidales de la sed y del hambre y sin embargo, con ser aposentos de la tristeza y el aplastamiento, de repente se aparece, como en un soñar, un jardín de fantasías escondidas: "Intrigan también los relatos de los puesteros del Silencio hablando de las "luces malas" en las crestas de los médanos, las noches pobladas de gritos, quejidos y murmullos que despiertan la fantasía y generan el clima para los mitos y las leyendas ("Misterio, asombro...").



Atardecer en Los Altos Limpios

Cuentos de fogón para todos los gustos... Y un consejo: "No se acerque a los Altos Limpios para Semana Santa, porque allí vivían los brujos indios, los brujos huarpes que le harán escuchar con sus atrapos y triquiñuelas música de guitarra y cánticos que el 'Tienta' (Tentador o Demonio) toca para los descuidados". Y sigue la admonición, recurriendo a un caso: "Tal le ocurrió a la Jacintita hace mucho, la 'Niña Encantada', que se volvió loca por la música que sólo ella escuchaba". Esta leyenda recuerda la de la "Telesita", que tan honda huella ha dejado en el folklore del noroeste: la niña que amaneció quemada en su rancho, luego de haber visitado -según dicen- una Salamanca, atraída por el encanto de la música" (idem).

Así, junto a "las arenas que caminan" surgen fantásticos relatos; para la mayoría son hechos auténticos. Uno de ellos habla del caballo negro que se perdió en los Altos Limpios y fue

transportado mágicamente al corral de su dueño, en El Cavadito. Otra leyenda, recogida en un artículo periodístico sobre la zona, es la de "El puñal clavado", simple en su peripecia pero de gran resonancia emocional: un gaucho caminante encontró en el medanal un puñal clavado. Extrañado y alarmado por el inusual hallazgo, no se decidió a tocarlo y fue en busca de otro paisano para que lo ayudara. Cuando retornó, advirtió con asombro que sus huellas estaban intactas y no había señal alguna que pudiera indicar la presencia de otra persona. No obstante, el puñal había desaparecido. El periodista acota a continuación: "La sabiduría popular extrae una enseñanza. El puñal clavado en la arena 'simboliza la felicidad hallada al azar, pero irremediamente perdida para quien no se atrevió a desenterrarla' [...]" (ídem).

Entre las tradiciones orales de "Los Limpios" está también la de "El toro negro con cuernos plateados", que salía en la noche "a peliar con los toros de la estancia [...]"

También se cuenta la historia de la niña que se quedó sin la razón mientras cuidaba su majada por los alrededores: ella afirmaba que su novio la visitaba montado en un caballo negro y vestido con ropas relucientes. Su familia escuchaba el sonido de un jinete que llegaba al lugar, pero nunca pudieron verlo. Ella sí (*El cuento folklórico en el desierto...*: 36. El informante es Lorenzo Jofré).

Existe igualmente un "desconocido" que se enfrentó en duelo con uno de los viejos del lugar, "un tal Maravilla": "[...] de esos viejos corajudos se levantó [...] y ya se juntaron a pelear y el viejo tenía un cuchillo, un puñal que le pegaba puñaladas y parecía que pegaba en la ná, no le hacía nada". Al llegar el día, el forastero huyó y el viejo sintió un dolor en el costado: tenía una costilla quebrada, como consecuencia de la pelea. Empero, el único rastro que había en la arena era el suyo: el agresor no había dejado huella.

Hay algunas leyendas que semejan esos cardos rusos que ruedan por los campos, sin arraigarse definitivamente en ningún sitio; hemos visto varias de ellas en versiones que atraviesan toda la geografía argentina. Sin embargo, los Altos Limpios tienen su propio repertorio de encantos... historias como la de "El Hachador de Altos Limpios" -¿creación o recreación de Juan Draghi Lucero?- auténtica encarnación del alma del paisaje:

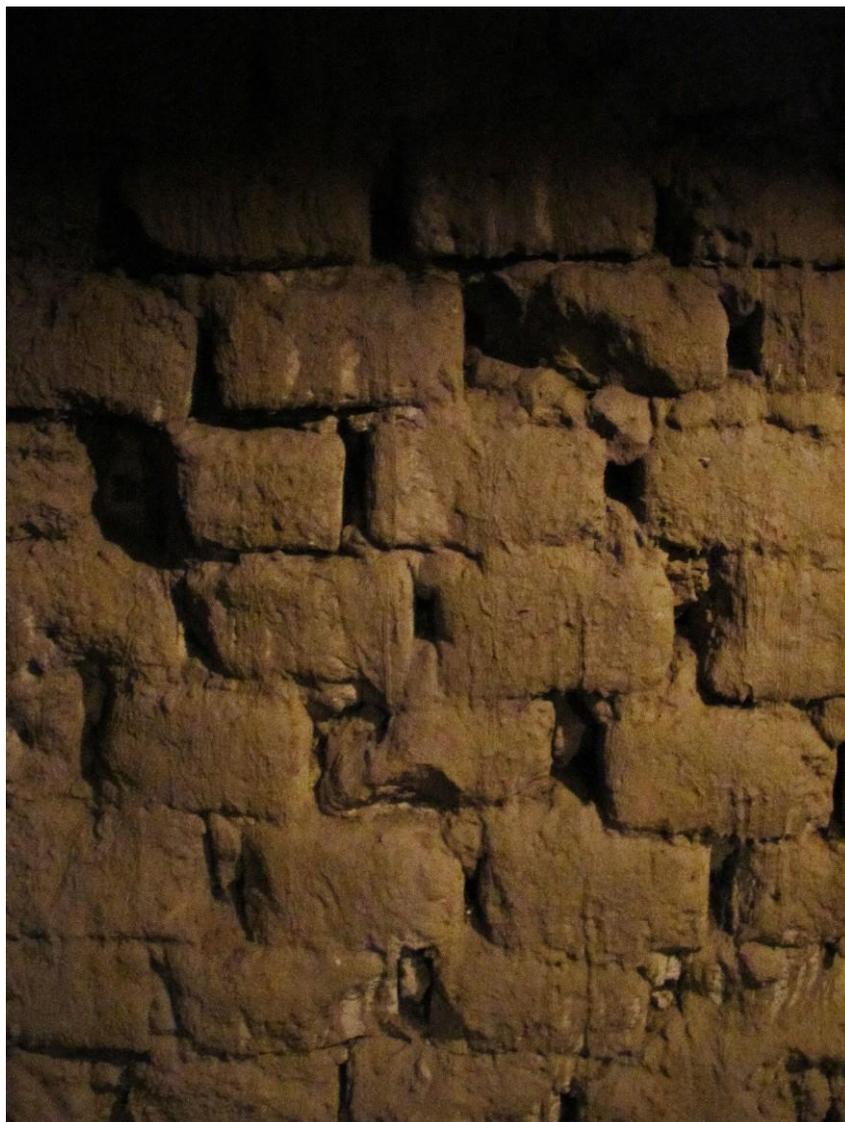
[...] me llegaban claramente los retumbos de un hacha... Hachaban el tronco de un árbol, ahí, a pocos pasos [...] Inquirí hacia el chañar solitario y pude distinguirlo como saliéndose de la noche en un resplandor blanquecino y, a su lado y hachando su tronco, a un hachador (Draghi Lucero, 1966: 174).

Esta figura, "fuerte sombra en sufrimiento", en su apariencia criolla, tiene mucho de simbólico: "Era un mocetón alto, fornido, moreno. Calzaba ojotas, vestía chiripá; sin camisa, mostraba el torso brillante de sudor". En cuanto a su faena, "revivía un quehacer [...] anudado entre el folklore y la historia. El hachador luchaba y su hacha era la suma de todas las armas de la guerra nativa y el tronco del árbol herido, la inmensa llaga de todos los encuentros sufridos por la carne de un pueblo mal llevado" (ídem: 174). De algún modo, la tarea que esta sombra ejercita da una de las claves del empobrecimiento de la zona: la tala indiscriminada del bosque nativo. ¿Por qué el hachador de Altos Limpios se empeña en seguir con la obra depredadora? Quizás sea éste uno más de los enigmas que esconde el desierto.

Misterio, asombro, leyendas y creencias ancestrales que son uno con esta porción tan entrañable del territorio mendocino:

[...] de pie, en silencio y de frente a esa cadena de médanos puntiagudos, del perfil afilado del desierto de Lavalle, recién se comienza a comprender el milagro del oasis creado por el hombre mendocino y se siente con mayor intensidad, que más allá del verde vegetal está nuestra verdadera identidad: tierra árida, soledades y silencio ("Misterio, asombro...").

Es que ese silencio habla, habla precisamente con la voz de las leyendas populares que, dentro de su aparente ingenuidad, esconden empero un sentido y una sabiduría ancestral, muy profundos.



Textura de adobe

## COLOFÓN

El proyecto que dio origen a esta obra surgió a partir de la experiencia como maestro rural de uno de sus coordinadores (Rogelio Aguilera, docente y escritor), que dio como fruto una mirada fundada en la interculturalidad de los pueblos, vista esta como un proceso sociopolítico, cuyo principal objetivo es la construcción de una sociedad plural, basada en la equidad, la igualdad de oportunidades y en el reconocimiento de identidades y diferencias culturales.

Esto es, en suma, lo que se plantea aquí, y agradecemos a la Secretaría de Extensión y Vinculación de la Universidad Nacional de Cuyo, que subsidió la propuesta presentada a la 12° Convocatoria del “Programa Mauricio López”, lo que nos permitió concretar un intercambio de experiencias, visiones y sueños con algunos de los actores sociales que desarrollan su existencia en el secano lavallino.

Esta propuesta exigió de hecho el involucramiento activo de los actores referentes del campo cultural (universidad, representantes de organizaciones culturales y Comunidades Originarias Huarpes), en la elaboración de un documento que esperamos sirva para el desarrollo de las bases materiales y simbólicas que faciliten, estimulen y mejoren las actuales condiciones de producción, conservación, circulación y consumo de bienes culturales en la zona de Lavalle, provincia de Mendoza.



## Un “Bestiario” del desierto

La cultura es un eje estratégico para el desarrollo social y productivo de Mendoza. Porque la cultura -en su existencia material a través de prácticas y organizaciones- mejora la calidad de vida, en tanto ámbito prioritario donde los ciudadanos y ciudadanas de todos los credos, géneros, edades y clases sociales encontramos espacios de identidad y pertenencia y por lo tanto de trascendencia, a través de actividades grupales, comunitarias, creativas, expresivas y lúdicas. La cultura es también el lugar donde la memoria y la historia sedimentan y cobran vida para la elaboración del presente y el futuro. La cultura es un factor de conocimiento que nos permite ser actores y no meros espectadores de la realidad en todas sus dimensiones. Porque la cultura es generadora de riqueza simbólica y material, de trabajo e ingresos.

La denominada “cultural tradicional” es aquella que vive en sus variantes en la transmisión oral y en la convivencia diaria, y su relevamiento constituyó el objeto prioritario de este proyecto, en tanto su recuperación, puesta en valor y divulgación coadyuvaría a la consolidación de una sociedad intercultural, plural, basada en la equidad, la igualdad de oportunidades y en el reconocimiento de identidades y diferencias culturales, a través del intercambio de experiencias, visiones y sueños de los diferentes actores. Conocimos y estudiamos entonces usos y costumbres, modos de vida, creencias, artesanías, sistema alimentario... propios de un ambiente geográfico particular, con una historia de expolio y postergación, pero que resiste incólume con la fuerza del arraigo al propio terruño como cualidad distintiva de sus habitantes.



Especial atención se prestó a la educación rural, en particular al sistema educativo de las denominadas “escuelas albergue”, modalidad escolar de la educación rural destinada a recibir “a los niños que por razones de distancias y/o dispersión geográfica o climáticas, topográficas del territorio no pueden regresar a sus hogares luego de concurrir a la escuela (Fazio, M. y Fernández, M. *Las modalidades en el sistema educativo*, Mza., EDIFyL, 2019). Se constituyen así en un lugar de residencia, en el que coexisten dos tiempos fundamentales: el tiempo pedagógico curricular (en el

que se desarrolla el proceso de enseñanza aprendizaje guiado por el currículo vigente para todas las escuelas comunes) y un tiempo de hogar (momentos destinados a diversos tipos de actividades con la mayor similitud posible con las realizadas en el seno del hogar: jugar, participar de actividades recreativas o deportivas, etc.).

Mostrar la cultura, la historia y sobre todo la actualidad de las comunidades huarpes que habitan el norte de nuestra provincia nos expone ante el mundo como un ejemplo de esperanza, de lucha y entrega ante la adversidad. Esta mirada no es ajena al aspecto educativo ya que a pesar de las dificultades que se presentan día a día en cada una de nuestras escuelas es destacable la labor de los docentes que se desempeñan en estos contextos, y cómo sus acciones socio pedagógicas favorecen espacios de creatividad, desarrollo comunitario y revalorización de su mundo y como forma de protección ante las modificaciones ambientales que sufre el territorio y por tanto su comunidad.

Por último y teniendo en cuenta la intencionalidad primera de dejar registro de todas estas formas expresivas del “País de la arenas” en un libro construido en forma comunitaria desde sus entrañas; es que se realizaron varias visitas a esta geografía ancestral y a las comunidades del secano, convocadas a ser protagonistas en este proyecto. Es necesario recrear ese mundo circundante que los abarca a través de la recopilación, la comunicación oral y escrita. Es necesario recrear y actualizar esos personajes que descubrieron en algún suspiro del tiempo Juan Draghi Lucero (en la literatura) o Fidel Roig Matons (en las artes plásticas) navegando aquellas soledades maravillosas. Es necesario traerlos a nuestros días, extenderles las manos para que ellos a través de sus voces melancólica nos cuenten nuevamente el pasado de las bestias que habitan allí y cómo conviven con el hombre presente del secano.



Campana de la capilla de La Asunción, Lavalle

## Un "Bestiario" del desierto

El equipo que llevó a cabo el trabajo estuvo integrado por Marta Elena Castellino y Rogelio Aguilera (coordinadores), Silvia Marcela Hurtado, Lucía Inés Castellino (fotografías) y Francisco Miguel Castellino. Diversas circunstancias, algunas muy dolorosas, motivadas por la situación de pandemia que nos afectó a todos en mayor o menor medida, ocasionó la "baja" de alguno de los integrantes mencionados en la propuesta original. Pero de algún modo siguieron con nosotros.

Un última aclaración: el título escogido – *Un "Bestiario" del desierto*- se justifica por la atención particular prestada a las leyendas de la zona, que dan de sí la creación de un conjunto de "presencias" que aun cuando no existan en el mundo real, perviven en la mente de los lugareños y se apropian igualmente del espíritu de cualquier visitante, a poco que se deje ganar por la magia de la soledad, el desierto y el silencio.

Esta experiencia nos enriqueció en múltiples sentidos. Tratamos así de construir conocimiento de manera conjunta, y este conocimiento quiere por este medio ser socializado y compartido tanto con la comunidad de origen como con la comunidad universitaria y todos aquellos interesados en nuestro acervo cultural tradicional y regional.



## BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

- Abraham, E., Prieto, M. del R. y Triviño, L., (1979). "Estudio Antropológico del nordeste árido de Mendoza", *Serie Científica*, Año III, Nro. 14, julio/agosto.
- Aguilera, Rogelio (2008). "A mi pueblo de Asunción", en *Poemas de arena; Vivencias del desierto lavallino*. Mendoza
- "Artesanos del desierto". En: [www.cardon.com.ar](http://www.cardon.com.ar).
- Badui de Zogbi, María Banura (1996). *Mendoza, invitación al asombro*. Mendoza, Zeta.
- Ballarini, Bettina (2003). *Sin fundación mítica*. Mendoza, Libros de Piedra infinita.
- Besio, Laura (2017). "Chañarales: espacios simbólicos de cura y peligro". *Revista del Museo de Antropología* 10 (1): 105-116.
- Borges, Jorge L. (1974). *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé.
- Burgos, Fausto (1929). "El atajacaminos", en *Nahuel; Relatos mendocinos*. San Rafael, Taranto.
- Canal Feijóo, Bernardo (1951). *Burla, Credo y Culpa en la creación anónima*. Buenos Aires, Nova.
- Cantoni, Rosa Mónica (2000). *El sistema alimentario cuyano en los cuentos de Juan Draghi Lucero*. San Juan, EFU.
- Castellino, Marta Elena y Hurtado Silvia Marcela (2010). *Lavalle, tierra de presencias inquietantes. Historia y leyendas de los arenales*. Mendoza, Secretaría de Relaciones Internacionales y territorialización, UNCuyo.
- Chiavazza, Horacio (2001). *Las antiguas poblaciones de las arenas; Arqueología en las tierras áridas del Noreste mendocino*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza.
- Cirlot, Juan Eduardo (1984). *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor.
- (1995). *Las devociones populares argentinas*. Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo.
- Concatti, Rolando (2001). "Memorias del oasis". *Los Andes*. Mendoza, 4 de noviembre.
- (2003). *El tiempo diablo del santo Guayama*. Buenos Aires, Corregidor.
- Corvetto, Pedro (1928). *Tierra nativa*. Buenos Aires, Oficina Nacional de Libros y Publicaciones.
- Cutolo, Vicente Osvaldo (1971). *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750 – 1930)* T. II. Buenos Aires, Elche.
- Diccionario de Símbolos Rioduero* (1983). España, Rioduero.
- Draghi Lucero, Juan (1938). *Cancionero popular cuyano*. Mendoza, Best.
- (1953). *Las mil y una noches argentinas*. Buenos Aires, Kraft.
- (1964). *Cuentos mendocinos*. Buenos Aires, Troquel.
- (1966). *El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, Eudeba.
- (1978). *La cabra de plata*. Buenos Aires, Castañeda.
- "En busca de un pueblo olvidado" (1981). *Revista La Nación*. Buenos Aires, 15 de marzo.
- Fainhold, Beatriz (1991). *Educación rural: temas claves*. Buenos Aires, Aique Grupo Editor.
- Funes, Lucio (1938). "Guallama". En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Mendoza, Tomo XI, 2º trimestre: 152-153.
- Guiñazú de Berrondo, Carmen (1924). *El búho de la tradición*. Buenos Aires, J. L. Rosso.

## Un "Bestiario" del desierto

Gullón, Ricardo (1990). *Espacio y novela*. Barcelona, Bosch.

"Capilla de Asunción". *Huellas cuyanas*. En [https:// huellascuyanas. blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html](https://huellascuyanas.blogspot.com/2015/12/capilla-de-asuncion-lavalle.html)).

"Oratorio San Judas Tadeo". *Huellas cuyanas*. En: [https://huellascuyanas. blogspot.com /2016/11/oratorio-san-judastadeo-el-cavadito.html](https://huellascuyanas.blogspot.com/2016/11/oratorio-san-judastadeo-el-cavadito.html)).

Jacovella, Bruno ([1953] 1003). *Fiestas tradicionales argentinas*. Buenos Aires, Lajouanne.

Jung, Carl ([1964] 1976). *El hombre y sus símbolos*. Buenos Aires, Paidós.

Kusch, Rodolfo (1977). *El pensamiento indígena y popular en América*. Buenos Aires, Hachette.

Leon-Dufour, Xavier (1967). *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona, Herder.

Lo Bue, Adelina (2021). "Poeta del desierto". En *El color del terciopelo*. Buenos Aires, Ediciones del Dock.

"Misterio, asombro, leyendas; las arenas que caminan" (1993). *Los Andes*. Mendoza, 10 de mayo.

Montani, M. C. y Vega Riveros, Cecilia (Eds.) (2010). *Raíces Huarpes: Uso medicinal de plantas en la comunidad de Lagunas del Rosario, Mendoza, Argentina*. San Juan, Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan.

---- (2012). "Uso medicinal de plantas entre descendientes huarpes en la comunidad de Lagunas del Rosario (Mendoza, Argentina)". En Pastor Arenas, *Etnobotánica en zonas áridas y semiáridas del Cono Sur de Suramérica*. Buenos Aires, Edición del CEFYBO-CONICET: 251-270.

Mortarotti, María Teresa (Coord.) (1995). *El cuento folklórico en el desierto lavallino*. Inédito.

Osan de Pérez Sáez, María Fanny (2000). *Oralidad y escritura en el Noroeste argentino*. Salta, Universidad Nacional de Salta.

Pagano, Mabel (2000). *Martina, montonera del Zonda*. Buenos Aires, Vergara.

Risco Fernández, Gaspar (2002). "Lo festivo en el mito y en el Logos", en Raúl Nader (Comp.). *Religión y pensamiento; Diálogos interdisciplinarios*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán-Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Estudios Antropológicos y Filosofía de la religión.

Rodríguez, Alberto y Moreno de Macía, Elena (1991). *Manual del folklore cuyano*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza.

Ruiz Leal, Adrián (1972). *Deserta*. Mendoza, Instituto Argentino de Investigaciones de las Zonas Áridas.

Sosa, Jorge L. (1981). *Confidencias*. Mendoza, Los cuatro gatos.

Sosa, Narciso (1943). "La niña de blanco", en *Por los caminos de entonces*. Mendoza, D'Accurzio.

Tejada Gómez, Armando (1996). *Los telares del sol*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza.

"Tejedoras del desierto: en defensa de su cultura y economía social" (2020). En *Diario Uno*, 31 de julio.

## ÍNDICE

<b>PÓRTICO</b>	7
<b>INTRODUCCIÓN</b>	9
<b>LA VIDA EN EL SECANO LAVALLINO; USOS Y COSTUMBRES, AYER Y HOY</b>	
Breve descripción del departamento de Lavalle	19
El hombre y el espacio natural	30
Conociendo el desierto	37
Flora y fauna	48
Medicina empírica	56
El sistema alimentario	59
<b>ARTESANÍAS (LAS QUE SE PERDIERON Y LAS QUE SE CONSERVAN)</b>	
Los “cestitos de Huanacache”	65
Las tejedoras de hoy	72
Otras artesanías	81
<b>VOCES DESDE LA ESCUELA</b>	
La escuela rural	85
La educación rural	87
Las escuelas del secano	90
Un logro anhelado	94
Las escuelas albergue	97
<i>Como si el ruido pudiera molestar</i>	102
Un pionero, un soñador, simplemente un hombre...	104
<b>CREENCIAS, FIESTAS Y CELEBRACIONES</b>	107
<b>UN MUNDO MÁGICO DE LEYENDAS</b>	153
La “Salamanca” y otras criaturas demoníacas	156
Un “Bestiario del desierto”	161
Las “presencias” del desierto	165
La “luz” mala” y las “ánimas en pena”	169
Un pasado indígena y heroico	173
Canonizaciones populares	178
Los Altos Limpios y su encanto	185
<b>COLOFÓN</b>	189
<b>BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA</b>	194
<b>ÍNDICE</b>	195



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

**VINCULACIÓN**  
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN  
Y VINCULACIÓN

PROYECTOS  
MAURICIO LÓPEZ

El patrimonio cultural de nuestra provincia, como herencia propia del pasado de nuestra sociedad, con la que esta vive en la actualidad y que se transmite a las generaciones presentes y futuras, es sin dudas un tesoro que sigilosamente debe ser conservado dado que de él surge nuestra identidad como pueblo. Este proyecto titulado BESTIARIO DEL DESIERTO se propone recuperar, con una mirada intercultural y que contemple la participación real de todos los actores en la elaboración de una propuesta participativa, los saberes, conocimientos y valores de los pueblos del secano lavallino. La práctica de la interculturalidad implica la participación y el diálogo paritario entre sujetos sociales portadores de diferentes culturas, lo que tiene como consecuencia asumir y potenciar el pluralismo como un valor. En el campo educativo, la educación intercultural debe contribuir a la construcción de una sociedad multicultural. Para ello deben generarse mecanismos de democratización hacia el interior de los propios sistemas educativos nacionales que favorezcan y visibilicen instancias creativas como lo es el arte en todas sus dimensiones. Por ello nos proponemos un trabajo conjunto de recuperación y reelaboración de un patrimonio que vive en la memoria y en la tradición oral del pueblo lavallino y que, a partir de su puesta en escritura y difusión a través de una publicación, podrá ser conocido y valorado por un público mayor. Así, se incorporará a la literatura mendocina todo un mundo hasta hoy poco conocido y difundido, como puente y vínculo genuino para llevar el mensaje de los habitantes de esta zona del norte mendocino en sus diferentes expresiones a toda la comunidad de la Provincia de Mendoza a través de la obra literaria.

Cuando se habla de la recuperación de la memoria oral se hace referencia a la puesta en valor de una parte del imaginario que involucra a un grupo considerable de personas insertas en una comunidad determinada. El material oral que se recuperará a través de sucesivos talleres participativos realizados en las escuelas rurales de la zona del Secano de Lavalle: el conjunto (integrado por relatos, leyendas, testimonios, autobiografías, conversaciones informales, opiniones de un grupo, respuestas a preguntas precisas, así como una serie de reflexiones propias del diálogo en comunidad, etc.) se completará con la caracterización del territorio y la comunidad realizada por el equipo de investigación (destacando la localización, aspectos relevantes del lugar y actores presentes en el territorio) y se espera dé como resultado una recopilación, un conjunto de especies literarias en prosa o verso, de fuerte contenido identitario.

ISBN 978-987-575-234-4



**Este proyecto ha sido subsidiado por la Universidad Nacional de Cuyo, a través de la 12° Convocatoria Programa "Mauricio López"**